

UNA HISTORIA CRIMINAL

LEOVIGILDO ZAMORA



**UNA SOMBRA
DE DUDA**

Una sombra de duda

Leovigildo Zamora

Título original: Una sombra de duda
Primera edición electrónica: Diciembre 2018
© 2018, Leovigildo Zamora
Obra registrada.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley. Queda prohibida su reproducción, distribución o comunicación pública total o parcial, o su transformación fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.

Esta es una obra de ficción. Los nombres de personas, lugares y situaciones narrados en este libro han sido utilizados de forma ficticia, y cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Índice de contenido

[Título/autor](#)
[Créditos](#)
[Cita](#)
[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Notas](#)
[Sobre el autor](#)

El brindis siguiente fue por *los sicarios judíos*.

A lo cual ofrecí a los asistentes una somera explicación: «Señores estoy seguro de que a todos ustedes les interesará saber que, aunque muy antiguos, los Asesinos tuvieron una estirpe de antecesores en el mismo país. Durante los primeros años del emperador Nerón, hubo en Siria, y sobre todo en Palestina, una banda de asesinos que llevó a cabo sus estudios de manera muy original. En efecto, no ejercían durante la noche ni en lugares solitarios sino que, considerando con toda justicia que las grandes multitudes son en sí mismas una especie de oscuridad, a causa de la presión tan densa que hace imposible saber quién dio el golpe, se mezclaban en todas partes con las multitudes, sobre todo al llegar la gran fiesta de Pascua en Jerusalén, ocasión en la que, asegura Josefo, tuvieron la audacia de llegar hasta el templo y ¿a quién habrían de elegir para sus operaciones sino al propio Jonatán, Pontifex Maximus? Lo asesinaron, señores, y tan hermosamente como si lo hubieran encontrado solo en un callejón oscuro una noche sin luna. Cuando se preguntó quién era el asesino y dónde se hallaba...».

Del asesinato considerado como una de las bellas artes^[1]

Segundo artículo
THOMAS DE QUINCEY

1

Cuando a los cuarenta surgen cambios inesperados en tu vida, estos suelen venir revestidos, al principio, de cierto interés, luego, pasada la etapa inicial, empiezan a volverse molestos, y, finalmente, llega la desilusión. Es como una especie de felicidad incómoda. Juanita estaba encinta, y los médicos le habían recomendado evitar los viajes largos. Tenía que tomar una decisión. Ella daría a luz en un par de meses, y él seguía a la espera, dejando pasar un tiempo prudencial, ponderando la situación y debatiendo consigo mismo los pros y los contras.

A pesar del embarazo, Juanita no le hacía pregunta alguna al respecto. Él había viajado a Florida dos veces en el último año, y había tenido tiempo de conocer a sus futuros parientes. Así que no podía seguir demorando por más tiempo la decisión. Tenía que hacerlo, tenía que romper de una vez por todas con ese miedo al cambio y realizar la petición de mano, para convertirse en el padre legítimo de un hijo que venía en camino.

Habían quedado en que llegaría a Florida el viernes por la mañana. Ya solo faltaban dos días. Había comprado el billete un día antes, un vuelo desde Nueva York con escala en Boston. Lo cierto es que Henry detestaba los aviones, sentía pavor al subirse a ellos, y suponían para él un verdadero martirio. Pero, no obstante, a pesar de su terror, tenía que volar con frecuencia, y en el último año había logrado, no sin cierta dosis de voluntad y unos cuantos lingotazos como premio, realizar dos o tres vuelos semanales.

Fue al cuarto de baño nada más levantarse, como era habitual en él. Tras afeitarse y tomar una ducha, salió del baño y se miró en el espejo. Era alto, rubio y atlético: la frente y barbilla prominentes, facciones acusadas. Parecía más bien un gorila, un guardaespaldas. Pero era lo contrario de lo que parecía. Era el mejor en su oficio. Tenía una habilidad innata para el análisis aplicado a situaciones específicas. Al cumplir los cuarenta se había

convertido en el mejor experto del país. Y esto era bien sabido por todos.

Tras un desayuno frugal —últimamente despertaba con poco apetito, dadas las circunstancias—, encendió el televisor y se dispuso, según su hábito matutino, a echarle un vistazo a las noticias de la mañana. Pero le distrajo el teléfono. El chófer fue el primero en llamar, quien le preguntaba a qué hora debía ir a recogerlo. Henry odiaba tener que conducir, si podía evitarlo, tanto mejor. Cuando conducía, perdía el enfoque de atención necesario para la investigación. Consideraba que esta ocupación inútil le hacía perder un tiempo precioso y por eso prefería contar con los servicios de un chófer. Nada más informarle de que viniese a las doce y después colgar, intentó concentrarse otra vez en la pantalla del televisor, pero sonó de nuevo el teléfono.

Esta vez era Juanita. Miró la hora. Eran las diez de la mañana. Sus labios esbozaron una leve sonrisa. Juanita sabía que tenía por costumbre trabajar hasta las tantas y por eso nunca le llamaba antes de las once. Tras hablar con ella volvió a fijar la atención en la pantalla, pero en esta ocasión fue el tono del móvil lo que le interrumpió.

—Buenos días —dijo una voz masculina y desconocida. Aparte de eso, aquella voz estaba impregnada de impaciencia, miedo, confusión.

—Buenos días —se limitó a decir Henry, soltando un suspiro—, ¿qué puedo hacer por usted?

—Para empezar, quisiera disculparme por llamarle así, de improviso, a su número privado —dijo el hombre indeciso—, pero me han dado este teléfono... y no sé por dónde empezar.

—Si le han dado este teléfono, supongo que le habrán informado de que puede tomarse el tiempo que quiera para decir lo que sea que tenga que decir.

—Sí, sí, claro. Disculpe. Perdón, yo quería... Es que no sé cómo decirle esto...

—Empecemos por el principio. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Me han dicho que usted puede ayudarme.

—Me parece estupendo. ¿Quién se lo ha dicho?

—James Toronsky. Fue su profesor de universidad.

—Sí, es verdad, lo fue —Henry sonrió—. ¿Pero cómo ha dado con él? Que yo sepa, ahora vive en Toronto, se mudó allí junto con su familia hace cinco años —puntualizó.

—Lo sé. Tengo su teléfono. También soy un antiguo alumno suyo —agregó aprisa el hombre.

—¿Estudió en la misma universidad? —preguntó Henry.

—Sí, me gradué cinco años después de hacerlo usted. Hace diez años.

—¿Y qué desea de mí?

—Oh, disculpe. Sé que vive en Brooklyn. ¿Podríamos hablar personalmente? Es algo largo de explicar por teléfono.

—Está bien, puede venir —Henry soltó otro suspiro— si no tiene inconveniente en hacerlo ahora mismo. Dispongo de algo de tiempo hasta las doce. ¿Tiene mi dirección?

—No. El señor Toronsky me dio su número de teléfono privado y me dijo solo que vivía en Brooklyn.

—Entonces apunte la dirección —Henry se la dictó. James Toronsky era un hombre precavido y no solía dar a nadie las señas de Henry así porque sí.

«Espero que esto no me quite mucho tiempo», pensó Henry al tiempo que deslizaba el icono rojo de colgar.

El desconocido se presentó al cabo de media hora. Este llamó al timbre y Henry, según su vieja costumbre, miró por la mirilla antes de abrir la puerta. El hombre era joven: treinta y tantos, pelo oscuro, estatura mediana y de cara roja y regordeta y cuerpo rollizo. A Henry se le antojó la figura de un pez globo, pero estaba casi seguro de que era por el efecto visual en ojo de pez de la mirilla. Debajo de la americana llevaba un polo azul marino. Parecía nervioso y acalorado. Sudaba y miraba de vez en cuando en dirección al ascensor y las escaleras, como si temiese que alguien lo atacara de repente.

Henry abrió por fin la puerta.

—Adelante —le dijo al desconocido.

Antes de entrar, el hombre se lo pensó un momento y volvió a mirar atrás. Después avanzó hacia el piso, se acercó al perchero del

recibidor, se quitó la americana y la colgó allí mismo. Pero antes de hacer esto —Henry no supo muy bien por qué—, echó un último vistazo a la puerta.

—Si no le importa, pasemos mejor al salón, allí estaremos más cómodos —le indicó Henry con la mano.

El hombre tomó asiento en el sillón. Henry se sentó delante.

—¿Le apetece un café o un té? ¿O un refresco quizá?

—No, gracias. Aunque, pensándolo mejor, un vaso de agua no me vendría mal, si no es molestia.

Henry se acercó a la nevera y sacó una botella de agua mineral. Después cogió un vaso y lo llenó. Acto seguido se lo entregó a su visitante. El hombre bebió de un trago, sin pestañear siquiera, y dejó el vaso sobre la mesa.

—Eh, hombre, tómeselo con calma —le intentó tranquilizar Henry, al ver cómo casi se atraganta con el agua. Vayamos por partes. Seréne y empiece por darme su nombre.

—Sí, sí, no faltaba más, disculpe —el desconocido sacó un pañuelo y se limpió la cara. Luego, tras inspirar hondo, comenzó con su historia:

—Mi nombre es Paul, Paul Standford. Soy de Los Ángeles, del condado de Orange. Me gano la vida con la informática, soy informático de profesión, y hace ocho años que dirijo una empresa tecnológica. Nos dedicamos al desarrollo de software y a la fabricación y venta de ordenadores. Pero últimamente el negocio ha decaído, y, en cuanto me explique, entenderá por qué. He venido a verle a instancias de algunos antiguos estudiantes de universidad. Han pensado que al ser usted un graduado de la Universidad Estatal de California podría ayudarnos a resolver un problema. A lo mejor pensará que estoy loco, pero se trata de un asunto muy serio. Hoy es miércoles. Pasado mañana será viernes y puede que para entonces ocurra algo, a todas luces inevitable. No sé cómo explicarlo ni por dónde empezar...

—Cálmese y empiece por el principio —intervino Henry—, está muy nervioso y confuso y es incapaz de ordenar sus ideas lo suficiente como para poder explicarse. Céntrese y dígame para qué ha venido a verme.

—Está bien. Voy a intentar calmarme. Se lo voy a contar todo en orden. ¿Podría darme un poco más de agua, por favor?

—Sírvase usted mismo —le instó Henry con suavidad, intentando tranquilizarle—, ahí tiene usted la nevera y el vaso que dejó sobre la mesa. —El hombre se acercó a la nevera, cogió otra botella y llenó el vaso con ella. Se lo llevó a la boca, pero esta vez tragó más tranquilo.

—Todo empezó hace cinco años —declaró el hombre, ahora más calmado—, hace cinco años, en 2013. El año en que se celebró la última reunión de antiguos alumnos a la que, por cierto, usted no acudió.

—Sí, lo sé, recibí la invitación pero no pude asistir por motivos de trabajo. En esas fechas estaba inmerso en un caso importante.

—De los treinta y cinco antiguos alumnos que solemos reunir cada cinco años, solo acudieron veintiocho. Aquel día estuvimos festejando nuestro reencuentro en el campus universitario. Ya sabe, lo típico: cervezas, aperitivos y cosas por el estilo. Intercambiamos impresiones sobre el pasado y nuestras vidas actuales. Hablamos acerca del éxito relativamente menor o mayor de cada uno de nosotros en nuestras respectivas profesiones. Después alguien propuso (ahora no recuerdo quién) que al día siguiente fuéramos de acampada. Nos pareció a todos una buena idea. Pero si hubiéramos sabido entonces lo que pasaría después...

Paul suspiró hondo, miró en dirección a la puerta, y siguió con su relato.

—Claro que no todos pudieron asistir. Lo típico, problemas laborales, asuntos familiares y demás. Así que al final reunimos a un grupo de once personas para la acampada. Ojalá no hubiéramos ido nunca... Fue algo terrible... Aunque al principio todo marchó bien. Viajamos en el autobús de la empresa de transportes de uno de los excursionistas. El conductor era uno de los empleados. Cada cual llevaba una mochila con víveres, pan, refrescos, agua... Alguien trajo una barbacoa. Un utensilio imprescindible en cualquier acampada. En resumen, preparamos chuletas, salchichas, cordero a la brasa... Comimos, bebimos, reímos, disfrutamos del día como niños. Después le llegó el turno a la cerveza, el whisky, el vodka y el

tequila. Nos pusimos alegres. Se trajo mucha bebida, eso sí que lo recuerdo bien. Aunque yo no bebí mucho, la verdad, casi ni me emborraché.

Henry escuchaba en silencio, observando y estudiando las reacciones, el lenguaje corporal, los ojos de su interlocutor. Stanford estaba realmente asustado. De eso no tenía la menor duda. Y, al parecer, no mentía cuando hablaba de lo sucedido.

—Luego se produjo una disputa entre dos de los antiguos alumnos —continuó Stanford—. Bernie Clackstone y Rockford John. Jenny era el objeto de la disputa. Ambos estuvieron colados por ella, pero esta terminó casándose con otro tío, del que después se divorciaría. Bernie dijo algo, a lo que Rockford contestó de forma un tanto violenta. Y empezó la pelea. Nos costó separarlos. Después la cosa se calmó y volvieron a darle al trago. Siempre hay quien acaba más borracho que una cuba en este tipo de acampadas. Es inevitable.

—Sí que lo es —admitió Henry—, es natural que ocurran cosas así. Por eso yo nunca me apunto a ese tipo de acampadas.

—Después, más tarde, avanzado el día, se le ocurrió a otro de los presentes practicar la escalada en un pico cercano a la zona. Este se hallaba a unos dos o tres kilómetros de distancia en dirección sur. Tenía cuevas escarpadas y en la cara oeste una pared maciza totalmente vertical. Fue allí adonde nos dirigimos; muchos ya estaban como cubas. Por eso aceptaron el desafío, sin más. De haber estado sobrios, jamás lo hubieran hecho. Yo, por supuesto, me negué. Pero de nada sirvió. Y fue precisamente allí donde ocurrió el accidente. No podíamos creer que algo así sucediera. Pero sucedió. En mitad de la escalada, Rockford dio un traspies y cayó al vacío. Trescientos metros de precipicio. Nada se pudo hacer. Una muerte horrorosa. Vi cómo cayó. Fue terrible. Nunca lo olvidaré. Tengo pesadillas hasta el día de hoy.

—¿Qué pasó después?

—Hicimos varios intentos por bajar de inmediato, pero no lo logramos, al carecer del equipo adecuado. Había empezado a oscurecer y no nos podíamos arriesgar a sufrir otro accidente. Estábamos cansados y abatidos. La desesperación y la histeria iban

en aumento a cada minuto que pasaba. Yo, por mi parte, estuve a punto de perder la razón y lanzarme al vacío. Tal era mi grado de desesperación. Estaba completamente ofuscado. Muchos de los que estaban ebrios recobraron la sobriedad en cuestión de segundos. Para que vea el grado de tensión que se vivía en aquellos momentos. Nos rescataron tres horas más tarde. Luego se intentó recuperar el cuerpo. Pero hubo que esperar a que amaneciera para reanudar las labores de búsqueda. Como es una zona de desfiladeros muy escarpada y de difícil acceso, debido a su orografía es casi imposible hallar un cuerpo caído en esos contornos, incluso con ayuda de drones. La policía nos interrogó y concluyó que fue un accidente. Se nos imputó un delito de imprudencia temeraria, pero ahí quedó la cosa. Total, que el cuerpo ha sido localizado hace cuatro días, tras casi cinco años de búsquedas infructuosas.

Paul sacó el pañuelo y se lo pasó por la frente.

—A las dos horas nos llamaron para ir a reconocer el cuerpo. No sabíamos qué hacer. Por supuesto, no dejamos que fueran las mujeres. Así que las autoridades propusieron que fuéramos yo y Nelson Burke, que es ayudante del fiscal del distrito y está acostumbrado a este tipo de situaciones. Pero estaba ocupado y no pudo ir finalmente, así que nos tocó a mí y a la hermana de Rockford reconocer los restos. Fue terrible. Ella ni siquiera se atrevió a entrar, está mal del corazón. Pero yo lo reconocí nada más verlo. Por sus zapatillas. Llevaba unas ridículas zapatillas de color fucsia. Aquel día estuvimos todo el tiempo riéndonos de sus zapatillas.

—¿Y qué más?

—Luego vino lo peor —dijo Standford soltando un profundo suspiro—, volvimos a prestar declaración ante la fiscalía, sobre cómo ocurrió el accidente. Está claro que alguien habló de la pelea que tuvo lugar entre el occiso y Clackstone. Gracias a la ayuda de Nelson, el juez instructor no dio orden de arresto en su contra. Todo ha sido tan...

—Así que su compañero sufrió un accidente mientras escalaba. Pero esa no es la verdadera razón de que esté aquí, ¿verdad? —le

interrumpió Henry.

—Así es, en efecto. En un principio pensamos que se trataba de un lamentable accidente. Nadie podía pensar que alguien pudiera empujarle. A nadie se le podía pasar por la cabeza cosa semejante.

—¿Y por qué cree que podría haber sido asesinado?

—Al principio nos resistimos a creer tal cosa. Pero después... Pasamos muchos meses con el ánimo por los suelos. Estábamos consternados por lo que le había ocurrido a nuestro compañero. El viernes 7 de marzo, un año después de lo sucedido, volvimos a reunirnos para honrar la memoria de nuestro amigo. Se presentaron todos, incluso los que no pudieron acudir el año anterior. Y esa misma noche se cometió un asesinato.

—¿Mataron a alguien relacionado con su empresa?

—Sí, a Raymond Penn. Estudiamos juntos durante los primeros años. Luego se marchó a Francia con su familia. La madre es medio francesa, ¿sabe? Unos años después regresó y se afincó definitivamente en la ciudad de Chicago. Trabajaba en una de nuestras oficinas. Vino específicamente para asistir a la reunión. Se estaba alojando en un hotel. Tenía que volver a Chicago al día siguiente. Pero en la noche del viernes alguien se coló en su habitación del hotel y lo mató salvajemente, atacándolo desde detrás.

—¿Cómo murió?

—Fue degollado. Al parecer con un cuchillo o una navaja. Se hallaron muchas huellas en la escena del crimen, la mayoría pertenecientes a la víctima. Las demás huellas fueron cotejadas con las bases de datos y coincidían con las del personal de la limpieza y con las de otros huéspedes. Alguien entró en su habitación y le degolló. Lo más seguro es que el asesino lograra interferir de alguna manera la señal de las cámaras de seguridad del hotel.

—¿El crimen ocurrió el mismo día en que se celebró la reunión?

—Sí, pero por la noche, cinco horas más tarde.

—¿Y por qué cree que este suceso está relacionado con el otro? Puede que se tratara simplemente de un atraco.

—Sí, en un principio pensamos lo mismo. Parecía un crimen espontáneo. El departamento de policía mandó el informe a la

fiscalía, y Nelson prometió colaborar en la investigación. La policía salió en busca del asesino, pero al no haber testigos ni pista alguna que seguir, se le declaró muerto en circunstancias extrañas. El caso fue archivado.

—¿Y cree que por eso puede haber relación?

—No lo sé. Pero hace cinco meses se produjo otro crimen. Volvimos a reunirnos para celebrar una misa en memoria de nuestros compañeros. Esta vez no vino casi nadie. Quizá tuvieron miedo y no quisieron venir. Qué sé yo. O quizá ya no estaban por la labor. No es agradable tener que llorar la muerte de varios de tus compañeros, aunque solo sea para honrar su memoria. Se presentó menos de la mitad de la gente esperada. Y precisamente esa misma noche fue asesinada otra de nuestras condiscípulas, Jennifer Sullivan. Ocurrió de camino a casa. Era nuestra directora comercial. Se la halló muerta en el portal. Al parecer la estrangularon allí mismo. Cuando entró en el portal alguien la cogió desde detrás y le puso una pistola eléctrica en el cuello. La descarga la dejó sin sentido. Y después, ídem de ídem. El portal estaba a oscuras, habían roto las bombillas de los focos del techo. Alguien la mató. Otro crimen sin resolver. Fue entonces cuando decidimos que había que hacer algo. Y aquí me tiene.

—¿Por qué ha tardado tanto en venir a verme?

—Porque aún no estábamos seguros de nuestras sospechas —dijo Standford, desconsolado—. La muerte de Jennifer nos afectó tanto a todos que no teníamos cabeza para nada.

—¿Jennifer Sullivan también estuvo en aquella fatídica acampada?

—Sí, ella y Raymond Penn. Estuvieron los dos. Puede que se trate de una casualidad, pero hemos preferido consultarlo con usted de todas formas, ya que existen serios indicios de que pudieran haber sido asesinados por la misma o las mismas personas.

—Una casualidad —dijo Henry meditabundo, pensando en voz alta—, una extraña casualidad. Y del asesino ni rastro.

—Eso es. Parece obra del típico atracador. Pero lo que no cuadra es que dejó el bolso de la mujer en el suelo, sin tocar el

dinero y las llaves. Ni siquiera se llevó el reloj de oro que llevaba en la muñeca.

—De acuerdo. Ahora dígame quiénes acudieron exactamente a aquella reunión, y quiénes fueron a la acampada al día siguiente. ¿Cuántas personas eran?

—Veintiocho. A la acampada acudimos once, sin contar al chófer.

—¿Lo conocía de antes?

—Sí, bastante bien, es un hombre mayor, tendrá unos sesenta años en la actualidad. Tiene tres hijas y seis nietos. Pero cuando escalamos el pico no estaba con nosotros. Creo que podemos descartarlo.

—¿Por qué?

—Porque cuando mataron a Raymond el hombre se encontraba en el hospital, le habían operado de una úlcera estomacal sangrante y estuvo varios días ingresado. Eso le excluye.

—Bien, vamos a intentar ser más precisos con los datos que tenemos —apuntó Henry esbozando una sonrisa complaciente—. Había en total once personas, ¿no es así?

—Correcto. Quitando a tres, claro.

—Entonces quedan ocho. Dejándole a usted fuera, el número se reduce a siete. Una cifra más manejable. ¿Qué me dice de ellos?

—Cuatro hombres y tres mujeres. Ellos son: Bernie Clackstone, Nelson Burke, Jerry Williams y John Armstrong. Ellas son: Madeleine Stockwell, Lisa Ramírez y Jenny Ferguson.

—¿La misma mujer por la cual se pelearon durante la acampada?

—Sí, la misma —repuso Standford—. Es una belleza de mujer, si me permite decirlo.

—Hábleme de esas tres mujeres. ¿Hace tiempo que las conoce?

—Sí. Jenny es la más guapa de las tres, como acabo de mencionar —repitió Standford—, pero no ha tenido mucha suerte en su vida personal, por decirlo así. Ya sabe, es como eso que suele decirse: cuanto más hermosa es una mujer, más sola acaba estando en la vida.

—Interesante frase, aunque un poco trillada —manifestó Henry —, pero centrémonos en hechos concretos. Cuénteme todo lo que sepa de cada una de estas personas. Ya me ha dicho que Jenny es la más guapa y que muchos están locos por ella, incluido usted, por lo que he podido inferir por sus palabras y gestos. ¿Qué más cosas importantes puede contarme?

—Es licenciada en historia del arte. Trabajó en una empresa dedicada a la verificación y autenticación de firmas de pintores famosos. Se casó con el dueño de la empresa, tuvieron un hijo y, a los cinco años, se divorciaron. Dejó la empresa tras el divorcio. Su exmarido también regenta una galería de arte. Jenny trabaja actualmente para otra galería de arte.

—¿A qué se dedican las otras dos?

—Madeleine Stockwell es diseñadora de moda, casada, con un hijo. Lisa Ramírez es hija de emigrantes mexicanos, soltera. De las tres, la mejor estudiante. Muy inquieta pero decidida. Se licenció con matrícula de honor. Es abogada.

—¿Han residido siempre en Los Ángeles?

—Sí. Tanto Madeleine como Jenny pertenecen al círculo de West Hollywood. Lisa, en cambio, es de origen humilde, procede del valle de San Fernando. En lo que a origen se refiere, es la más perseverante de las tres y la que más ha medrado en la vida.

—Muy bien, de momento es suficiente. Ahora pasemos al flanco derecho —señaló Henry.

—De acuerdo. Nelson Burke terminó la facultad de derecho, trabajó como juez instructor, y es actualmente ayudante del fiscal del distrito. Tiene treinta y cuatro años, como casi todos los demás. Jerry Williams es psiquiatra, lleva una consulta en el centro. Casado, con tres hijos. Es un buen tipo, pero a veces se le va un poco la olla, algo ridículo, ¿no le parece? Gajes del oficio. Suele pasar con los psiquiatras. John Armstrong es médico general, no tiene ninguna especialidad. Está soltero, y creo, como nos sucede a todos los del grupo, que está enamorado secretamente de Jenny, aunque nunca lo ha admitido abiertamente. Y, por último, tenemos a Bernie Clackstone, ingeniero. Divorciado, sin hijos. Trabaja en el departamento de diseño de una empresa aeronáutica. Se dedican

exclusivamente a la fabricación de drones. Surten a distintos departamentos, tanto de policía como de bomberos. Mi empresa les vende los ordenadores y el software informático.

—Siete personas en total. Y todas estuvieron en aquella acampada, ¿verdad?

—Sí. Ahora quedamos ocho. En un principio se pensó que lo de John se debía a un desafortunado accidente, pero en estos momentos estamos casi seguros de que alguien lo empujó. Los otros dos crímenes no los podemos vincular con el primero, ya que no hay ningún tipo de prueba material que lo respalde. Lo único que se sabe es que a ambos los atacaron por la espalda.

—Me ha dicho que Clackstone y el finado John discutieron y se enzarzaron en una pelea antes de ir a escalar aquel pico. Clackstone es un sospechoso. ¿Por qué no fue detenido?

—Nelson Burke atestiguó que en el momento del accidente Clackstone estaba con él.

—¿Y qué piensa usted? —Standford cambió de rictus.

—No lo sé —dijo él—, no puedo saberlo. Pero Clackstone no sería capaz de hacerlo. Y menos aún degollar a Raymond. ¡Eran amigos de toda la vida, por Dios! Sería terrible.

—Sí, pero el hecho es que hay tres antiguos estudiantes muertos. ¿No se le escapa nada?

—No, le he contado todo tal como sucedió —Standford asintió lentamente con la cabeza— y sí, alguien mató a nuestros compañeros. Y lo que más me aterra es pensar que pudiera ser uno de nosotros. Se lo repito, sería un golpe terrible. Queremos pensar que todo es una coincidencia, pero si este viernes vuelve a cometerse otro crimen, tendremos que irnos de la ciudad, poner la mayor distancia posible. Entienda, tengo mujer e hijos y no quiero ponerlos en peligro. Nos veríamos obligados a abandonar nuestra ciudad.

—¿Y por eso ha venido a verme? —comprendió Henry al fin.

—Sí —afirmó con la cabeza Stanford—, queríamos pedirle que nos ayude. Necesitamos su ayuda con urgencia.

—Me temo que no va a ser posible, el viernes tengo que coger un vuelo a Florida. Asuntos familiares —dijo Henry—. Como

comprenderá, también tengo una vida de la que ocuparme.

—Lo entiendo —respondió triste Stanford—. Y no le culpo. Pero si cambia de opinión estamos dispuestos a pagarle mucho dinero. Por eso no se preocupe. Estamos bien servidos.

—Francamente, no es cuestión de dinero. Y no piense mal, no le estoy negando la posibilidad de ayudarlo, y menos aún tratándose de un antiguo alumno de James Toronsky, al que tengo en gran estima. Simplemente tengo un asunto familiar ineludible que no puedo seguir aplazando por más tiempo. Si hubiera venido antes, quizá las cosas hubieran sido distintas.

—Póngase en mi lugar —le imploró Stanford, plantándose de rodillas—, la policía no se cree esta versión. Dice que no tiene ninguna solidez. Lo cual es cierto. Hasta al mismo Nelson Burke le parecemos unos paranoicos. Por lo que solo nos queda usted. No tenemos otra opción. Debería ayudarnos. Si se produce otro crimen, será algo que nunca se perdonará a sí mismo, ahora que está al corriente de nuestras sospechas. Si opta por no hacerlo, será cómplice de asesinato. Siento tener que hablarle así, pero estoy desesperado, y sé que usted siempre se ha distinguido por su inclinación a la verdad y a la justicia.

—«Debería ayudarnos» —dijo Henry con aire pensativo—, al parecer me ha convertido usted en un confidente que tiene la obligación moral de...

—Perdone —le cortó Stanford con suavidad—, quizá haya sido demasiado duro, pero no tenía otra opción, entienda, al igual que usted, también tengo un compromiso ineludible para con mi familia.

—Usted apela a mi empatía por medio de un burdo chantaje emocional, cosa que jamás perdonaría en otras circunstancias, pero al verlo a usted me he convencido de que no miente y que su desesperación es real.

—Por eso se lo suplico: usted es el único que puede ayudarnos.

—¿Y por esa razón debo dejar aplazadas mis obligaciones para ayudarles en este asunto...?

—Lo sé. Y lo siento de veras. Pero se trata de una cuestión de vida o muerte. Perdone, sé que parece un chantaje como usted ha dicho, pero no lo es... Es la desesperación la que habla por mí. Soy

consciente de que he dicho muchas tonterías. Perdóneme. Si le sirve de consuelo, no albergaba muchas esperanzas de que usted me recibiera de la forma en que lo ha hecho. Y eso habla muy bien de usted. En realidad no tiene ninguna obligación conmigo. Le ruego disculpe mi imprudencia.

—¿Así que ocho personas...? —dijo Henry meditabundo, volviendo a pensar en voz alta—, y una de ellas puede ser el asesino. Y el principal sospechoso está respaldado por el ayudante del fiscal, que también puede tener que ver con esto. O, por el contrario, puede que todo se deba a un encadenamiento fatal de sucesos o a una coincidencia de circunstancias —lo que usted prefiera— que nada tienen que ver con la hipótesis que ustedes sugieren.

—¿Usted también contempla, al igual que la policía, esa posibilidad? —preguntó Standford a Henry.

—¿Un encadenamiento fatal de sucesos? Estadísticamente improbable. No, no la contemplo. Y, a juzgar por lo que me ha contado, coincido plenamente con usted. Tres asesinatos cometidos en un intervalo de tiempo de cinco años. Si se trata de un asesino psicópata, entonces este posee una entereza a prueba de bombas, y eso no suele ocurrir. Un psicópata así no encaja en el perfil, porque actúa obedeciendo a una pulsión irrefrenable y estos crímenes han sido cuidadosamente planificados, según los detalles que me ha descrito. No, no lo creo probable. Queda entonces la hipótesis de que los crímenes hayan sido cometidos con un claro y determinado objetivo. ¿Pero cuál podría ser el propósito del asesino? ¿Es posible que sus tres compañeros muertos estuvieran envueltos en circunstancias que usted desconoce o haya olvidado referir? ¿Lo cree posible?

—No, no lo creo posible —repuso Standford dejando escapar un suspiro—, también hemos estado deliberando sobre ese tema. Todo este tiempo. Jennifer vivía en Los Ángeles, Raymond en Chicago, tras regresar de París, y Rockford residía habitualmente en San Francisco. No había una relación directa entre ellos, a excepción del hecho de que los tres se graduaron en la misma universidad.

—Entonces volvemos a la antes improbable hipótesis de que se trate de un psicópata, que actúa de forma errática. O peor aún: que simule hacerlo. ¿Qué tipo de heridas presentaba Raymond? ¿Tenía marcas en un mismo lugar o en sitios distintos? ¿No lo averiguaron?

—Sí que lo hicimos. Tenía marcas en distintos lugares del cuello y de la cabeza, su muerte fue casi inmediata.

—¿En la cabeza? —repitió Henry pensativo—. ¿Entonces resulta que el asesino no sabía exactamente cómo degollar a su víctima? ¿Qué le hace pensar eso? ¿Cree que podría tratarse de una mujer?

—No lo sé, eso no podemos asegurarlo —admitió Standford, angustiado—, por eso no sabemos de quién sospechar siquiera.

—A su amiga le aplicaron una descarga con una pistola eléctrica. ¿Sabe exactamente en qué parte del cuello?

—Detrás y ligeramente de lado —respondió, pensando un poco, Standford—, es lo que dijo Nelson que leyó en el informe de la autopsia. Y después la estrangularon.

—¿Se halló el instrumento del crimen?

—No, pero parece que el asesino usó una soga o una media elástica...

—... y estranguló a su víctima con ella —prosiguió Henry en lugar de Standford—. De haber tenido la fuerza necesaria, y llevando guantes, pudo haber usado las manos, pero en lugar de eso utilizó una soga o una media. ¿Qué nos sugiere eso? ¿Podría esto indicar que el homicida no confiaba mucho en sus propias fuerzas?

—No tengo respuesta a esas preguntas —declaró confuso Standford—, no habíamos pensado en esos términos.

—Un caso interesante —dijo de repente Henry. —Se levantó del asiento y se paseó por el salón. El visitante lo siguió con la mirada, esperanzado.

—¿En qué año se matriculó en la facultad? —preguntó de pronto Henry—. ¿Fue en 2003?

—Sí —repuso Standford afirmando con la cabeza—, ¿pero qué importancia puede tener?

—¿Fue en primero de carrera, verdad?

—Ajá. ¿Pero por qué lo pregunta?

—Porque me gradué el mismo año. Puede que coincidiéramos hace quince años. No sé, quizá en el campus de pasada, en alguna de las cafeterías o restaurantes, o en el King Hall o en el edificio Golden Eagle, por ejemplo. Suelen ser las zonas más concurridas.

—Es posible —repuso Standford haciendo memoria—, pero no recuerdo haberle visto a usted en ninguna cafetería ni restaurante, ni en aquellos edificios, y mucho menos en el campus. Sin duda me acordaría.

—La verdad es que yo tampoco recuerdo haberle visto en esos sitios ni en las inmediaciones. He pensado simplemente que podría haberse dado esa posibilidad. Verá, yo me tiré siete largos años para acabar la carrera, no tenía ninguna prisa en hacerlo. En aquel momento el trabajo tenía más importancia para mí que los propios estudios... Vale, está bien —soltó Henry de repente—, les ayudaré con este caso. Pero con ciertas condiciones.

—¡Oh, qué bien, de acuerdo!, muchas gracias... —se apresuró a decir Standford.

—No se deje llevar tan rápido por el entusiasmo —dijo Henry interrumpiendo a su interlocutor—, antes escuche mis condiciones. En primer lugar, va a comprar los billetes con destino a Boston, para desde allí conectar con Los Ángeles, para mañana jueves a primera hora, pues me voy con usted. En segundo lugar, como medida de precaución tendrá que poner a buen recaudo hoy mismo a su familia, así que piense ya dónde alojarlos.

—Me parece bien, no tengo ninguna objeción. Le diré a mi familia que vaya a casa del tío Alfred, está en una urbanización de las colinas de Hollywood, es un lugar seguro, cuenta con vigilancia las veinticuatro horas del día. En cuanto a su primera condición, veo un poco absurdo lo de volar primero a Boston, pero puedo hacerlo si no queda más remedio. ¿Alguna cosa más?

—Sí. Viajará con nosotros otra persona, mi ayudante personal. Y nada más. Con la excepción de que tendrá que contarme durante el vuelo todos los detalles que conozca de sus antiguos compañeros de universidad. Primero de los vivos, y después de los que han pasado a mejor vida. Necesito que me informe de hasta el más

mínimo detalle, por insignificante que sea. Solo así estaré seguro de poder dar con el asesino, en el supuesto, claro está, de que este exista realmente y todo esto no sea producto de su imaginación.

—Voy a hacer la reserva de los billetes —dijo Stanford levantándose de su asiento.

—No hace falta —Henry agitó la mano en el aire—, yo me encargo de hacerlo por Internet. Espero que queden plazas libres. Y usted, por su parte, ponga a salvo a su familia e intente recordar todo lo que pueda de sus antiguos compañeros. Hasta el detalle más baladí.

2

El ayudante de Henry también resultaba su chófer. Seis años antes Henry le había salvado prácticamente la vida, al pagarle una costosa operación de implante de una malla neuronal en el cerebro. Michael Landis era un exmilitar prematuramente licenciado del ejército destinado en Afganistán. Debido a un trauma sufrido por el impacto de una granada que le produjo graves consecuencias neurológicas, y que su seguro profesional apenas cubría, se le concedió la licencia absoluta. Y aunque Michael seguía teniendo secuelas y a veces le costaba hablar, debido a una afasia en grado menor, logró llevar una vida normal y recuperar el cien por cien de su capacidad motora, mejorando incluso su habilidad para la conducción, lo que le permitía también ayudar a Henry en sus investigaciones. Al ser un exmilitar, su experiencia y conocimientos le eran muy útiles. Además, a diferencia de Henry, que era más emocional, Michael se destacaba por ser una persona que sabía mantener la calma y la sangre fría en situaciones de riesgo.

Henry le llamó nada más irse Standford.

—Prepárate. Tenemos un caso —le informó Henry.

—¿Lo sabe Juanita? —preguntó Landis.

—Aún no. Y no quiero hablar con ella de momento.

—¿Y qué hago yo mientras tanto?

—Viajas conmigo y con el cliente.

—Entiendo —dijo Landis en un tono casi despreocupado—, ¿otro caso del montón?

—Todavía no lo sé. O una serie de fatales coincidencias —dijo Henry con una mueca parecida a una sonrisa—, o una extraña historia con un psicópata de por medio.

—Ya veo. ¿Y qué piensas tú?

—Me inclino por lo segundo. Un chiflado que se dedica a matar a antiguos estudiantes de universidad en días de reunión. Ya ha matado a tres. La policía y la fiscalía piensan que es una coincidencia.

—¿Y tú crees que no lo es?

—No es que yo no lo crea, sino que no lo creen la mayoría de los antiguos alumnos. Por eso mismo uno de ellos ha venido a pedirme ayuda.

—¿Cuándo es la próxima reunión?

—Dentro de dos días. El primer viernes de marzo.

—¿Por qué quieres implicarte en ese caso y con ese cliente? —dijo Landis con expresión de no entender nada—. ¿No tienes cosas más importantes que hacer? Deja que yo me encargue del supuesto psicópata. Tú ahora preocúpate solo de Juanita.

—No. Tengo que hacerlo personalmente. Al fin y al cabo, me lo han pedido a mí. Se me olvidó decirte lo más importante: se trata de la universidad en la que estudié. ¿Entiendes ahora por qué no puedo negarme? Es algo que debo hacer.

—Entonces ni que decir tiene —apuntó Landis comprendiendo al fin.

—Viajamos al Aeropuerto Internacional Logan de Boston con la compañía aérea JetBlue a las cinco de la mañana, y seis horas más tarde conectamos con el vuelo de la aerolínea Delta hasta Los Ángeles. Te quiero aquí tres horas antes. Y no te retrases. Ya he reservado los billetes.

—Está bien, pero tú procura acostarte hoy temprano, no te quedes despierto hasta las tantas.

—Lo haré —dijo Henry, volviéndose por fin hacia el televisor.

Aquel día Henry volvió a pensar una y otra vez en la conversación que había mantenido con Paul Standford. Este le había dicho que eran doce las personas que habían acudido a la acampada. El conductor del autobús no los acompañó a la escalada, así que había que descartarlo. No pudo haber empujado al desdichado Rockford John. ¿Pero quién lo hizo entonces? Nelson Burke no podía asegurar que Bernie Clackstone no estuviera con él cuando ocurrió el accidente. Luego estaban los otros dos miembros del grupo asesinados *a posteriori*, que también estuvieron presentes en aquella acampada: Raymond Penn y Jennifer Sullivan. Así que quedaban ocho personas. Ocho contando a Paul Standford. Porque cabía la posibilidad de que él también fuera el asesino. ¿Por eso

había venido a verle él primero, para coger la delantera y disipar así cualquier sombra de sospecha sobre su persona?

De aquel grupo inicial de once personas, quedaban en la actualidad ocho con vida. Tres mujeres y cinco hombres. Ocho personas, de las cuales una podía ser el asesino. Y si se tratara de un psicópata, ¿quién podría ser? ¿El propio Standford? Era un empresario, y, a juzgar por lo que le había dicho, un empresario de éxito, aunque le dijera que últimamente el negocio andaba un poco flojo. Porque, según sus propias palabras, andaban sobrados de dinero. ¿Un psicópata convertido en empresario de éxito? Algo poco probable y difícil de creer. Pero no imposible. Luego estaba Nelson Burke, que trabajaba para el fiscal del distrito y había declarado en favor de Clackstone. Si mentía al respecto sería porque los dos estaban confabulados, y por ende serían los asesinos, o lo hacía para autoexculparse sabiendo que Clackstone estaba ebrio y no podía negar ni asegurar haber estado con él en un momento dado. ¿Pero qué sentido tendría que un brillante y joven ayudante del fiscal del distrito se pusiera a matar gente? Algo así no encajaba. ¿Quién era entonces el asesino? Había dos hombres más a tener en cuenta: John Armstrong y Jerry Williams. El primero era médico de cabecera y no había contraído matrimonio hasta entonces, como había dicho Standford. Y, además, había añadido que estaba secretamente enamorado de Jenny Ferguson, a la que en ningún momento se había atrevido a declarar su amor. Y el fallecido John había discutido y peleado con Clackstone precisamente por culpa de esa joven. ¿Qué tal si Armstrong fue testigo de aquella discusión? ¿O que la provocara él mismo? De ser así, entonces tendría un buen móvil. Y también pudo haber matado a las otras dos víctimas, ya que un médico sabe perfectamente dónde y cómo asestar un golpe mortal y a la vez hacerse pasar por un inexperto asesino. Y tales deducciones también se podrían aplicar a Jerry Williams porque, aunque casado y con hijos, también podría estar colado por Jenny Ferguson, sin tener en cuenta otros motivos.

Pero el asesino no tenía por qué ser necesariamente un hombre. Porque había una mujer muerta a la que habían aturdido previamente. Un hombre no se arriesgaría a tanto. Este podría

abalanzarse tranquilamente sobre su víctima agarrándola desde detrás y estrangularla seguidamente. Y si fuera un conocido, podría acercarse a ella sin temor a que esta intentara escapar nada más verlo. Pero el asesino optó primero por dejarla sin sentido, y después estrangularla. En un caso así el asesino podría haber sido perfectamente una mujer, al no estar segura de tener la fuerza necesaria para acabar con su víctima al primer intento.

En la madrugada del jueves Henry y Michael partieron hacia el aeropuerto para reunirse con Standford, que tenía que volar con ellos a Los Ángeles. La sala VIP *The Airspace Lounge* del aeropuerto JFK de Nueva York se hallaba en la terminal 5, junto a la puerta 24. Cuando llegaron allí, Paul Standford ya los estaba esperando.

—La verdad, no entiendo por qué tenemos que hacerlo así —dijo Standford un poco preocupado, mientras se levantaba de su asiento y se acercaba a ellos—. Yo puedo conseguir una mejor aerolínea y con vuelo directo...

—Cada cual tiene sus rarezas, señor Standford —apuntó Henry—, además, esta compañía es de las mejores. Así que no se preocupe. ¿Ya ha hecho lo que le pedí con respecto a su familia?

—Sí, eso fue lo primero que hice.

—¿Lo ve? No tiene por qué preocuparse entonces.

Henry notó que Landis cojeaba un poco.

—¿Qué te pasa, Mike? —le preguntó—. ¿Te duelen los pies?

—No, no es eso —repuso Landis—, es que me rozan los zapatos nuevos.

—Tenías que haberte puesto unos zapatos usados. No vamos a un desfile, sino a coger un avión. Ya deberías saber estas cosas.

—Sí, lo sé, lo sé —dijo Landis refunfuñando—, tú siempre usas zapatos viejos.

—Por eso nunca cojeo —concluyó Henry.

Tuvieron tiempo de tomar una taza de café cada uno. Embarcaron en el avión veinte minutos antes del despegue. Cuando se abrocharon los cinturones de seguridad, Standford se quedó mirando a Henry extrañado, pero no se animó a decir nada.

Mientras el avión rodaba por la pista de despegue, este miraba ansioso a Henry, hasta que al fin dijo:

—¿Es que no piensa preguntarme nada?

—Pienso hacerlo —dijo Henry asintiendo con la cabeza—, empezaremos con la charla cuando el avión levante el vuelo, porque los despegues me ponen muy nervioso y no le gustaría verme echando el café sobre su corbata. Así que tenga un poco de paciencia y relájese.

El avión ganó potencia, rodó a máxima velocidad por la pista y fue despegándose de esta suave y paulatinamente. Henry cerró los ojos. Odiaba tener que viajar en avión. Michael Landis, que estaba sentado en una fila de asientos más atrás, lo miró esbozando una sonrisa comprensiva. Conocía bien la fobia de su amigo.

En cuanto el avión ganó altura y las luces de los rótulos de los cinturones de seguridad y de «prohibido fumar» se apagaron, Standford le dijo:

—¿Puedo empezar a hablar ya?

—Sí, ya puede —convino Henry—, pero con una condición. Si el avión empieza a agitarse demasiado, por algún bache de aire o por alguna turbulencia, cállese de inmediato y deme tiempo para recuperarme.

—¿Es que acaso le da miedo volar? —Standford se sorprendió.

—No, qué va, me encanta volar —atajó Henry bromeando—. Bueno, entremos en materia, así que tenemos ocho sospechosos, ¿no?

—¿Pero por qué me cuenta a mí también? —preguntó Standford ofendido—. Quitándome a mí, el número se reduce a siete. Y, si le soy sincero, yo también descartaría a las mujeres. En ese caso, quedan cuatro hombres. A los que, por cierto, también sacaría de la ecuación.

—¿Entonces cree que el asesino no es ninguno de ellos? —inquirió Henry.

—Ese es precisamente el quid de la cuestión —dijo Standford, ensimismado—, porque cuando estábamos escalando aquella pared no había nadie más con nosotros. El conductor se quedó abajo

contemplando la ascensión. No había nadie más. Éramos once personas, y ahora solo quedamos ocho.

—Empecemos por los hombres —propuso Henry—, ahora que el avión vuela de forma estable y podemos hablar con normalidad.

Una azafata se acercó con un carrito de bebidas y entregó una servilleta y un vaso de plástico a cada pasajero. Después empezó a ofrecer distintas bebidas: café, té, zumo de naranja, agua... Henry pidió que le llenara el vaso con whisky, y se dispuso a seguir escuchando a su cliente. Este solo pidió agua con gas.

—¿Por quién empiezo primero? —Standford se encogió de hombros—. Vale, empezaré por Clackstone, porque la policía sospechó de él en un principio. Al ser interrogados, alguien le dijo a la policía que él y Rockford discutieron y pelearon antes de ir a escalar aquella pared.

—Sea más preciso, por favor —Henry estaba de buen humor cuando un vuelo transcurría con toda normalidad.

—Nunca pensamos que esto acabaría de esta manera. Clackstone siempre ha tenido mucha garra con las mujeres. Actualmente vive en Seattle, ya casi no viene por Los Ángeles. Pero el viernes estará en la reunión, de eso no tengo duda. Su padre es de origen escocés, y su madre una nativa americana de una reserva navaja de Tucson. Bernie guarda un gran parecido físico con el actor de cine Anthony Quinn, pero de joven, quiero decir. Esa es, en parte, la razón de su particular éxito con las mujeres. Ha estado casado dos veces, y siempre con mujeres hermosas. Cuando estudiaba en la universidad salía con Jenny Ferguson.

—¿Por qué no llegó a casarse con ella?

—No lo sé exactamente, pero puedo decir que Jenny siempre se ha distinguido por tener un carácter difícil. Al terminar la universidad, Clackstone se mudó a Virginia. Al año siguiente ya estaba casado con su primera esposa. A los tres años se divorciaron, y él aceptó una oferta de empleo en una empresa dedicada a la fabricación de drones con sede en Seattle. Allí conoció a su segunda mujer. Pero el matrimonio duró poco tiempo, unos ocho meses. No sé por qué razón Clackstone discutiría con Rockford, habida cuenta de que este último era un hombre pacífico. Nunca antes se le había visto

envuelto en una pelea. Pero discutieron y pelearon fuertemente, y tuvimos que separarlos entre Nelson y yo.

—¿Entonces Clackstone trabaja en Seattle? ¿Y está seguro de que asistirá a la reunión de mañana? Porque sería más lógico quedarse allí y no exponerse a ningún riesgo.

—El hecho es que ya ha confirmado su asistencia. Estará mañana en la reunión. Bernie es un hombre al que nunca le ha gustado faltar a sus compromisos.

—Pero en este caso esa perseverancia puede resultar sospechosa. ¿No se lo parece?

—No. Él siempre ha sido así.

—¿Se ha casado y divorciado dos veces?

—Por desgracia. Parece que en cuestiones de amor lleva la misma suerte que Jenny.

—Ahora hablemos un poco más de Jenny Ferguson. Por lo que me ha contado, se trata de la «mujer fatal» de la promoción de ustedes.

—Era y sigue siendo muy guapa. En el instituto y en la universidad les gustaba a todos los chicos. Pero la mayoría no se atrevía a hablar con ella. Aparte de Clackstone, se la vio un par de veces en compañía de Nelson. Pero por lo que sé, con este último solo mantenía una relación de amistad, nada más.

—¿El mismo Nelson Burke que trabaja en la oficina del fiscal del distrito?

—Sí. Él siempre ha sido un hombre perseverante. Ya desde pequeño quería ser abogado. Su padre también lo era, así que esa vocación le viene de familia. Al terminar la carrera se casó con una mujer veinte años mayor, por lo que no tienen hijos. Llevan diez años casados. Dicen que es un excelente abogado y juez instructor. Sus colegas tienen muy buena opinión de él. Y como ayudante del fiscal, no lo hace nada mal, según he oído decir. Físicamente es el más fuerte del grupo. Es cinturón negro de kárate. En el instituto y en la universidad siempre acudíamos a él cuando teníamos algún problema.

—Quedan dos hombres más —continuó Henry.

—Sí, pero no los creo capaces de cometer un asesinato —comentó Standford.

La azafata comenzó a servir el desayuno: sonriendo amablemente, entregó a cada uno la comida que había pedido. Henry sacó el tenedor, el cuchillo y la cuchara de plástico del envoltorio que venía con la bandeja.

—¿Por qué dice que no los cree capaces? —preguntó él, partiendo un trozo de pan.

—Porque ambos son médicos —dijo Standford convencido— y han hecho el juramento hipocrático. Se supone que esto obliga a quien presta este juramento a preservar la vida ante todo.

—Que no los crea capaces no significa que no lo sean —dijo impasible Henry—. Usted mismo ha dicho «se supone», con lo que me da a entender que tiene sus dudas al respecto. Si bucea un poco en la historia criminal, verá que ha habido asesinos múltiples que han hecho este juramento, al que muchos de ellos denominaban, «juramento de hipócritas».

—Lo sé, sé a lo que se refiere. Pero yo los conozco personalmente y son excelentes médicos. A menos que cometieran una negligencia involuntaria en el ejercicio de sus funciones, no los creo capaces de arrebatarse la vida a otro ser humano.

—Hemos hablado de Jenny Ferguson —señaló Henry—, pero poco lo hemos hecho de las otras dos mujeres que también estuvieron presentes en aquella acampada fatal.

—Sí, bueno, algo le conté sobre ellas cuando estuve en su casa —dijo Standford a regañadientes.

En ese momento el avión pegó una fuerte sacudida que hizo temblar la nave entera. El capitán del avión encendió las luces de emergencia, exhortando a los pasajeros a permanecer en sus asientos con los cinturones de seguridad abrochados, anunciando que iban a entrar en una zona de turbulencias.

—Pero acabaré de contárselo —continuó Standford sin apenas advertir la sacudida del avión, pero Henry agitó la mano en señal de negación.

—No hace falta que me cuente nada —pronunció Henry con rostro pálido—, será mejor que se calle de momento. Tengo que

descansar.

Apartó de sí la bandeja con comida y cerró los ojos.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Standford, sobresaltado.

—No —Henry volvió a abrir los ojos—, me encuentro muy mal. Si esto dura diez minutos más, creo que me voy a desmayar.

El comandante de la nave, como si estuviera al pendiente del malestar del pasajero, levantó el morro del avión para dejar atrás cuanto antes la zona de turbulencias.

—Ahora ya sabe por qué siempre vuelo con esta compañía —dijo Henry llevándose una mano a la frente—, porque al menos los pilotos hacen algo para evitarle un mal rato a los pasajeros.

Henry volvió a cerrar los ojos. Al cabo de unos minutos el traqueteo del avión cesó. La azafata retiró las bandejas con los restos de comida; la de Henry estaba casi llena. Este abrió de nuevo los ojos y miró a Standford.

—Ahora ya puede hablarme acerca de esas dos mujeres. Ya he oído lo suficiente de Jenny Ferguson. Pasemos a las demás.

—Madeleine Stockwell. Creo que ya sabe que se dedica a la moda...

—Y que está casada y tiene un hijo y pertenece al círculo de West Hollywood —apuntó Henry interrumpiendo a Standford—, eso ya lo sé. Cuénteme algo que no sepa. ¿Con quién salía en esa época? ¿Quiénes eran sus compañeros de clase? Ese tipo de cosas.

—No... Ahora mismo no guardo un recuerdo sólido de todo eso. Pero espere, sí, me acuerdo de que tenía una compañera de clase que era íntima amiga suya. Clarise Phelps. Al acabar la carrera se marchó a Alaska. Sí, precisamente Clarise.

—¿Sabe a qué se dedica el marido de Madeleine? ¿Tiene algún tipo de influencia en West Hollywood?

—Regenta una tienda allí mismo. Pero no sé qué tipo de influencia puede tener en su círculo social, la verdad, nunca me interesé por ese tema.

—¿Y la otra mujer? ¿Lisa Ramírez? ¿Qué sabe de ella que no me haya contado?

—Pues que por aquella época salió un tiempo con Bernie Clackstone y Raymond Penn.

—Ya veo... —Henry se sumió en una ligera introspección—. Un dato importante que olvidó mencionar. ¿Salían como amigos o en plan formal?

—Eran amigos, así que supongo que no era en plan formal.

—¿Y no había nadie más en su vida personal, aparte de Clackstone y Penn, que considere oportuno mencionar?

—Pues creo que sí, ahora que lo dice. Un chico hispano. Estudiaba medicina, al igual que Armstrong. Eran compañeros de clase.

—¿Diría usted que eran más que amigos? Me refiero al chico hispano.

—No podría asegurarlo. Nunca los vi besándose en público, si es lo que quiere saber.

—¿Le ha vuelto a ver desde entonces?

—Sí, le he visto un par de veces en el campus, pero nada más.

—¿Se licenció?

—Sí, lo hizo. Creo que luego se especializó en oftalmología.

—¿Cómo se llama?

—Ahora mismo no lo recuerdo. Apenas tuve trato con él. Pero puedo averiguarlo.

—¿Y no ha acudido nunca a alguna de vuestras reuniones?

—No, que yo recuerde. Pero sé que imparte clases en la facultad de medicina.

—Interesante dato —dijo Henry después de pensarlo un poco—. Averigüe su nombre.

—De acuerdo.

—¿Sabe qué fue del exmarido de Jenny Ferguson?

—¿Cómo? —Standford cambió de repente de expresión.

—Le he preguntado que qué fue del exmarido de Jenny Ferguson. Usted dijo que era el dueño de una empresa de autenticación y verificación de firmas de pintores famosos y también de una galería de arte. ¿Sabe si sigue dedicándose a eso?

—Oh, sí, disculpe —Standford frunció el ceño de pronto—, le he oído la primera vez. Lo que pasa es que acabo de recordar que

unos minutos antes de subir al autobús que nos llevaría a la montaña, vi a Jenny Ferguson hablando con su exmarido. Es un detalle al que no había dado importancia hasta ahora.

—¿Puede decirme a qué se dedica en la actualidad?

—No sabría decirle. Quizá siga dedicándose a lo mismo.

—¿No le ha vuelto a ver en ninguna de sus reuniones?

—No, no le he vuelto a ver. Pero recuerdo que aquella vez vino a despedirse de Jenny. Estuvo hablando con ella unos diez minutos. El tema me ha venido a la cabeza porque en ese momento nos preguntamos algunos de los compañeros si Jenny no estaría planeando volver con su exmarido. Una ocurrencia estúpida, claro.

El avión volvió a sufrir otra ligera sacudida, y Henry cerró otra vez los ojos. Michael sonrió. Este tipo de cosas nunca le habían afectado más de la cuenta. Standford miró a Landis con cara de no comprender nada, pero Michael solo se encogió de hombros. Tocaba esperar. Al cabo de unos minutos, cuando el avión volvió a estabilizarse, Henry se giró hacia Standford.

—Fuisteis once personas a la acampada —dijo él—, once personas a las que conoce perfectamente. Ahora dígame con franqueza, ¿de quién sospecha usted exactamente?

—De nadie en particular —respondió Standford—, me he hecho muchas veces la misma pregunta. Los conozco muy bien a todos. Jerry Williams y John Armstrong son los únicos a los que conocí más tarde, en la universidad. A los demás los conozco desde el instituto; todos estudiamos en la misma escuela privada, incluida Lisa, a la que se le concedió una beca de estudios. Por eso no sospecho de ninguno de ellos.

Henry guardó silencio. Volvió a cerrar los ojos, intentando reflexionar. Esta vez no hubo ninguna sacudida. Standford miró fijamente a Landis por encima del hombro. Este se llevó un dedo a los labios. Será mejor dejar pensar a Henry, comprendió Standford al fin. Al cabo de un rato, la voz del piloto anunció que iban a aterrizar. Henry se abrochó el cinturón y le hizo una última pregunta a Standford:

—¿Está seguro de que la reunión del viernes se llevará a cabo?

—Sí —afirmó con la cabeza Stanford—, vendrá todo el mundo. Nadie se ha creído la versión del psicópata. Absolutamente nadie. Ahora dicen que sus sospechas carecen de fundamento. Nelson Burke ha propuesto hacernos todos la prueba del polígrafo y demostrar que los dos asesinatos son una coincidencia, y que lo de Rockford fue un accidente.

—Ya veremos —dijo Henry.

3

Tuvieron que esperar seis horas para conectar con el vuelo siguiente. La aeronave despegó sin sufrir ningún tipo de retraso, rumbo a la ciudad de Los Ángeles. Henry prefirió esta vez un asiento de ventanilla, para así dormir más cómodo. El avión apenas tembló, y luego de que las azafatas sirvieran el almuerzo, pudieron descansar un poco. Henry se negó a almorzar; sus acompañantes, por el contrario, comieron con gusto. En el momento en que Stanford, cómodamente echado en su asiento, se estaba quedando dormido, Henry, que estaba sentado a su lado, lo despertó inesperadamente.

—Perdone que lo despierte —le dijo—, ¿se acuerda de cómo subieron a aquel pico?

—¿Perdón? —dijo Stanford medio dormido.

—Me refiero a cuando subieron a la montaña. ¿Podría decirme quién iba en cabeza y quién a la cola?

—Déjeme pensar —Stanford se quedó meditando un momento—. Creo que lo hicimos en fila, en formación. Nadie pensó en la posibilidad de que alguien pudiera caerse de allí siguiendo las normas de seguridad. El que iba en cabeza se abrió paso y fue colocando los pitones en las grietas de la roca. Teníamos un equipo bastante rudimentario, pero eficiente para cumplir con su misión. No entiendo cómo pudo caerse Rockford de aquella pared, aquel tramo todavía no era lo suficientemente vertical como para suponer un peligro.

—¿Quién iba con él?

—Bernie Clackstone. Iban juntos. Y detrás de ellos Jennifer Sullivan. Ella iba sujeta del otro extremo de la cuerda.

—¿La mujer que fue asesinada?

—Sí. Pero no me creo que ella empujara a Rockford. O que lo hiciese Clackstone y después se desquitara con Sullivan. No lo creo posible.

—Entiendo. Pero todavía es pronto para descartarlo. ¿Y dónde estaba usted en ese momento?

—Estaba escalando con Jerry Williams. Fue precisamente entonces cuando vimos caer a Rockford. En ese momento se nos acercó Nelson Burke. Pensamos que quizá todavía podíamos hacer algo por el accidentado John. Pero solo contábamos con una cuerda, que era la que estábamos utilizando todos. Descendimos un poco para comprobar si Rockford se había quedado colgando de alguna manera o si se había quedado enganchado por casualidad en algún saliente. Pero comenzó a oscurecer y ya no se veía nada. Así que nos quedamos allí atascados, hasta que Nelson, no sin muchas dificultades, pues apenas había cobertura, llamó con su móvil a emergencias. Tres horas más tarde nos rescataron.

—¿Sabe si alguno de sus antiguos compañeros había muerto antes en circunstancias extrañas?

—No. No hubo ningún fallecimiento antes de ese suceso fatal. Lo comprobamos antes de ir a verle. Nadie había muerto en circunstancias similares. Hubo algún que otro accidente. Un excompañero se rompió una pierna tras ser atropellado accidentalmente. Pero fue un incidente aislado. La gente joven no suele morir así porque sí.

—Gracias —Henry se levantó de su asiento. Había algunos pasajeros más volando en clase ejecutiva. Pero muchos asientos estaban sin ocupar. Se acercó al de Landis.

—¿Qué opinas de todo esto? —le dijo con los ojos entrecerrados—. Porque supongo que habrás estado al pendiente de la conversación.

—Por supuesto que he estado al pendiente. A no ser que se trate de una coincidencia diabólica, probablemente tenga razón. Alguien con muy mala leche se está desquitando con esta gente.

—Tres muertes consecutivas en el tiempo —Henry abrió un poco más los ojos—, será interesante dar con este asesino. Si se trata de un delincuente sexual, ¿por qué mata también a hombres? Y si es un psicópata, ¿por qué no había actuado antes? Hay que hacer una lista de todos los estudiantes de aquella promoción. También podría darse el caso de que algún loco se hubiera puesto a seguirlos en

medio de la acampada. Aunque, claro, no podría haberlos seguido durante la ascensión a aquel pico. Está claro que si alguien les hubiera seguido, se habrían dado cuenta. Así que hay que descartar esa hipótesis. Volvemos de nuevo a lo de las once personas.

—De las que quedan ocho —comentó Landis, manteniéndose a la espera—. ¿De quién sospechas exactamente? ¿De ese pobre chico que ahora duerme plácidamente en su asiento? ¿Piensas que ha venido a verte para desvanecer cualquier duda razonable en torno a su persona?

—¿Qué te hace pensar eso?

—Porque te conozco. Hasta el momento no le has tratado con la cortesía habitual en ti. ¿Es que no te cae bien?

—No es eso. Pero no está siendo del todo sincero. A veces siento que me oculta algo.

—¿Y cómo puedes saberlo con solo sentirlo?

—Porque me ha mentido en dos ocasiones. La primera vez fue cuando me dijo que Nelson Burke había declarado que Clackstone se hallaba con él en el momento del accidente. Eso fue ayer. Y ahora acaba de decirme que Clackstone estaba junto a Rockford en el momento de la caída. Pero puede ser que no se hubiera decidido a contarme ese detalle por temor a traicionar a su compañero, y sin saber en aquel momento si yo aceptaría el caso. Y hoy por la mañana, en el otro avión, me ha dicho que Jenny Ferguson salía con Clackstone y que este, a su vez, lo hacía con Lisa Ramírez y que esta, también a su vez, lo hacía con Raymond Penn.

—Sí, me acuerdo. Lo dijo. ¿Y qué?

—Ayer me dijo que Clackstone no podía haber matado a Raymond porque eran amigos de toda la vida. Pero el hecho de que los dos salieran al mismo tiempo con la misma chica es una contradicción. Entonces, ¿en qué momento me ha mentido? ¿Antes o ahora?

—¿Por qué no se lo preguntas tú mismo? No creo que lo haya olvidado o se haya confundido. Celebran reuniones frecuentes, sería difícil que ocurriera eso.

—¿Sabes qué? Lo dejamos así de momento. Tengo que conocer a los demás implicados antes de sacar conclusiones. Si Stanford

fuera el culpable, no se hubiera puesto en contacto conmigo y menos aún hubiera venido a verme. Además, cuando vino ayer a mi casa, estaba realmente asustado. Porque hay algo que lo trastorna profundamente: y es saber el porqué de todo esto. Si se trata de un psicópata que asesina a antiguos compañeros de universidad en días de reunión, ¿por qué se preocupa tanto unos días antes de la fecha fatídica, y pierde tiempo en un viaje a Nueva York para venir a verme y contarme esta historia? Y otra pregunta: si no cree que se trate de un psicópata, ¿para qué ponerse entonces en contacto conmigo? Lo mejor que podemos hacer es no precipitarnos en nuestras conclusiones y dejar que la investigación avance por sí misma.

Landis asintió con la cabeza medio satisfecho y no dijo nada más.

El avión aterrizó en el aeropuerto de Los Ángeles a la hora prevista. Un coche con el logotipo de la empresa de Standford vino a recogerlos. Henry se fijó en que el chófer que había venido a recibirlos era bastante joven. Estaban llegando al centro de la ciudad, cuando sonó el móvil de Standford. Este, al escuchar a su interlocutor, soltó un juramento y, volviéndose hacia Henry, dijo con tono de disculpa:

—Les hemos reservado un par habitaciones en el Hilton Checkers, pero ha ocurrido algo inesperado. Siento tener que decirles...

—¿Qué ha pasado? —le interrumpió Henry.

—Nelson Burke insistió ayer en hacer un control a todos los miembros del grupo que estuvieron en la acampada.

—¿Qué tipo de control? —preguntó Landis sin entender bien a qué se refería Standford.

—Burke llevó a la fiscalía al grupo de antiguos alumnos para someterlos al detector de mentiras. Acaban de llegar los resultados. Estos demuestran de forma fehaciente que ninguna de estas personas es culpable. Tengo que pedirles disculpas —agregó, avergonzado, Standford—, pero al parecer estábamos equivocados en nuestras deducciones. Nelson acaba de llamar para echarme en

cara el haberme precipitado en mis sospechas y hacerles venir sin necesidad.

—¿Cuántos de ellos se han sometido a la prueba? —quiso averiguar Henry—. ¿Los siete en total?

—No —contestó Standford—, lo han hecho solo cinco, las tres mujeres y dos de los hombres: John Armstrong y Jerry Williams.

—¿Y ninguno de ellos es el asesino? —la sonrisa de Henry se ensanchó.

—No. Todos han superado la prueba.

—¿Y qué pasa con Burke, por qué no se ha sometido él mismo a dicha prueba? —intervino Landis.

—Porque, a menos que lo ordene taxativamente el fiscal general, un ayudante del fiscal no está obligado a hacerlo —le informó Standford—. Lo impide el reglamento de la fiscalía. Nelson nos espera en el hotel para explicarnos personalmente los resultados.

—¿Por qué no se le ha hecho tampoco el test a Clackstone? —preguntó Henry extrañado.

—Porque al igual que yo, en esos momentos no se encontraba en Los Ángeles. Llegará esta tarde.

—Entonces quedan tres hombres —dijo Henry—: Clackstone, Burke y usted mismo.

—Así es. Y uno de nosotros puede ser el asesino.

—No necesariamente —discrepó Henry—, el polígrafo lo que hace es detectar pequeños cambios corporales, como cuando se suda o se producen altibajos en la presión sanguínea, la respiración o los latidos del corazón. La gente suele ponerse nerviosa cuando miente, pero también suele hacerlo (lo de ponerse nerviosa) cuando está diciendo la verdad por la ansiedad que le produce el mismo hecho de someterse a dicha prueba. Por esta razón la prueba del polígrafo no se considera fiable al cien por cien. Además de que siempre hay técnicas que se pueden emplear para engañarlo. Se ha comprobado que la mejor forma de constatar si alguien miente es someterlo a un escáner cerebral. Los escáneres muestran que las áreas del cerebro que se activan cuando se miente son diferentes de aquellas que entran en funcionamiento cuando se dice la verdad. Y por eso no podemos decir en este caso con absoluta certeza que

entre estas cinco personas no se halle el asesino. Ahora lo más importante, a mi modo de ver, es saber si va a venir Clackstone. ¿Está seguro de que va a hacerlo?

—Aguarde un momento —dijo Standford, sacando su teléfono. Marcó un número rápido, preguntó por Clackstone, y después, tras colgar el teléfono, se giró hacia Henry.

—Ha cogido un avión hace dos horas. Está por llegar, como le dije antes. Acabo de hablar con un pariente suyo que vive aquí, en Los Ángeles. Siempre se aloja en su casa. Mañana acudirá sin falta a la reunión.

—¿Había pensado por un momento que no vendría? —le preguntó Henry de sopetón. Standford le miró temblando. Se le hacía difícil girar todo el tiempo la cabeza, por no decir el cuerpo, hacia su interlocutor sentado en el asiento de atrás. Pero para responder a la pregunta de Henry tuvo que girar todo el cuerpo y, sin llegar a verle la cara, le dijo con cierto esfuerzo:

—¿Por qué cree eso?

—Porque me lo había parecido —dijo Henry secamente—. ¿O me equivoco?

—Pues no lo sé —respondió Standford, un poco desconcertado —, a lo mejor me equivoqué al decirle que estaba seguro de que vendría. Sí, es verdad, por un momento pensé que tras esta novedad ya no lo haría. Creí que...

—¿Y por eso estaba tan nervioso en Nueva York? —cada pregunta de Henry obligaba a Standford a removerse en el asiento.

—No, no. No lo estaba en absoluto. ¿Acaso se lo pareció?

Henry echó un vistazo a su reloj.

—Parece que tenemos mucho trabajo —dijo él—, y un día no muy largo por delante. Llévenos rápidamente al hotel. Tengo que hacer unas llamadas.

Landis esbozó una sonrisa de complicidad. No hizo ninguna objeción, a sabiendas de que lo que quería realmente Henry era encontrarse cuanto antes con Burke.

Al cabo de veinte minutos el coche se detuvo frente al hotel Hilton Checkers, y Standford y sus acompañantes entraron en el hall, donde los esperaba impaciente Nelson Burke, que no paraba

de mirar el reloj. Era un hombre moreno, de complexión fuerte, mediana estatura y rostro con pómulos marcados y desapacibles. Parecía sentirse incómodo con su altura, ya que intentaba parecer más alto de lo que en realidad era, alzando a ratos la cabeza involuntariamente. En sus movimientos y gestos se notaba aquella misma gravedad que suelen tener (o aparentan tener) los magistrados y los funcionarios de los tribunales. Nada más percatarse de la presencia de los recién llegados, se acercó a ellos y los saludó fríamente con un gesto de cabeza.

—Buenas tardes, caballeros —les tendió la mano a cada uno.

—Hola, Nelson —le dijo Standford—, me has dicho que ya tienes los resultados de la prueba del polígrafo.

—Sí, exactamente. Debido a un cúmulo de casualidades bastante desafortunadas tanto el fiscal como yo y el subdirector del Departamento de Policía decidimos que había que aclarar ciertas dudas. Así que optamos por realizar esta prueba, con la aquiescencia del fiscal general, por supuesto. Yo ya me imaginaba el resultado: se ha llegado a la conclusión de que ninguna de estas personas es culpable. Aunque dos de ellas se han mostrado más nerviosas que de costumbre.

—¿Quiénes exactamente? —preguntó Henry.

—La señorita Ferguson y el señor Williams. Pero está dentro del margen de error.

—¿Entonces usted cree que se trata de una serie de fatales coincidencias?

—Eso parece —dijo casi alegrándose de ello Burke—, aunque el hecho de que un experto de su talla nos honre con su presencia, supone ya para todos nosotros un acontecimiento. Se me ha pedido que coordine un encuentro del grupo con usted. Han insistido en ello especialmente las mujeres.

—No soy una estrella de rock —replicó Henry—, su antiguo compañero de universidad nos ha pagado los billetes y traído aquí para realizar una labor concreta.

—Siento mucho que se hayan tomado la molestia de venir para nada —comentó Burke con forzada condescendencia—, pero nunca pensamos que esto se resolvería tan pronto. Entienda que teníamos

que hacer algo para evitar que siguiera cundiendo el pánico. Aunque, francamente, pienso que mañana no ocurrirá nada y que la reunión se celebrará con normalidad. Veo que están cansados por el viaje. ¿Quieren tomar algo en el bar mientras suben sus equipajes a las habitaciones?

—Está bien —aceptó Henry—, tomaré una taza de café.

—Y yo una taza de té —se sumó Landis.

—Standford se encargará de todo —dijo Burke mirando a su antiguo compañero—. Y para mí otro café.

Siguieron un pasillo, doblaron a la izquierda y entraron en el bar. Ocuparon una de las mesas del fondo. Stanford se acercó a la barra y, tras intercambiar unas palabras con el camarero, se dirigió a la mesa.

—¿Por qué está tan seguro de que mañana no ocurrirá nada? —le preguntó Henry a Burke.

—Porque le he pedido al subdirector del Departamento de Policía que nos asigne un agente a cada uno de nosotros. Además, habrá más agentes en el campus mientras se lleve a cabo la reunión. Luego nos escoltarán hasta nuestros domicilios. Lo tengo todo previsto. Así que no tenemos por qué preocuparnos de nada.

—¿Usted cree que hay un psicópata de por medio? —preguntó Henry.

—Claro que no —respondió, riendo, Burke—, es una invención de nuestro querido Paul. Siempre le ha gustado la fantasía y no para de imaginar cosas. No hay ningún psicópata de por medio. Rockford cayó accidentalmente de aquella pared. Y además, esto ocurrió un día después de la reunión. A Raymond lo mató alguien en un robo con violencia. Siempre llevaba dinero encima, nunca usaba tarjetas de crédito.

—¿Y lo de Jennifer Sullivan también fue un robo con violencia? —preguntó Henry con el mismo tono sarcástico de su interlocutor—. ¿No le parece que está siendo demasiado parcial en sus conclusiones? Porque, según tengo entendido, a esta última víctima no se le robó nada. ¿Y por qué tenía el asesino que dejarla primero sin sentido y luego estrangularla? Esto no es del todo lógico.

—Así que está al corriente de todo. —Burke miró con evidente fastidio al cabizbajo Standford, que miraba al suelo sin decidirse por el momento a tomar parte en la conversación.

—Lo más probable es que los detectives se equivocaran en este punto —dijo Burke con frialdad. Como ayudante del fiscal, se veía que no le gustaba que le replicaran—. Puede que en un principio el asesino la dejara sin sentido con intención de robarla, pero luego ella volvió en sí, porque el médico forense constató que en el momento de ser estrangulada estaba consciente. Es posible que comenzara a volver en sí inmediatamente y el asesino se asustara. Puede que incluso intentara gritar. Siempre fue una mujer muy dada a los histerismos. Es muy posible que el asesino solo tuviera intención de hacerla callar y la estrangulara por error. Tras lo cual salió corriendo de allí a toda prisa sin preocuparse por el botín.

—¿Usted mismo se cree esta versión? —preguntó Henry con una sonrisa burlona. Burke le lanzó una mirada tan inquisitiva como la que usaba con los acusados.

—Es la versión oficial —dijo secamente Burke—. El departamento de policía y la fiscalía municipal están llevando la investigación. Estoy seguro de que daremos con el culpable.

El camarero trajo los cafés y el té que habían pedido.

—¿Entonces considera usted estos acontecimientos como una serie de coincidencias? —volvió a preguntar Henry.

—Puede estar seguro de ello —declaró Burke con convicción—. Todo lo demás no son más que elucubraciones fantasiosas. La versión del psicópata es demasiado inconsistente.

—Yo creo que no se puede descartar del todo aún.

—Los asesinos en serie no suelen actuar de modo impremeditado, casi siempre siguen una pauta determinada. Y en este caso no la hay.

—¿Entonces no cree que exista una relación en estos tres casos?

—No, no lo creo. El primero de ellos ocurrió un sábado, un día después de la reunión, como ya he señalado antes. Los restantes casos no son más que una coincidencia. Y si mañana no sucede nada, verá que estoy en lo cierto.

—¿Y si no es así? —terció Landis.

Burke miró a Michael como si no lo hubiera visto antes. Luego negó con la cabeza y dijo con convicción:

—Mañana no ocurrirá nada. Habrá más de veinte policías desplegados por el campus y otros tantos en el edificio de la administración, donde se celebra la reunión. Sin contar los que nos han sido asignados. Los asesinos en serie son lobos solitarios, actúan de forma oportunista y nunca lo hacen en público y con tantas fuerzas del orden a su alrededor. Y generalmente no tienen cómplices. Se lo dice nada menos que un ayudante del fiscal del distrito. Pero en el supuesto improbable de que exista y aparezca mañana, no tendría la más mínima oportunidad, le atraparíamos antes de que actuase.

—Pero no todos ustedes se han sometido al polígrafo —le recordó Henry.

—¿Cómo sabe eso? —Burke miró en dirección a Standford y sacudió la cabeza—. Nunca has sabido mantener la boca cerrada, Paul. Sí —aceptó él—, es cierto, no todos hemos hecho la prueba. Quedamos yo mismo y Standford. Por lo que a nosotros dos se refiere, puedo garantizarle que no somos unos asesinos. Supongo que estará de acuerdo conmigo en que es difícil imaginar asesinando a alguien a un ayudante del fiscal del distrito con nueve años de experiencia en tribunales y a un empresario de éxito.

—¿Usted cree que un asesino tiene que ser a la fuerza un inadaptable social? —Henry se encogió de hombros—. Uno de los últimos casos que he tenido era el de una mujer que había cometido dos asesinatos a sangre fría. Era catedrática de economía.

—Entonces, en nuestro caso, debe de tratarse de Jerry Williams, es el único del grupo que se ha doctorado.

—No, estoy casi seguro de que no se trata de él —Henry mantuvo la vista fija en los ojos de su interlocutor—, se le ha olvidado mencionar que Clackstone tampoco se ha sometido al polígrafo. Sí, ese excompañero suyo que vive en Seattle. Y, por cierto, es el sospechoso número uno. ¿Estoy en lo cierto?

Burke torció el gesto.

—¿Qué tiene que ver Clackstone en esto? —Nelson sacó un cigarrillo, intentó encenderlo pero se le cayó al suelo. Se había puesto muy nervioso—. Clackstone no es culpable de nada —dijo, mientras intentaba sacar otro cigarrillo del paquete.

A Standford daba pena verlo. Se había encogido en el asiento sin atreverse a abrir la boca.

—Clackstone no es culpable de nada —repitió Burke. Acto seguido se puso en pie, sin ni siquiera tocar el café, y asintió a modo de despedida—. Se ha hecho bastante tarde —dijo con frialdad, mirando el reloj—, ahora les dejo para que descansen. Creo que mañana todo irá bien. Pero de todas formas me alegro de que estén aquí. Su presencia lo hace todo más llevadero. Y no lo digo por mí. Adiós. Mañana por la tarde vendrá un coche a recogerlos. Paul, ¿te vienes conmigo?

—Claro —dijo este a regañadientes. Se levantó de su asiento como accionado por un resorte, miró a Henry y se encogió de hombros. Estaba muy inquieto.

—Hasta mañana —les dijo Standford.

Cuando se hubieron marchado, Landis parpadeó sorprendido.

—Has dejado que se vayan sin profundizar más. ¿Puedo saber por qué?

—Cada persona es un mundo —dijo Henry pensativo—, en este país tanto los funcionarios de los tribunales como los agentes del orden gozan de privilegios. Se ve que a Burke no le hace ninguna gracia que se mencione el apellido Clackstone. Si tenemos en cuenta que tampoco se la hace a Standford, podemos sacar de ello determinadas conclusiones. Sobre todo sabiendo que Burke ya cubrió a Clackstone en una ocasión. Y eso es algo que hay que investigar. Es evidente que Nelson Burke duda de la inocencia de Clackstone en estos asesinatos, pero aun así lo protege de todas formas. Creo que hemos hecho bien en no seguir hurgando en la herida. Ha sido mejor que Standford se fuera con él. Nos vemos dentro de media hora en el vestíbulo. Creo que será suficiente para averiguar dónde se aloja Clackstone, porque vamos a hacerle una visita.

—¿Y cómo lo vas a averiguar? —Landis se sorprendió aún más—. ¿Es que acaso tienes poderes de adivino para averiguar dónde se aloja alguien en la segunda mayor área metropolitana de Estados Unidos? A veces creo que te das mucho el pisto. ¿O ya sabes de antemano dónde se aloja?

—¡Olvidas que me dedico al análisis de información! —dijo Henry con tono brusco. Después se relajó y suavizó su tono—. Además, tengo acceso a múltiples recursos, ya lo sabes. Siempre hay que prestar atención a cualquier detalle, por insignificante que sea. Standford dijo que cada vez que Clackstone viaja a Los Ángeles, siempre se aloja en casa de un pariente. Así que lo que tengo que hacer es llamar a un contacto que trabaja en una delegación del FBI y que me haga el favor —me debe varios ya— de rastrear el móvil de Standford, que tengo grabado en mi número privado. Lo demás, averiguar el número de teléfono al que llamó Standford hace una hora, es pan comido. Si es un teléfono fijo, sabremos la dirección por el registro. Y si es un móvil, rastreadremos la señal y, en caso de ser uno de prepago, y de no estar registrado a nombre de otra persona —toco madera—, el proveedor de servicios nos proporcionará los datos del registro.

—¿Tendrás suficiente con media hora? —preguntó Landis, incrédulo.

—Más que suficiente. Lo único de lo que no estoy seguro es que esté dispuesto a hablar conmigo.

4

Al cabo de media hora Landis bajó al vestíbulo, pero no halló a Henry por ningún lado. Michael se acercó al bar y pidió una taza de café. Tardó diez minutos en tomárselo, pero Henry seguía sin aparecer. Landis se dirigió entonces al recepcionista medio alarmado y pidió que le comunicara con la habitación de su amigo. Pero no contestó al teléfono. Michael miró el reloj. Habían pasado ya más de cuarenta y cinco minutos desde que Henry subiera a su habitación. Landis subió a la habitación de Henry y llamó a su puerta. No respondió nadie. Michael sabía que a Henry no le gustaban los teléfonos móviles, pues le daban dolor de cabeza y lo distraían de sus obligaciones, por lo que casi siempre los desconectaba cuando llegaba a un hotel. Tuvo que volver al bar y esperar a que apareciera su jefe y amigo. Y, por fin, tras cuatro horas de angustiosa espera, se presentó Henry. Michael se acercó a él malhumorado.

—¿Pero se puede saber dónde estabas? Estaba empezando a preocuparme. —Landis no quiso exteriorizar mucho su enfado.

—Perdona —dijo, riendo, Henry—, pero me he quedado dormido con los auriculares del hilo musical. La música clásica tiene para mí el mismo efecto que un somnífero. Aunque solo me haya alimentado hoy a base de café.

—¿Has averiguado dónde está Clackstone?

—Por supuesto. Ha resultado más fácil de lo esperado. Standford llamó a un teléfono fijo y supimos la dirección al momento. Está en una dirección de Cahuenga, en las colinas.

—Ya son las nueve de la noche —le advirtió Landis, echando un vistazo a su reloj—. ¿Crees que es oportuno ir ahora?

—Lo creo. No vamos a tener otra oportunidad como esta. Además, quiero coger a Clackstone con la guardia baja. Recuerda que la sorpresa siempre es tu mejor aliada.

Llamaron a un taxi y media hora después llegaron a la dirección solicitada. La casa era un acogedor *bungalow* en voladizo con las

luces brillantes de la ciudad detrás. Llamaron a la puerta y se quedaron esperando un minuto en silencio. Transcurrido ese tiempo, volvieron a llamar. Oyeron unos pasos lentos y pesados que se aproximaron a la puerta.

—¿Quién es? —sonó la voz de un hombre mayor detrás de la puerta.

—Perdone —dijo Henry levantando la voz—, ¿es esta la casa de los Clackstone?

—Sí —respondió el hombre—, soy Howard Clackstone. ¿Qué desea?

—Venimos a ver a su sobrino Bernie. Nos han dicho que se aloja aquí, quisiéramos hablar con él.

De repente hubo una pausa. Una larga pausa. Fue tan larga, que Henry se vio obligado a decir:

—¿Sí, hola? ¿Sigue ahí?

—Sí, sigo aquí —contestó el hombre—, pero Bernie ha ido a encontrarse con ustedes en cuanto le llamaron.

Henry cruzó una rápida mirada con Landis y dijo:

—No, nosotros no hemos llamado a nadie. ¿Dice que ha ido a encontrarse con alguien?

—Eso mismo, salió sobre las nueve de la noche y debería estar con ustedes. Voy a llamarle al móvil.

—Perdone —dijo de prisa Henry—, pero me temo que se equivoca. Somos de la asociación de antiguos alumnos. Queríamos recordarle a su sobrino que asista sin falta a la reunión de mañana. ¿Dice que ha ido a ver a unos amigos?

—¿Amigos? En absoluto. ¿Asociación de antiguos alumnos? —Era evidente que el anciano estaba mirando por la mirilla—. Sus caras no me suenan. ¿Ustedes también son viejos compañeros suyos? Parecen un poco mayores.

—No, yo me gradué cinco años antes que él —declaró Henry—, mañana tiene una reunión con el grupo de amigos y excompañeros de la universidad. Yo también estudié en la misma universidad y tuve de profesor a James Toronsky.

Se abrió la puerta. Un anciano de unos setenta y tantos años apareció en el umbral. Vestía pantalón y chaqueta de pijama;

llevaba el pelo cano revuelto por la almohada. Era claro que lo habían despertado.

—¿Saben qué hora es? Pensé que podría tratarse de unos ladrones —dijo Howard Clackstone—. El residencial cuenta con mucha seguridad, pero nunca se está seguro del todo. Al oír el nombre del profesor Toronsky, me he convencido de que estaba equivocado. Pero pasen. Adelante.

—Gracias —dijo Henry con cortesía—, pero no queremos molestarlo más de la cuenta. Le pido mil disculpas, sé que lo hemos despertado. Solo queríamos decirle a Bernie que asista sin falta a la reunión de mañana. Somos de la asociación de exalumnos.

—No tiene por qué mentirme —el hombre se quedó mirando a ambos con gesto áspero—, ustedes poseen el porte de un deportista o de un guardaespaldas o policía o algo similar. No creo que sean de la asociación de exalumnos.

—Sí, puede que tenga razón —Henry dejó escapar una sonrisa.

—Entonces no me pregunte adónde ha ido Bernie, porque seguro que ya lo sabe.

—¿Puede decirme si el que ha llamado ha sido Nelson Burke?

—¿Nelson? No, para nada. Conozco su voz perfectamente. Han sido otra vez esos pesados de la agencia —el hombre se tapó la boca de pronto, excitado—, ay, lo he vuelto a hacer, he hablado más de la cuenta. Pero seguro que usted ya lo sabe, ya que ha preguntado por Nelson.

—Oh, sí, claro. Por supuesto que lo sé —dijo Henry sonriendo, siguiéndole la corriente—. Dígame, ¿Bernie nunca ha faltado a este tipo de reuniones?

—Jamás. Estuvo en la acampada en la que murió Rockford John. Fue espantoso. Y después lo ocurrido con los otros dos excompañeros de universidad de mi sobrino. Primero fue Raymond Penn. Un buen chico. Lo conocía desde que era un chaval. Una muerte completamente absurda. Y luego lo de aquella otra muchacha, Jennifer Sullivan. Hay cosas que jamás entenderé. Bernie dijo que en ambos casos se trató de un robo con violencia y que todavía no han detenido a los culpables. Vivimos tiempos en los que ya casi ni se puede salir a la calle, te lo piensas dos veces antes

de cruzar el umbral de la puerta. Pero no se queden ahí parados, pasen, por favor.

—Gracias, pero tenemos un poco de prisa —Henry se volvió un momento hacia Michael, que permanecía callado:

—¿Tenemos prisa? —musitó este.

—Sí, claro —bisbiseó Henry.

—Dígale a su sobrino que no falte a la reunión. Le llamaré mañana —le prometió Henry.

—¿Tiene ya su teléfono? —preguntó el anciano.

—No, pero si hace el favor de dármelo, se lo agradeceré mucho —contestó Henry.

—Tenga —el hombre anotó el teléfono en un papel—, se lo doy porque parece buena persona.

—Muchas gracias. Que pase buena noche —dijo Henry para despedirse.

Cuando se alejaron de la casa, Michael le preguntó:

—¿Habías imaginado algo así antes de venir?

—Pues no. Pero algo me decía el instinto. Ahora empiezo a entender por qué está tan asustado Stanford y por qué Burke prefiere no abordar el tema. Está claro que todo lo que tiene que ver con Clackstone es alto secreto, y no pueden hablar de ello.

—¿Quieres decir que Clackstone está relacionado con los servicios de inteligencia?

—Creo que precisamente con los servicios de inteligencia —contestó Henry.

—¿Puedes explicarme qué está pasando? —preguntó Landis.

—Creo que sí. Aunque todavía no pasan de ser suposiciones. Stanford vino a verme muy asustado. No es normal que lo estuviera tanto en otra ciudad. Este psicópata, si es que realmente lo hay, asesina siguiendo un patrón riguroso (lo que se contradice con la versión oficial). Solo actúa durante los días de reunión y en esta ciudad. Por eso no tiene sentido que Stanford estuviera tan asustado en Nueva York. Esto es lo primero. Lo segundo es más interesante: Stanford, al hablarme acerca de los asesinatos, me ha dicho más de lo que debía al confesarme que temía por su familia mientras estaba en Nueva York. Me di cuenta de ese detalle en el

momento. Y otra cosa que hay que preguntarse es por qué tardó tanto tiempo en ponerse en contacto conmigo teniendo mi teléfono privado. ¿Molestar al profesor Toronsky, que vive en Canadá, para solicitarle mi teléfono y luego no llamar? No tiene mucho sentido. Todo esto por un lado. Por otro lado, está el interrogante de por qué Nelson Burke ha protegido todo este tiempo a Clackstone y por qué ha insistido en realizar la prueba del polígrafo sin estar presentes todos los implicados en el asunto. Es muy llamativo que lo hiciera sin que estuvieran Standford y Clackstone presentes. Todas estas preguntas conducen a una misma respuesta, si sacamos a colación lo poco que ha dicho Standford de su antiguo compañero de universidad. Ha referido detalles más o menos significativos de cada uno de los demás antiguos compañeros —tanto familiares como laborales—, incluso se ha acordado del nombre de la mejor amiga de Stockwell en la facultad. Pero no me ha contado nada importante de Clackstone. Solo ha hecho alusiones vagas a su garra con las mujeres, sus dos divorcios, y que actualmente vive y trabaja en Seattle. Esta inexactitud no es lo que yo esperaba en una respuesta detallada, sobre todo tratándose del principal sospechoso. Ha dicho que tras terminar Clackstone la facultad se mudó a Virginia. Eso cuadra con lo que acabamos de descubrir de él. Pero no me preguntes todavía por qué. Si es lo que sospecho, no quiero adelantarme en mis conclusiones. Y una cosa más. Me ha dicho que estuvieron pensando en ponerse en contacto conmigo hace cinco meses, justamente después del asesinato de Jennifer Sullivan. Pero algo o alguien se lo impidió.

—Esta historia se está volviendo cada vez más confusa, la verdad.

—Si es como yo pienso, no lo será tanto como crees ahora.

Ya eran las diez de la noche. Habían cogido un taxi y estaban recorriendo la autovía al fondo del paso de Cahuenga. De repente, el taxi aceleró y tomó un desvío.

—Disculpen —dijo el taxista—, no se asusten, pero tengo instrucciones de llevarles a un sitio. No me pregunten adónde vamos ni por qué. Enseguida lo sabrán.

5

—Pues el momento escogido no armoniza muy bien con este tipo de sorpresas —dijo Henry.

El taxista no se molestó en contestar.

«Han dado con nosotros por la visita a la casa del tío de Clackstone», comprendió Henry. Se acordó de las tácticas usadas por el FBI o por las agencias independientes, para alguna de las cuales trabajó durante un tiempo, para coger a alguien por sorpresa. Era evidente que Howard Clackstone había llamado a su sobrino al móvil igualmente para advertirle de aquella visita, y este había adivinado la forma que tenían de regresar al hotel.

—Al menos podría tener la deferencia de presentarse, caballero, ya es muy tarde, o quizá demasiado temprano, según cómo se mire, y no estoy muy acostumbrado a viajar de noche con desconocidos.

—Me llamo John —dijo el taxista—. ¿De veras es usted Henry? He oído hablar mucho de usted.

—No, para nada, soy un doble —bromeó él, alzando una ceja cínica—, el verdadero Henry está en Brooklyn. ¿Nos lleva a ver a Clackstone?

—¿Quién es Clackstone? —preguntó el taxista.

—Un tipo guapo. Se parece a Anthony Quinn. Por cierto, la metodología usada para dar con nosotros no ha sido muy original, se les ve el plumero. Y otra cosa, ese ayudante del fiscal del distrito ha cometido un error bastante evidente. Nunca hay que ser tan quisquilloso a la hora de proteger a un miembro de los servicios de inteligencia, aunque viva en otro estado y en otra ciudad. Habría que someterlo también a él al detector de mentiras, para que no cupieran dudas al respecto.

—No sé de qué está hablando —contestó el taxista.

—Creo que sabe muy bien de qué estoy hablando —Henry lanzó un suspiro de hastío—, aunque bueno, no, espere, puede que esté equivocado. Quizá Clackstone no trabaje realmente para los

servicios de inteligencia, a lo mejor es un infiltrado de la mafia japonesa. ¿Qué le parece?

El taxista permaneció en silencio. Hacía tiempo que habían abandonado la autovía.

El automóvil redujo la velocidad y entró a través de un arco cortado en un seto alto que rodeaba una casa. Henry y Michael salieron del coche y entraron en la casa precedidos por el taxista. Estaba claro que no se trataba de un secuestro, pero la situación bien podría ponerse fea. El taxista los condujo hasta una habitación que había sido convertida en oficina. Henry entró primero. Había un hombre sentado ante un escritorio. Al ver a Henry, se levantó y fue a recibirlo. Le tendió amistosamente la mano. Luego hizo lo mismo con Michael. Otro individuo permanecía de pie a un lado de la mesa. El primero le pidió al segundo que trajese unas bebidas y algo de picar. Además de los visitantes, también entraron en la oficina el taxista y otro desconocido de estatura mediana y de unos treinta y tantos años.

—Pónganse cómodos, señores —les dijo el primer hombre—, queríamos hablar con ustedes. ¿Qué tal el vuelo?

—Con escala en Boston —dijo Henry aspirando hondo—, largo y pesado. Pero no creo que nos haya hecho venir solo para saber cómo llevo el tema de los aviones.

—No sabía que fuera tan sarcástico —señaló el hombre con cierto tono de reproche—, usted es un hombre sensato, Henry. Estoy seguro de que habrá atado cabos antes de venir incluso a Los Ángeles. Ese Standford ha resultado bastante rebelde. Se le había aconsejado que no fuera a verle. Pero por lo que se ve, no nos ha escuchado. Sigue obsesionado con la estúpida idea del psicópata. Pero este no existe. No es más que un producto de su imaginación. Ahora todo el mundo se apunta a la moda de los psicópatas y los asesinatos en serie que salen en las películas o en las series de detectives. Alguien se cae accidentalmente de una montaña, luego asesinan a un hombre y después a una mujer. ¿Y quién tiene la culpa? Pues el psicópata de turno. ¿Qué otra explicación puede haber? Pues la más sencilla para la mayoría de los forofos de la tele. Pero llega un momento en que hay que ponerse serios. No hay

ninguna relación en estos tres casos. Se ha sometido al polígrafo a la mayor parte de los implicados. Se ha llegado a la conclusión de que todos están libres de culpa. No hay más misterio, señor Henry. Pero a usted le gusta interpretar el papel de sabelotodo. El experto de leyenda. Se ha labrado una buena fama, eso no está en discusión. Pero eso no quiere decir que cada asesinato esté revestido de un halo de misterio que requiera de su capacidad analítica para resolverlo. Estos asesinatos son totalmente ordinarios. No hay ninguna prueba, ni ningún indicio de que se trate de nada más que de una funesta coincidencia. No hay ningún psicópata de por medio, se lo aseguro.

—¿Y entonces qué le preocupa tanto?

—Las habladurías, señor Henry —afirmó el hombre—. Ya tenemos bastantes preocupaciones. Basándonos en lo rápido que ha sido para dar con la dirección del tío de Clackstone, sé que sabe que estamos haciendo todo lo posible por desviar la atención de él. El ayudante del fiscal sabe perfectamente para quién trabaja Clackstone, y por eso nos presta su apoyo. Standford sospecha algo, pero ha decidido contratarlo a usted de todas formas. Como seguro personal. Siempre ocurre lo mismo con estos empresarios que se creen la leche y hacen todo lo que les viene en gana. Son unos sinvergüenzas.

—Entonces, Burke y Standford saben que Clackstone trabaja para los servicios de inteligencia —dijo Henry.

El hombre le miró con expresión enfurruñada, luego a Michael, y después a sus hombres.

—Ya sabía yo que no se podía hablar con usted —profirió el hombre con ímpetu—. Clackstone no trabaja para ningún servicio de inteligencia. Métaselo en la cabeza. Y ya que estamos en esta tesitura, me veo en la obligación de decirle que no siga investigando el caso.

—¿Investigar el caso? —preguntó Henry con ironía—. Según tenía entendido, se trataba de tres casos distintos: un accidente ocurrido en la montaña y otros dos asesinatos acaecidos en la ciudad. ¿O es que de repente se lo ha pensado mejor y ha decidido tomar en consideración la versión de Standford? Sé que Nelson

Burke ha mandado poner vigilancia a cada uno de los implicados. Dice que es para garantizar la seguridad personal de cada uno de ellos. Pero no sé yo si en realidad es para garantizársela él mismo usando ese subterfugio. Esto me hace suponer que no está del todo de acuerdo con la versión oficial que tanto defiende.

—Ya es suficiente, señor Henry —el hombre golpeó la mesa—, ha sido advertido. No continúe con la investigación. De ninguna manera. No se lo permitiremos.

—Entonces esto significa que Clackstone trabaja para los servicios de inteligencia —aseguró Henry—. Su actitud no lo desmiente.

El hombre miró al desconocido que estaba sentado a un lado del escritorio. Podría tratarse perfectamente de un enlace de inteligencia. Llevaba una sonrisa pintada en el rostro de oreja a oreja. Le hacía gracia ver cómo Henry metía en vereda a los representantes de la ley. Razón por la cual decidió intervenir en el asunto y «salvar el honor» de la autoridad.

—Señor Henry, como comprenderá no nos está permitido revelar la identidad de nuestros agentes, pero ya que insiste tanto le diré que sí, efectivamente, Clackstone es un agente, pero un agente encubierto. Un dato que no puede ser revelado públicamente —dijo el desconocido—. Usted lo sabe muy bien. Pero tras lo ocurrido en la montaña, cuando Clackstone fue interrogado acerca del accidente, el departamento de policía recibió un fax de la agencia de inteligencia para la que Clackstone trabaja actualmente. Después, el departamento envió un comunicado interno a los detectives que estaban encargándose del caso que especificaba que no se le podía interrogar ni abrir ningún tipo de expediente. El departamento estaba obligado a cooperar. Y así lo hizo. ¿O cree usted que hubiera sido mejor arrestarlo? Clackstone ha sido investigado de modo extraoficial. No es ningún asesino. Viene realmente a la reunión de antiguos alumnos. Ah, y por cierto, esta tarde, antes de que se subiera a ese avión, se le ha llamado para pedir que no asistiera a la reunión de mañana.

—Pero, aun así, tienen sus dudas, ¿verdad?, porque ya está en Los Ángeles.

—No, no es que tengamos dudas. Pero nunca está de más tomar precauciones. Puedo decirle, para su tranquilidad, que Clackstone ha rehusado la oferta y dice que mañana acudirá sin falta a la reunión. Pero estoy seguro de que no habrá ningún problema porque estarán escoltados en todo momento.

—Siendo así, ¿por qué les incomoda tanto mi llegada a la ciudad?

El desconocido miró al otro hombre, y este hizo un gesto de asentimiento. En ese momento trajeron café, té y galletas.

—Clackstone ha trabajado los últimos años para la inteligencia militar en países de Oriente Medio —explicó el desconocido—, y siempre en la clandestinidad. Sigue teniendo intereses allí. Por lo que no es aconsejable ponerlo en evidencia. Tiene usted que entender nuestras motivaciones.

—¿Y si es el asesino? —preguntó Henry de súbito—. ¿Han pensado las consecuencias que esto podría acarrearles? Podrían estar dando cobertura a un asesino. De hecho, tiene todas las papeletas para serlo. Cuenta con la preparación adecuada. Es muy posible que se trate en realidad de un «ejecutor». ¿Se ha investigado su historial? Podría ser un asesino a sueldo en activo. Dese cuenta que fue él precisamente quien discutió con Rockford antes del accidente. ¿No le parece que habría que someterlo por lo menos al polígrafo?

—Es suficiente —dijo el otro hombre—, ya se le ha contado más de lo que debería saber. Mañana cogerán un vuelo de regreso a Nueva York. Que tengan buen viaje. Dejen de nuestra cuenta lo del asesino o los asesinos.

—Mañana estaremos en la reunión —aclaró Henry—. Para su información, también soy un antiguo alumno de esa universidad.

—¿Estudió en esa misma universidad? —preguntó el hombre con una expresión de perplejidad.

—Por una feliz coincidencia, yo también soy un antiguo alumno de la Universidad Estatal de California. Puede comprobarlo si no me cree. Así que espero por su parte que no me impida asistir a una reunión a la que tengo pleno derecho.

El hombre miró otra vez a cada uno de sus hombres y soltó un exabrupto. Después se echó a reír.

—Ya me habían advertido de que cuando se le presiona, usted se cierra en banda. Está bien. Pero al menos tome algo de café o té. Y prométame que de lo que se ha hablado aquí no saldrá de sus labios ni de los de su compañero ni una palabra.

—Eso puedo hacerlo. Pero hay una cosa que tengo que preguntarle: ¿por qué no se ha sometido al polígrafo a Burke y a Standford?

—Burke es ayudante del fiscal del distrito —dijo el hombre—, para poder someterlo al polígrafo se necesita el beneplácito de la fiscalía del distrito o de la fiscalía general. Habría mucho que explicar. A Standford hemos decidido no molestarlo. Creo que habrá adivinado por qué.

—¿Para proporcionar una coartada a Clackstone? —comprendió de pronto Henry.

—Justamente —admitió el hombre—, habíamos hecho todo lo necesario, y hete aquí que aparece usted para ponerlo todo en peligro. No creo que detrás de esto haya un asesino, pero si lo hay, mañana haremos todo lo posible por atraparlo. Se lo aseguro. No se producirán más muertes. Acabaremos con él en un santiamén. Le prometo que mañana será un día tranquilo.

—Eso espero —dijo Henry tomando un sorbo de té—. ¿Y dónde está ahora mismo Clackstone? No estaba en casa de su tío, ni tampoco está con ustedes, por lo que veo.

El hombre intercambió una mirada con el desconocido, y este hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Está en un motel de Santa Mónica Boulevard —informó el hombre—. Le vigilan dos de los nuestros. Ha estado cenando con una mujer hasta las diez de la noche, después han ido al motel. Nuestros agentes vigilan desde una furgoneta en el aparcamiento, pero ya podrá imaginarse a lo que estarán dedicándose un hombre y una mujer a estas horas de la noche en la habitación de un motel.

—¿Puedo saber de quién se trata la mujer? —inquirió Henry.

—Una mujer muy guapa —dijo el desconocido—, es todo lo que sabemos. Clackstone también es un hombre muy apuesto, pocas

mujeres se le resisten. Pero no sólo por su físico. También entra en juego su personalidad. Creo que por eso se le escogió para este trabajo. Es mucho más fácil lograr información en la cama que en otro lugar.

—Sí, es curioso —dijo Henry—. Tengo una última pregunta: ¿ustedes intimidaron a Standford mientras se hallaba en Nueva York?

—No acostumbramos a contestar ese tipo de preguntas —dijo rápidamente el enlace de inteligencia, mirando al representante de la ley. Este asintió con la cabeza.

—Entiendo. El té estaba muy bueno, gracias. Ya son las doce de la noche. ¿Serían tan amables de llamar a un taxi? —Henry lo dijo con guasa—. Si no es molestia, claro.

—Por supuesto que no. No hay ningún problema —dijo el representante de la ley—. Pero debe prometernos que no actuará por su cuenta y no seguirá investigando nada. Se lo pido como un favor personal. Aguante solo el día de mañana, y después será libre de hacer lo que quiera.

—Solo una cosa más —dijo riendo Henry—, le sonará estrambótico lo que voy a decir, pero es verosímil al fin y al cabo. ¿Y si estos asesinatos los está llevando a cabo alguna agencia independiente? Pongamos que no se fían de ustedes, habida cuenta de que las agencias de inteligencia siempre están compitiendo entre sí. Eliminan a todos con los que Clackstone ha tenido algún tipo de relación. Le allanan el camino. Si esto fuera así, entonces estos asesinatos cobrarían sentido. ¿Qué piensa de ello?

Henry no obtuvo respuesta. Cuando se subieron al coche, Landis, aguantando la risa, le preguntó:

—¿Eso último iba en serio?

—Veremos —dijo Henry sin borrar la sonrisa de su cara—. Hay que tocar todos los palos, por absurdo que parezca. A juzgar por las caras que se les han quedado, seguro que ahora mismo se estarán poniendo a revisar cada asesinato. Aunque te parezca inverosímil puede que la cosa vaya por ahí. Te sorprendería saber el juego sucio que se trae cada agencia. Por eso están asustados.

—¿Asustados de qué, si puede saberse?

—De las traiciones mutuas. Por un lado están las grandes agencias del Gobierno: la CIA, la NSA, etc. Y por otro, las agencias independientes. Tienen miedo de perder su independencia y que sean absorbidas o, en última instancia, confinadas a desaparecer.

—Sí, algo de eso había oído. Pero no sabía que el asunto fuese tan serio.

—Y lo es más de lo que se cree. Pero si estuviera equivocado, al menos habré logrado que se me preste atención.

6

Por la mañana Michael bajó al restaurante a desayunar, sabiendo perfectamente que Henry no lo haría. Este casi siempre se saltaba la hora del desayuno, limitándose solo a tomar una taza de café o de té. Henry solía levantarse tarde, cuando los restaurantes de los hoteles ya servían el almuerzo. Tras desayunar, Michael subió a su habitación y en cuanto entró, sonó el timbre de su móvil.

—Buenos días —dijo la voz de Henry—, pásate por mi habitación cuando puedas.

—¿Ya te has levantado? —preguntó Michael con sorpresa—. Pensé que no lo harías hasta más tarde.

—Apenas he pegado ojo —dijo Henry—, he estado pensando. Espero que hoy no ocurra nada fuera de lo normal. Quiero seguir teniendo buenos recuerdos de mis años de estudiante. No quisiera que se echaran a perder. ¿Crees que será buena idea acudir a la reunión?

—Tendrás problemas —le advirtió Landis— si no vas y en verdad ocurre algo. Recuerda que por la tarde nos vienen a recoger.

—Entonces no queda más remedio que ir —se avino Henry a regañadientes—, veamos cuánto ha cambiado la universidad en estos quince años. Pero prefiero que lo hagamos ahora mismo.

—Sí, será mejor así —dijo Landis. Al cabo de cuarenta minutos se encontraban en el campus de la universidad. Henry insistió al principio en dar una vuelta por las instalaciones. Visitaron el edificio Simpson y su famosa torre, sede de la Facultad de Economía y Empresariales; el estadio Jesse Owens, con capacidad para 5000 espectadores; el edificio La Kretz, que engloba distintos departamentos, como el de biología, química, bioquímica, geología y otros tantos. Finalmente, tras dos horas de visita al campus sur, se dirigieron al edificio de la administración. Entraron en él. En una de las puertas adyacentes a la oficina del rector, vieron colgado un cartel que anunciaba que la reunión de antiguos alumnos comenzaría a las 19.00 horas, y que todos los asistentes a la misma

debían reunirse en la sala de conferencias. De repente se abrió la puerta y una mujer salió de la oficina. Meneó la cabeza al ver a los dos desconocidos.

—¿Tienen ustedes cita?

—No. Pero tenemos que ver al rector —dijo Henry.

—Ahora mismo no es posible. —La mujer tenía instrucciones de no dejar pasar a nadie.

—Es que tenemos que hablar con él. Es un asunto urgente —insistió Henry. En ese momento apareció un hombre detrás de la puerta. Vestía de paisano. Se acercó a ellos y pidió que se identificaran.

—Tengo que hablar con el rector —dijo Henry, sacando su tarjeta de identidad—. Soy un antiguo alumno de este centro universitario.

—Sí, lo sé. Pero no se le esperaba hasta más tarde —comentó el hombre echando una ojeada al documento que le había entregado. Henry supuso que era algún agente enviado por el departamento de policía.

—Tengo que ver al rector, se trata de un asunto urgente —insistió de nuevo Henry.

—¿Es usted el famoso Henry? —preguntó el hombre dubitativo, estudiando con atención la tarjeta identificativa.

—Eso creo, pero si no me deja pasar, no estaré seguro de serlo —bromeó él.

—La segunda puerta a la izquierda —dijo el agente—. Yo le acompañaré. Pero debe ir usted solo y procure no entretenerse mucho. El rector es un hombre muy ocupado. Estoy haciendo una excepción con usted.

—De acuerdo —accedió Henry. El agente lo acompañó hasta la oficina del rector. Henry entró primero. Este era un hombre de mediana edad. Daba la impresión de ser una persona que dedica la mayor parte del tiempo a su trabajo. La constante preocupación por las instalaciones, el profesorado y el alumnado habían hecho de él un hombre frío y desconfiado. Sobre todo teniendo en cuenta los acontecimientos de los últimos cinco años. Aun así, no había determinado cancelar las reuniones quinquenales de antiguos

alumnos, al entender que esto no haría más que darle mayor importancia al asunto.

Durante casi diez años había sido jefe de estudios de un instituto. Dedicado a la enseñanza desde muy joven, se fue haciendo paulatinamente a la idea de que pasaría el resto de su vida entre aulas, oficinas, auditorios, pabellones y bedeles, y, por eso, hacía su trabajo de forma concienzuda y meticulosa.

—Perdón por irrumpir en su oficina sin cita previa —dijo Henry—, sé que tiene mucho trabajo y hoy especialmente. Pero debo hablar con usted.

—¿Sobre el interés de algún hijo suyo en esta universidad? —preguntó el rector con aspecto cansado al ver entrar a su visitante.

—No, no se trata de eso —Henry sonrió—, es acerca de la reunión de exalumnos que tendrá lugar esta tarde.

—Entonces también debe ser usted del departamento de policía —supuso el rector, volviendo a su sitio. Pero tome asiento, por favor.

—Gracias —dijo Henry, sentándose en una silla—. Pero se equivoca, no tengo nada que ver con el Departamento de Policía de Los Ángeles.

—Entonces sospecho que es un colega del señor Whitman aquí presente. —El rector señaló al hombre que había acompañado a Henry hasta su oficina—. Ahora los investigadores de la Oficina del Sheriff y del Departamento de Policía cooperan con esta universidad, desde que en 2007 se inaugurara el centro de ciencia forense Hertzberg-Davis, sede de la Oficina de Servicios Científicos del Departamento del Sheriff del condado de Los Ángeles y de la División de Investigación Científica del Departamento de Policía de Los Ángeles.

—Yo también estudié en esta universidad —comunicó Henry.

—¿En serio? —dijo el rector con interés—. ¿Y eso cuándo fue?

—Me licencié en derecho hace quince años. Pero, por desgracia, la carrera de criminología no figuraba todavía en el programa de estudios. Ahora vivo en Nueva York.

—No me diga. ¿Y quiere estudiar esa carrera ahora? —preguntó el rector. Con los años había aprendido a captar la hipocresía en la voz.

—No, ya no —Henry se echó a reír—, no he venido para eso. Hace seis años que soy criminólogo, cursé la carrera en Nueva York. Quería hablar con usted sobre las medidas de seguridad de la reunión de esta tarde.

—El tema de la seguridad lo lleva el señor Whitman —el rector volvió a señalarlo con el dedo.

—Ya sé que es el encargado de la seguridad —Henry afirmó con la cabeza—, salta a la vista, pero no me refería a eso. ¿Podría informarme de cómo estaba organizada la seguridad en el edificio en años anteriores, especialmente en los cinco últimos? ¿Pudo haberse infiltrado algún extraño?

—No lo creo —el rector frunció el ceño—, por lo general se pide la documentación y cada invitado dice simplemente el año en que se ha graduado. Luego se divide en grupos a los antiguos alumnos tomando como referencia principal el año de graduación. Ya después se les remite a la reunión principal en el auditorio habilitado para ello. Pero esto siempre se ha hecho bajo estricta vigilancia. Nuestro personal no deja pasar a nadie no autorizado. Este año se ha tomado la decisión de celebrar la reunión de exalumnos en la sala de conferencias de este edificio, según decreto del presidente de la Universidad Estatal de California.

—¿Por personal se refiere a los bedeles? —preguntó Henry con interés.

—Sí. En este edificio tenemos dos: uno para el horario matutino, y otro para el vespertino.

—¿Cuánto tiempo llevan trabajando aquí?

—Uno cinco años, y el otro cuatro años y pico. Son muy eficientes en su trabajo. Puede que el sueldo no sea muy elevado, pero se conforman, se les paga lo que estipula el convenio. Y confío plenamente en ellos, si es lo que le preocupa. Nunca permiten que alguien ajeno a la universidad deambule por el edificio, y mucho menos por aulas y oficinas.

—Y también está la policía del campus —agregó Whitman—, son muy diligentes y tienen reglas muy estrictas.

—Aparte de los bedeles, ¿cuántos empleados más trabajan aquí? —quiso indagar Henry.

—Cincuenta empleados entre personal docente, administrativo y de servicio. Es un edificio de siete plantas.

—Y de esos cincuenta empleados, ¿cuántos son hombres?

—La mitad, incluyéndome a mí.

—Y de esos veinticinco hombres, ¿cuántos llevan trabajando en este edificio más de quince años?

—Pues dos —dijo el rector pensándolo un poco—, el encargado de mantenimiento y un catedrático de matemáticas. El primero lleva dieciséis años, y el segundo veinte. Los demás llevamos menos tiempo. Pero no estarán todos en la reunión. El doctor Berryman, de la cátedra de matemáticas, está de baja por enfermedad.

—Sí, me acuerdo de Berryman. Siempre lo veía por el campus. Es amigo del profesor Toronsky, que vive actualmente en Canadá. Pero a lo que íbamos: ¿a qué hora empieza la reunión? —preguntó Henry para matizar.

—A las siete de la tarde. Estarán los profesores, los exalumnos invitados, algunos alumnos voluntarios y el personal administrativo, de servicio y de seguridad, además de los agentes enviados por el departamento de policía y varios más del sheriff.

—¿Hay alguna otra entrada de la que el alumnado y la gente ajena al personal no tengan conocimiento?

—No, el edificio solo cuenta con una entrada y una salida comunes. Usted debe saberlo, ya que estudió aquí. Hasta las camionetas de reparto las utilizan. No hay ninguna entrada nueva de servicio, si es lo que quiere saber. Y estarán en todo momento vigiladas por el personal de seguridad y la policía del campus. Está todo perfectamente planificado. Lo que no entiendo es por qué tiene que haber tantos agentes del departamento de policía y del sheriff merodeando por el edificio. Pero ya le he dicho al señor Whitman que se les va a prestar todo el apoyo necesario.

—Ya está bien —intervino Whitman, mirando la hora—, creo que hemos de cortar esta conversación aquí, señor Henry, ya lleva más tiempo del estipulado. Recuerde que se lo advertí antes de hacerle venir a la oficina del rector.

—De acuerdo —dijo Henry—, solo me quedan un par de preguntas por hacer.

—Mejor que sea una —propuso el agente—, y no se entretenga demasiado.

—Está bien... —Henry caviló un poco para repensar dos preguntas en una—. Usted lleva de rector el tiempo suficiente como para poder decir si sospecha de alguno de los antiguos alumnos que hoy asistirán a la reunión. ¿Hay alguno que le llame la atención en particular?

—No llevo aquí tanto tiempo como para poder decir o afirmar tal cosa. Y aunque fuera así tampoco estaría en posición de hacerlo. Las opiniones personales que se tienen o se puedan tener acerca de cada alumno o exalumno pertenecen al ámbito privado de la institución, y no deben ser aireadas así a la ligera, teniendo en cuenta además que una opinión subjetiva no tiene ninguna validez jurídica sin pruebas ni hechos comprobados. Que le vaya bien. Espero que asista a la reunión de esta tarde.

—Eso haré —dijo Henry, tendiéndole la mano—. Muchas gracias por su tiempo. Adiós.

Regresó al corredor, donde Landis lo estaba esperando.

—¿Cómo ha ido la conversación? —preguntó Michael.

—Estupendamente. Me ha caído muy bien el rector. Está claro que tiene mucho trabajo y preocupaciones, pero, en general, se desempeña muy bien. No está muy de acuerdo con la protección que brinda el departamento de policía y la oficina del sheriff, pero transige al fin y al cabo pues no le queda más remedio.

—¿Crees que finalmente todo irá bien y no ocurrirá nada? —preguntó Landis con un tono de recelo en su voz.

—Ya está ocurriendo —dijo Henry—. Si se han molestado en mandar a tanta gente, eso significa que no están seguros de la versión oficial. No me gusta nada esta intrincada historia con Clackstone de por medio... porque para el asesino el filtro de seguridad no supone ningún problema, ya que podría entrar junto a los demás, ya sea haciéndose pasar por un invitado o por un miembro del personal administrativo, de servicio o seguridad o por algún profesor. Me temo que vamos a tener un largo día por delante.

—Bueno, sí, eso concuerda con lo que dijiste de tocar todos los palos. Mientras no haya nada concreto todos son sospechosos,

¿no? —preguntó Landis.

7

Tras la visita al edificio de la administración, Henry y Michael cogieron un taxi y entraron a comer en Chinese Friends. A esas horas el restaurante estaba lleno. Se acomodaron en una mesa del fondo para almorzar más tranquilos. Ambos pidieron a la carta. Comieron y conversaron durante varias horas para matar el tiempo. Regresaron al hotel a eso de las cinco de la tarde y nada más entrar, vieron a Paul Standford sentado en el vestíbulo. Tenía un aspecto descuidado y abatido. En cuanto los vio, se puso inmediatamente en pie.

—Ayer se llevó una buena regañina por culpa nuestra —le dijo Henry.

—Sí —admitió Standford, bajando la mirada—, pero no pasa nada. Lo importante es que están aquí.

—¿Le dijeron que no viniese a verme?

—Sí —dijo Standford, sin levantar la mirada—, aquí, antes de ir a verle, y también en Nueva York. Nunca pensé que Nelson se lo tomaría tan en serio. Es evidente que he cometido un grave error.

—Si hoy no sucede nada, volveremos a Nueva York —dijo Henry— y todos se olvidarán de este asunto.

—Así lo espero —murmuró Standford—, todos estamos con los nervios de punta. Sabe, hoy casi no vendrá nadie. Ya se ha enterado todo el mundo de lo del supuesto asesino. Creo que solo iremos los que estuvimos en aquella acampada, y porque cada uno contará con su propia escolta.

—Cuento con ello —comentó Henry—. ¿Por qué no está con usted el ayudante del fiscal?

—¿Aún sigue sospechando de él? —preguntó Standford.

—Solo quiero saber dónde está.

—Pues supongo que estará en la fiscalía.

—¿Ha venido a recogernos, Paul? —comprendió Henry.

—Sí. El coche nos espera en el aparcamiento. El mismo vehículo que nos trajo del aeropuerto.

—Perfecto. Subimos a nuestras habitaciones, nos ponemos algo más formal y bajamos en cuanto estemos listos —propuso él.

Cuarenta minutos después estaban estacionando en una plaza de aparcamiento de la universidad. Había dos patrullas de policía estacionadas allí mismo. Los agentes que se encargaban de la escolta de cada uno de los antiguos estudiantes tenían caras de pocos amigos. Se notaba que no les gustaba nada la idea de un asesino misterioso por culpa del cual tenían que hacer horas extras un viernes por la tarde.

Standford fue el primero en entrar al edificio. Allí se encontró con la mujer que estaba de guardia por la mañana en las oficinas y que tenía instrucciones de no dejar pasar a nadie a la oficina del rector. Intercambiaron un amable saludo. Parecía que se conocían bien.

—Hay veces en las que trabajo de voluntario en la universidad —explicó Stanford a Henry.

Habían habilitado una especie de retén en el vestíbulo principal, en el que dos agentes uniformados pedían la documentación a todos los asistentes a la reunión. Uno de ellos era Whitman.

—¿Ellos también tienen que presentar documentación? —preguntó Stanford.

—Todo el mundo, sin excepción —dijo el otro agente.

—No será necesario —intervino Whitman—, podemos hacer una excepción con estos señores. El subdirector del Departamento de Policía los está esperando en la sala de conferencias. Está en la segunda planta. Cojan el ascensor de la izquierda. El otro está averiado. Hemos puesto indicaciones en cada planta, así que no creo que se pierdan.

Dejaron pasar a los tres en cuanto se comprobó la documentación de Stanford.

Subieron al segundo piso. Al salir del ascensor vieron un cartel con una flecha verde que indicaba la dirección a seguir hasta la sala de conferencias. Por el momento solo había dos hombres allí: el subdirector del Departamento de Policía de Los Ángeles y el propio Nelson Burke, que había llegado antes que los demás. Al ver a Henry, cambió inmediatamente de expresión, pero se acercó a ellos y los saludó con amabilidad.

—Si piensan encontrar al asesino —dijo Burke con tono sarcástico— es un poco pronto. Aún no han llegado el resto de los invitados.

—Hoy hay muchísima menos gente de lo esperado —señaló Standford—, para estas horas ya debería estar la sala llena.

—Los has asustado —Burke asintió con la cabeza mientras miraba a Standford y abría mucho los ojos—, los has espantado con tus ridículas historias.

Henry tomó asiento en una de las sillas dispuestas en primera fila. Nunca le había gustado sentarse delante en las clases. Odiaba la sensación de sentirse observado todo el tiempo.

—¿Por qué tan pensativo, señor Henry? —le dijo el hombre que le había prohibido continuar con la investigación un día antes. Era John Ellis, subdirector del Departamento de Policía de Los Ángeles.

—Me sorprende que lo pregunte. Sobre todo sabiendo a lo que me dedico. Por cierto, debo hacerle una pregunta.

—Dispere —dijo Ellis, poniéndose en guardia.

—¿Qué me está ocultando?

—¿A qué se refiere? —preguntó nervioso Ellis, mirando al ayudante del fiscal. Este sacó un cigarrillo de la cajetilla y lo encendió, haciéndose seguidamente a un lado. También estaba nervioso.

—Usted dijo que no está en discusión lo de mi buena fama —sostuvo Henry—, así que debería entender que puedo inferir ciertas cosas. Primero mandó hacer la prueba del polígrafo a la mayoría de los implicados, cuyo resultado, por lo que veo, no le satisfizo. Después no ha insistido en revocar esta reunión, porque si lo que usted busca es proteger a un agente doble, como parece Clackstone, entonces no le conviene en absoluto celebrar esta reunión. Eso lo tiene claro hasta el señor Burke, porque estoy seguro de que es un hombre listo; por algo es ayudante del fiscal del distrito. Y ahora, hablando de los asesinatos: ¿qué es lo que sabe usted que no me haya dicho? ¿Por qué está tan seguro de que se puede volver a perpetrar un crimen y luego lo niega tajantemente?

El subdirector guardó silencio. Sabía que mentir no servía de nada y que replicar tampoco tenía sentido ya. Por eso prefirió callar.

Y por eso Burke habló en su lugar.

—No hace falta que nos dé lecciones sobre cómo hacer nuestro trabajo, y menos aún usando un tono tan insolente —dijo con sequedad—. De todas formas, nos hemos cubierto las espaldas aumentando al máximo las medidas de seguridad. Aquí no hay ningún tipo de conspiración, como usted sugiere. Lo que dice no son más que meras suposiciones que no tienen ningún tipo de fundamento. Usted no hace más que dar palos de ciego.

—Si son suposiciones y palos de ciego, ¿por qué han insistido entonces en hacer la prueba del polígrafo a los demás exlumnos? —preguntó Henry.

Pero el ayudante del fiscal resultaba un hueso duro de roer acostumbrado a hacer frente a cualquier tipo de réplica, por eso sonrió con autosuficiencia antes de decir:

—Usted atenta contra nuestra honorabilidad al sugerir de manera sibilina que hacemos mal nuestro trabajo y ocultamos cosas. Pero los hechos van a demostrar que se equivoca.

—¿Sabe cuál ha sido su error? —preguntó Henry de pronto—. Que es usted demasiado ambicioso y presuntuoso, por lo que a veces comete errores que en otras circunstancias no cometería.

—¿A qué errores se refiere, si puede saberse? —inquirió el ayudante del fiscal con cara de alerta.

—Ayer me dijo en el hotel que los asesinatos los están llevando el departamento de policía y la fiscalía municipal. Sé que lo dijo para restar importancia a la investigación y, por supuesto, su aportación personal al asunto. Y ahí es precisamente donde erró usted. Además de analista de información, también soy abogado penalista y sé que los casos de asesinato los lleva la fiscalía, pero no la municipal, sino la del distrito. A la fiscalía municipal se derivan solo casos de menor significación. Así que no todos los casos los lleva la fiscalía municipal. Lo de Rockford ocurrió en la montaña, y a Raymond Penn lo asesinaron en un hotel de Hollywood, en Sunset Boulevard. A Jenniffer Sullivan la mataron en el portal del edificio de apartamentos donde vivía. Y este se encuentra en una zona residencial de West Hollywood. Pero con todo ello asegura que el

caso lo lleva la fiscalía municipal. ¿No se da cuenta que le he pillado en una mentira?

Burke iba a abrir la boca para replicar de nuevo, pero en ese momento dirigió la mirada hacia la puerta de la sala y cerró el pico. No le dio tiempo a decir nada. La puerta de la sala se entreabrió y un oficial de policía asomó la cabeza y preguntó en voz alta:

—¿Pueden pasar ya los invitados?

—Que pasen pues —ordenó Burke con voz ronca.

El oficial desapareció enseguida tras la puerta, al percatarse del descontento del ayudante del fiscal. Dos mujeres jóvenes entraron en la sala de conferencias.

—Madeleine, Lisa... —Burke caminó en su dirección.

Ambas mujeres se detuvieron en medio de la sala y se quedaron mirando fijamente a los dos desconocidos, dudando de si continuar o no.

—No os asustéis —les dijo Nelson—, no pasa nada —habló lo suficientemente alto como para llamar su atención.

Una de las mujeres era un poco más joven que la otra. Delgada, bajita, ojos de ébano y tez y cabello morenos. Era evidente que se trataba de Lisa Ramírez. Llevaba abrigo marrón, falda larga y zapatos de tacón. La otra mujer era alta, de ojos claros y cabello castaño.

—¿Qué tal estamos, Nelson? —dijo esta última acercándose a él—. No estaba para nada de acuerdo en que viniera. Me decía a mí misma que no tenía nada que hacer aquí. Pero en cuanto me enteré de que estarías tú, me permití venir. Ah, y gracias por lo de la escolta.

La otra mujer dijo más o menos lo mismo.

—No seáis tan duras con vosotras mismas —dijo riendo Burke, mientras repartía besos en las mejillas de ambas.

—Hola, Paul —saludó Madeleine—. ¿Qué tal estás?

Standford no tuvo tiempo de responder porque en ese momento entró en la sala un hombre alto embutido en unas gruesas gafas de pasta. Era pelirrojo y tenía cierto aire de autosuficiencia en el rostro.

—Aquí tenemos al primer doctor de la tarde —dijo Burke, sarcástico. Parecía haberse olvidado del enfado de minutos antes—. Ahora podemos sentirnos un poco más tranquilos. En cuanto aparezca Jerry, la tranquilidad será doble.

—¿Qué tal, John? —saludó Lisa Ramírez.

En esto entraron dos personas más. Un hombre y una mujer. Él era bajo y achaparrado, con la cabeza rapada, nariz aguileña, ojos redondos y una papada más protuberante que su propio mentón. «El doctor Williams, supongo», pensó Henry. La mujer se destacaba por su belleza y porte. Era realmente hermosa: alta, ojos color esmeralda, nariz perfilada y cabello rubio impecablemente peinado. Henry quedó prendado al instante. Pero sus ojos estaban llenos de tristeza. Podría decirse que era la mujer perfecta, de no ser por sus ojos.

—Hola a todos —dijo Jenny Ferguson con afectada alegría, sin reparar aún en los dos desconocidos.

Jerry Williams saludó a cada uno con la mano. Vestía traje negro, camisa rosa y corbata azul.

—Bueno, veo que ya estamos todos —comunicó Burke.

—No, aún falta alguien —dijo Standford mirando a los presentes—, Bernie Clackstone. La puntualidad nunca ha sido uno de sus puntos fuertes.

—Y aparte de nosotros, no ha venido nadie más —dijo Jennifer con tristeza—. Qué cosa más deprimente.

—Tienen miedo —opinó Williams—, se han dicho tantas cosas que no se han atrevido a venir. Se han echado atrás a última hora. Así que empecemos con la reunión en cuanto aparezca Bernie.

—Mike, salgamos —propuso Henry—. Quiero ver si ha llegado alguien más. Y de paso saber si va a venir Clackstone.

—De acuerdo —convino Landis. Abandonaron la sala sin llamar demasiado la atención; nadie más reparó en ellos. Una vez fuera, Landis preguntó:

—¿Quieres dejarlos a solas?

—Prefiero que hablen entre ellos —Henry hizo un gesto de asentimiento—, así por lo menos se mantendrán juntos. Además,

hay cuatro agentes custodiando la entrada. Pero sigo pensando que hay algo en este asunto que no me han contado.

Tomaron el ascensor para bajar a la planta baja. Se acercaron a la entrada saludando con la cabeza al otro agente del retén. Whitman no se encontraba allí.

—Hay una cosa que quiero preguntarte —le dijo Landis— que no tiene nada que ver con el caso. Cuando volvamos a Nueva York, ¿por qué no coges un vuelo directo a Miami sin tener que hacer esa absurda escala en Boston? Me preocupas, amigo. Creo que lo tuyo se está convirtiendo en una manía. Además, no olvides que hoy tenías que estar con Juanita. Supongo que habrás llamado al menos para avisar de que nos encontramos en Los Ángeles, ¿no? No me hago a la idea de que hubiera estado esperándote en el aeropuerto preocupada sin saber si ibas a llegar o no. Eso no es de caballeros.

—No te preocupes, la llamé nada más averiguar la dirección del tío de Clackstone. Perdona, se me olvidó comentártelo. Refunfuñó un poco al principio. Me excusé de mil maneras. Pero luego lo entendió y se calmó. Quedamos en que en cuanto regrese, coja el primer vuelo a Miami disponible. Creo que te voy a tomar la palabra. Tienes razón. Esta vez voy a volar directamente. Pero lo haré cuando terminemos nuestra labor. Puede que la estancia aquí se alargue más de lo previsto si hoy ocurre otra desgracia...

En ese momento anunció el altavoz del edificio: «Estimados antiguos alumnos —dijo una voz grabada—, a continuación dará comienzo la reunión en la sala de conferencias. Les damos las gracias por su asistencia».

Empezó a salir gente de las oficinas de la planta baja. Se fueron congregando en el pasillo. Landis los observó con atención: iban todos uniformados.

—Es increíble la cantidad de agentes que han mandado los distintos departamentos —dijo Michael con desconfianza—. Se diría que están montando una gran operación. Tienes razón, Henry. Aquí está ocurriendo algo de lo que no se nos ha informado.

—¿Qué hora es? —preguntó Henry.

—Las siete en punto —respondió Michael—. ¿Por qué llevas el reloj en el bolsillo y no en la muñeca?

—No lo sé —Henry se encogió de hombros—, quizá por la costumbre. Parece que no va a venir nadie más. Volvamos a la sala de conferencias. Pero esta vez subamos por las escaleras.

Alguien bajaba del piso superior. Eran estudiantes voluntarios y personal de la universidad. Charlaban de algo animadamente. Detrás de ellos iba Standford.

—Creí que estaba en la sala de conferencias —le dijo Henry al llegar a su lado.

—Así es —afirmó Standford—, pero he salido un momento a decirles que Clackstone ya está aquí.

—¿Que ya está aquí? —balbuceó Henry con sorpresa—. Pues hemos estado en la entrada y no le hemos visto llegar.

—Eso es porque ha llegado casi al mismo tiempo que los demás. Se ha entretenido un poco en la cuarta planta. Está ahora mismo allí. Y es gracioso, porque la mayoría de las estudiantes voluntarias se han vuelto locas nada más verle. Se le han echado encima como a una superestrella. Ahora lo verán con sus propios ojos. Acompáñenme a...

A Standford no le dio tiempo a terminar la frase. De repente se había ido la luz en todo el edificio. Los estudiantes voluntarios que bajaban por las escaleras empezaron a gritar por pura diversión, a hacer el tonto, a bromear.

—¡Que alguien dé la luz! —gritaban todos al unísono, entre sonoras carcajadas.

—Esto no me gusta nada —oyó Henry que decía Landis a su espalda.

La alegre confusión duró unos minutos más hasta que volvió la luz. Henry advirtió que Standford ya no estaba allí. Los estudiantes seguían bromeando por lo sucedido. «¡Apagón —gritaban—, queremos otro apagón!». Michael y Henry subieron corriendo las escaleras. Se toparon con Whitman arriba. Estaba muy pálido y tenía ambos ojos humedecidos.

—¡Rápido! —apremió él, guiándolos a lo largo del pasillo—. Les están esperando.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Henry.

—Una tragedia —comunicó Whitman en voz baja —, un crimen horrendo.

—¿A quién han matado? —interrogó Henry—. ¿De quién se trata?

—Del ayudante del fiscal —dijo Whitman con un profundo suspiro—. Ahora sí que se ha puesto el asunto bien feo...

8

Burke yacía en el suelo con el cuello cortado, en medio de un charco de sangre. Pero lo más extraño es que había sido asesinado en un baño. Nadie podía imaginar una cosa así, pues minutos antes se hallaba en la sala de conferencias con el resto de los invitados. Antes de irse la luz, Burke había dicho a sus excompañeros que tenía que salir un momento. Todos los demás se habían quedado en la sala de conferencias, intentando no separarse los unos de los otros. Los policías que estaban montando guardia a las puertas de la sala y en los pasillos aledaños aseguraban no haber visto a nadie extraño merodeando por las instalaciones. Pero sí que vieron a Burke dirigiéndose al ascensor. Y minutos después se le encuentra muerto con el cuello rajado en el cuarto de baño del tercer piso.

Ellis estaba examinando el cadáver con una linterna, pues el servicio seguía sin luz. Lo acompañaba un agente, que iba apuntando en una libreta todo lo que se le decía.

—Qué desgracia —oyó Henry que decía alguien. Se abrió paso por entre el cordón policial y los voluntarios congregados junto a la puerta. A Landis y a Whitman no se les permitió el paso, así que no tuvieron más remedio que esperar en el pasillo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Henry poniéndose al lado de Ellis, echando un vistazo al cadáver.

—No lo sé —respondió este fríamente, poniéndose en pie—, no entiendo cómo ha podido suceder esto. Estábamos todos en la sala de conferencias. Nelson dijo que iba a salir un momento y que al rato regresaba. Ignoro lo que ha pasado después. Hemos hallado un rastro de sangre encima del lavabo. Parece que ahí fue donde lo sorprendió el asesino. Y después este arrastró el cadáver, o el mismo Nelson llegó hasta aquí antes de desplomarse.

—Entonces el asesino debe estar salpicado de sangre —opinó Henry—. Aunque también podría ser que no. No hay suficiente luz en la escena del crimen para asegurarlo, pero el asesino bien pudo

haberlo arrastrado agarrándolo por la americana, evitando mancharse. Es solo una conjetura.

—Sí —convino Ellis, dirigiendo el haz de luz de la linterna a través de la estancia hasta llegar al lavabo—, eso también es posible. Le degollaron junto al lavabo y después lo arrastraron aquí. La corbata y la americana están totalmente llenas de sangre, se nota que la tela está completamente empapada. Por eso hay poca sangre junto al lavabo. Parece que está en lo cierto. Hay que dejar constancia de todo esto en el informe —le dijo al agente de la libreta—, y llamar a la científica, a la brigada de homicidios y al fiscal del distrito para avisar de lo sucedido.

—¿Lo hacen ustedes o me encargo yo? —preguntó Whitman desde la puerta con un tono de enfado en su voz, al no haberle dejado participar en las pesquisas.

—Ya nos encargamos nosotros —contestó Ellis con aspereza—. Smith —dijo al agente que hacía anotaciones en la libreta—, llama a la científica, a la brigada de homicidios, a dos de nuestras patrullas y después al fiscal.

—¿Y qué le digo? —preguntó este.

—La verdad. Que somos unos inútiles. Que ante nuestras narices y con treinta policías de servicio han degollado a su ayudante. Y de paso di a los chicos que traigan a Spike, puede que olfatee algún rastro. ¡Y que nadie entre ni salga del edificio —gritó a Whitman—, regrese ahora mismo a su puesto!

Este obedeció, pero a regañadientes. Solo estaba acostumbrado a recibir órdenes del sheriff. Se alejó por el pasillo en dirección al ascensor.

—¿Qué es lo que está ocultando? —preguntó en voz baja Henry, acercándose al subdirector del Departamento de Policía. ¿Qué le hace pensar que se trata del mismo asesino?

—El *modus operandi* —explicó Ellis—, es la segunda vez que degüella a una de sus víctimas. Lo mismo hizo con Penn. ¡Maldita sea! Teníamos que haber instalado un arco de seguridad en la entrada. ¡Pero quién podía imaginarse que iba a llegar tan lejos!

—Ahora lo más importante es que no cunda el pánico —dijo Henry—. Reúna a todo el mundo en la sala de conferencias y

vayamos en busca del arma, pues quien la haya usado ya se habrá deshecho de ella. El asesino sigue aquí.

—Por desgracia hay algo más... —suspiró Ellis.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Henry alarmado.

—Que Burke llevaba una pistola. He registrado el cuerpo y esta ha desaparecido.

—¿Quiere decir que hay un asesino suelto en el edificio armado también con una pistola?

—Exactamente. Bueno, esto en caso de que no haya optado finalmente por deshacerse también de la pistola. ¿Pero para qué la habrá cogido entonces? Ahora tiene que librarse de dos armas. Para mí que su plan es ocultarlas y después, hacer uso de ellas en el momento oportuno.

—Este asesino suele matar con una periodicidad de unos cinco años, no creo que las vaya a necesitar hasta la próxima reunión —le recordó Henry.

—Ojalá tenga razón —masculló Ellis. Salieron al pasillo. Allí había veinte o treinta personas, entre agentes de policía, personal de seguridad de la propia universidad, profesores, personal de servicio y alumnos voluntarios.

—¿Qué ha pasado? ¿Quién ha muerto? —preguntaron algunos de estos últimos.

—No ha pasado nada —dijo Ellis—, un profesor que de pronto se ha sentido mal. Se ha caído y golpeado contra el lavabo. El médico ya viene de camino. Está todo en orden. Vuelvan a sus labores.

La mayoría obedecieron, pero algunos dudaron de las palabras del subdirector de policía.

—Que nadie se acerque al baño —ordenó Ellis a cuatro agentes apostados allí—, ahora va a venir la Policía Científica a hacer su trabajo.

Entró en un aula de al lado y se sentó en una silla. Michael y Henry fueron tras él.

—Tengo que hacer algo —dijo Ellis en tono afligido—, puedo perder mi puesto en el departamento por este asesinato. Y muchos policías hoy aquí presentes van a tener que poner multas de

aparcamiento después de esto. El director del departamento no va a tener piedad. Y mucho menos la prensa.

Smith entró en el aula. Tenía una expresión abochornada. Se quedó mirando a los visitantes, que permanecían de pie junto a Ellis.

—¿Qué ocurre? —vociferó el subdirector.

—No puedo comunicarme con el fiscal del distrito —informó Smith—, pero la científica y la brigada ya están en camino. Y también dos de nuestras patrullas como ordenó. El director ya está informado de lo ocurrido. Blackstone ha pedido que le llame.

—¿Le has avisado tú?

—No. Whitman llamó al sheriff y luego este a nuestra jefatura. Cuando llegué, ya era demasiado tarde. Whitman acababa de colgar. No pude hacer nada.

Ellis sacó su móvil y marcó un número.

—Buenas tardes —dijo él. Evidentemente el director del Departamento de Policía esperaba su llamada. Ellis no supo decir nada más. Del aparato llegaban gritos estridentes. El subdirector Ellis se puso lívido, pero no se atrevió a interrumpir a su interlocutor.

—... Y una cosa más —gritó el director Blackstone para terminar—, si se te escapa el asesino, quiero ver tu carta de dimisión sobre mi mesa a las nueve de la mañana. ¡Y la vas a redactar delante de mí! ¿Está claro?

—Más claro que el agua —dijo Ellis, y Blackstone colgó.

El subdirector del Departamento de Policía se guardó el teléfono en el bolsillo. Su rostro estaba ahora teñido con una palidez casi de cera.

—Me ha amenazado con echarme —dijo de mal humor— si para las nueve de la mañana no hemos detenido al asesino.

—Déjeme ayudar en la investigación —le pidió Henry.

Ellis lo miró abstraído.

—¿Cree que servirá de algo? —dijo el subdirector acariciándose la barbilla pensativo—. Bueno, está bien, no tengo nada que perder en aceptar su oferta. Veamos cómo pone en funcionamiento su magia investigadora el famoso Henry para atrapar a este hijo de puta. Si da con él, se lo agradeceré eternamente.

—No hace falta que me lo agradezca —Henry frunció el ceño—, es suficiente con que me deje hacer mi trabajo.

—¿Por qué está tan seguro de que el asesino es un hombre? —preguntó Landis—. ¿Y si de pronto es una mujer?...

—Una mujer no se metería en el servicio de hombres —atajó el subdirector.

—¿Y eso qué tiene que ver? —replicó Michael—. Podría haberlo sorprendido en el pasillo, luego asesinarlo y haber arrastrado el cuerpo hasta el servicio.

—¿Y qué le hace pensar que lo han matado en el pasillo? —preguntó Ellis de mala gana.

—Porque hay unas manchas de sangre allí... —Landis señaló con el dedo el extintor.

—¿Quién de ustedes es Henry? —preguntó el subdirector de policía mirando a ambos—. ¿Usted o su amigo? ¿O trabajan por turnos? Aunque con tal de encontrar al asesino, da lo mismo. Smith, tome nota de eso.

—¿Sabe si alguno de los antiguos alumnos salió de la sala de conferencias en el momento del asesinato?

—No podría asegurarlo —admitió el subdirector—. Tenía a mi lado a la señora Stockwell y al señor Armstrong. Pero espere un momento. Sí. Recuerdo haber visto a Stanford salir de la sala unos minutos antes de apagarse las luces. Después apareció un guardia con una linterna. Pero estoy completamente seguro de que Stanford abandonó la sala minutos antes.

—Sí, es verdad, nos lo encontramos en las escaleras antes de irse la luz. Dijo que venía a comunicarnos que Clackstone ya estaba en el edificio; en la cuarta planta, para ser exactos. Luego Stanford desapareció. Por cierto, hay que buscarlo de inmediato.

—Es lo que vamos a hacer —aseguró Ellis—. Voy a reunir a todos en la sala contigua a la de conferencias, y esta vez no dejaré que nadie salga, ni siquiera para ir al baño. Smith, busque a Stanford de inmediato y a los miembros del grupo de exalumnos que no estén en la sala de conferencias.

Smith salió del aula como una exhalación. La situación ya era bastante crítica. En ese momento apareció Whitman de nuevo.

—Ya están aquí la Policía Científica y el equipo especializado en homicidios —anunció—. Y también las dos patrullas. Han traído la unidad canina que solicitó.

—Ya voy —dijo Ellis levantándose. Cuando abandonó el aula, Henry se acercó a Landis:

—¿Ves? Yo estaba en lo cierto. Ellos sabían perfectamente que a Penn y a Sullivan los había matado la misma persona. Pero se empeñaban en darme otra versión. Y ahora esa mentira se ha vuelto contra ellos. Burke ha pagado con su vida el engaño, y Ellis puede que con su carrera. Esperemos que el asesino no logre salirse con la suya.

—Debe de estar completamente loco —dijo Landis— al atreverse a tanto con tantas fuerzas del orden a su alrededor y mucho más asesinando al ayudante del fiscal con esa sangre fría. Es un verdadero psicópata.

—Puede que así sea —dijo Henry—, pero tengo la sensación de que no se trata de un psicópata al uso, sino más bien de un asesino con una fijación especial. Porque para él esto no son solo meros asesinatos. Mata metódicamente a sus excompañeros en días de reunión. Parece más bien un ritual. Una víctima cada cinco años de reunión. Un psicópata al uso no actuaría de esta manera, no sería tan selectivo. Porque este solo mata a antiguos compañeros.

—¿Y quién puede ser? —planteó Landis—. Ahora solo quedan siete. ¿Standford, que estaba con nosotros y desapareció de pronto tan misteriosamente? ¿Clackstone, al que todavía no hemos visto? ¿Armstrong o Williams? ¿O tal vez alguna de las chicas? Por otro lado, las tres parecían guardar una relación cordial con Burke. Tanto Madeleine Stockwell, como Lisa Ramírez y también Jennifer Ferguson. Es un círculo vicioso. Si te soy sincero, en un principio sospeché del ayudante del fiscal: no se sometió al polígrafo, mentía descaradamente y se escabullía a la más mínima oportunidad. Era antipático y ambicioso.

—Y está lo del móvil —dijo Henry—. Para asesinar a alguien tiene que haber una motivación, un móvil al menos. Aunque también ha habido casos en los que este no ha llegado a existir.

Por fin salieron del aula.

—Llame al encargado de mantenimiento, quiero hablar con él —ordenó Ellis a uno de sus agentes en el pasillo. Este volvió al cabo de un rato con una respuesta.

—¿Qué dicen los de la unidad científica y los de homicidios? —preguntó Henry.

—Creen que Burke fue degollado en el corredor y después arrastrado hasta el lavabo del servicio de hombres —dijo Ellis a regañadientes—. Parece que Burke todavía seguía con vida y que intentó llegar a la puerta por sus propios medios. Pero se desplomó a medio camino. El asesino tiene que estar salpicado de sangre. Hay que revisar a todo el mundo.

—¿Y la unidad canina?

—Está inspeccionando la escena del crimen, pero de momento no ha logrado dar con ningún rastro. Un fuerte olor a lejía y a amoníaco lo está despistando. El asesino ha fregado parte del pasillo, el lavabo y el retrete antes de volver la luz. Por eso hay poca sangre en el suelo. Ha dejado la escena del crimen como los chorros del oro. ¡Menudo cabrón! —bramó de repente el subdirector.

—¿Me está diciendo que el asesino también ha limpiado la escena del crimen? —inquirió Henry perplejo—. ¿Quién está a cargo de la limpieza?

—El encargado de mantenimiento —dijo Ellis cada vez más enfadado—, pero me acaban de informar que libra los viernes. Parece que ayer, antes de marcharse, dejó las llaves del cuarto de mantenimiento en la garita del bedel. Antes de irse la luz, este cogió las llaves de su garita y fue a cambiar unos fluorescentes que habían explotado por una sobrecarga.

—¿Qué dice? ¿Y no ha investigado a qué se ha debido esa sobrecarga? —preguntó Henry.

—No, el bedel no es electricista. Pero cree que ha sido por el apagón.

—Esto es un despropósito —dijo Henry—, un total despropósito. Hay que revisar el cuadro eléctrico y la caja de fusibles.

—Smith, pida las llaves del sótano al bedel y muéstreles dónde se hallan el cuadro eléctrico y la caja de fusibles.

El sótano estaba cargado de un olor tan cáustico que no pudieron evitar toser. A medida que se iban acercando a la caja de fusibles, el olor se iba haciendo cada vez más fuerte, como a cable quemado.

—Mirad —dijo Henry, al abrir la tapa de la caja de fusibles y examinar su interior—. Hay un par de cables de cobre sueltos dentro de la caja. Les han quitado el aislamiento de plástico. Y algunos portafusibles están vacíos. Por eso han explotado los fluorescentes. El asesino sabe muy bien lo que hace. Se ha aprovechado de un error crítico en la seguridad. A nadie se le ha ocurrido vigilar la caja de fusibles. Nadie podía imaginar algo así. De modo que el asesino ha estado aquí, ha quitado algunos fusibles y ha puesto en su lugar cables de cobre —supongo que de algún circuito interior encargado del alumbrado de los servicios, ya que estos siguen sin luz— y después se ha ido tranquilamente a esperar la ocasión oportuna. Cuando se va la luz, sorprende a Burke desde detrás, lo degüella, lo arrastra hasta el servicio y huye por las escaleras. No ha tenido necesidad siquiera de ir al sótano. Solo esperar a que el bedel se dispusiera a cambiar algún fluorescente, sin saber que estaba a punto de provocar un cortocircuito, para tender la trampa a Burke y hacerle subir al tercer piso, donde se halla precisamente el servicio de hombres. Nos las tenemos con un asesino muy astuto y calculador. Porque este plan requiere de una coordinación exacta para ponerlo en práctica. Smith, mande a algún técnico de laboratorio para ver si puede sacar alguna huella dactilar de esos cables de cobre, de la caja de fusibles y de los interruptores del cuadro eléctrico. Y también de los utensilios de limpieza. El asesino los ha dejado en el servicio. Aunque viendo cómo actúa, lo precavido que es, es muy posible que no haya dejado huellas.

—Hay que avisar al rector —le dijo Michael a Smith. Este asintió penosamente, sacó su teléfono y marcó un número rápido.

Una vez arriba, en la tercera planta, el rector ya estaba junto a Ellis. Se le notaba avergonzado, a juzgar por la súbita rubicundez de su rostro.

—Qué cosa más espantosa —dijo quedamente—, creo que será mejor cancelar la reunión. No pueden haber celebraciones después

de lo ocurrido.

—¿Quiere usted atraer a los medios tan pronto? —protestó Ellis—. Lo mejor es no dejarse llevar por el pánico y seguir adelante con la reunión. Y a propósito, ¿dónde estaba usted cuando se fue la luz?

—En la sala de juntas de este mismo piso —contestó este—. En cuanto se fue la luz supe lo que había que hacer, porque realizamos dos simulacros de apagón al año. Me acerqué a uno de los guardias y le pedí la linterna, bajé por la escalera hasta la garita del bedel, le pedí las llaves del sótano y bajamos juntos a ver cuál era el problema.

—¿Dónde encontró al bedel? —preguntó Henry.

—En el pasillo de delante de su garita, en la planta baja.

—¿No se cruzaron con nadie cuando bajaron al sótano? —indagó Ellis.

—No. Tras comprobar que el problema eran dos cables de cobre que sustituían a un par de fusibles y sacarlos de los portafusibles y subir el interruptor general, salimos del sótano y cerré la puerta con llave.

—¿Alguien más tiene acceso al sótano? —preguntó el subdirector.

—Nadie más —contestó el rector—. Solo yo y el encargado de mantenimiento tenemos copia de esa llave. Yo guardo la mía en mi oficina.

—Vayamos todos a la sala de conferencias —dijo con enfado Ellis—, he ordenado a Smith que reúna a los sospechosos en la sala contigua. Y espero que empiece cuanto antes a hacer su trabajo, señor Henry. El prestigio de mi departamento está en entredicho. Y si lo piensa un poco, también el suyo. ¿A quién piensa interrogar primero?

—A Clackstone, desde luego. Me pregunto si era necesario armar todo este tinglado para proteger su identidad de agente. Creo que hubiera sido mejor dejar de lado ese asunto e iniciar una investigación seria en cuanto ocurrieron los primeros hechos. Pero ya no sirve de nada lamentarse. Mande a los de la científica que busquen huellas hasta en el techo si es necesario, a ver si

finalmente el asesino no es tan listo como quiere hacernos creer, y haya pasado algo por alto.

Los sospechosos estaban en una sala contigua a la de conferencias. Habían sido informados de lo ocurrido. Lisa estaba destrozada. Madeleine lloraba desconsoladamente, y Jennifer Ferguson, por su parte, permanecía callada en su asiento, como si la noticia de la muerte de Burke le hubiera afectado tanto que ya no tuviese fuerzas para echarse a llorar. Los hombres, en cambio, parecían más nerviosos que entristecidos. Williams no paraba de dar vueltas por la sala. Armstrong permanecía de pie en un rincón, frontándose las manos continuamente. Standford, por el contrario, estaba sentado con los brazos cruzados en un asiento del fondo de la sala. Se sentía más culpable que los demás. Tenía que haber hecho venir a Henry mucho antes. ¿Por qué tenía que hacer caso a las amenazas de la policía y de la maldita agencia?

Pero solo uno de ellos no parecía conmovido en absoluto por la muerte del ayudante del fiscal. La noticia había afectado a los demás en mayor o menor grado, pero él estaba tranquilo, casi impasible. En ningún momento hizo ademán de llevarse las manos a la cabeza. La noticia no parecía afectarle lo más mínimo. Era como si estuviera viendo aquella escena en la pantalla de un cine.

—Señor Clackstone —llamó uno de los policías, y él levantó la cabeza al oír su apellido—. Adelante, le están esperando.

Entró en la sala de conferencias manteniendo la sangre fría en todo momento. El subdirector de policía se hallaba en el atril del fondo actuando de moderador. Henry se había sentado en la primera fila, y Landis detrás. Henry se fijó en el aspecto del recién llegado: alto —casi tanto como él—, una hermosa cara varonil —tenía ciertamente un aire a Anthony Quinn, pero a diferencia de este, su mirada era glacial—. Clackstone derramaba vanidad y engreimiento por los cuatro costados.

—Hola —dijo, sentándose en un sitio adyacente al de Henry como Pedro por su casa—. ¿Qué tal? —saludó con un asentimiento

al subdirector de policía. Este último quiso ponerle en su lugar de inmediato dibujando una expresión severa en su rostro.

—¿Es usted Bernie Clackstone? —preguntó Henry, entrando en faena.

—¿Y usted aquel famoso experto investigador del que tanto hablan? —respondió Clackstone con aire desafiante—. Aproveche esta oportunidad. Si resuelve estos crímenes, su fama crecerá como la espuma.

—No he venido para eso —replicó Henry—, sino para resolver estos crímenes, como bien ha dicho. Y puedo decir con anticipación que ya sé quién es el culpable —puede que involuntario— de este crimen. Así como también de los demás.

—Será interesante saber de quién se trata —continuó Clackstone guasón—. ¿Y quién es, si puede saberse?

—¡Usted!

—¡Pero qué disparates está diciendo! —Clackstone saltó de su asiento—. ¿A esto he venido? ¿A escuchar las sandeces de un mequetrefe que no sabe ni lo que dice?

—No son disparates —dijo Henry seriamente—, estoy totalmente convencido de lo que digo. Usted es culpable involuntario de estos crímenes.

—No diga estupideces —Clackstone no podía ocultar su enfado. Estaba perdiendo su pose. Ya se le había esfumado el aire burlón—. Nelson y yo éramos amigos de toda la vida...

—¿Cree usted que el asesino no se halla en esa sala? —le interrumpió Henry.

—No lo sé —Clackstone levantó la voz—, ni quiero saberlo. Los conozco a todos desde hace años. No hay ningún asesino en nuestro grupo. Nelson y yo éramos amigos desde niños.

—¿Y a Rockford John también lo conocía bien? —inquirió Henry.

—¿Por qué mezcla a Rockford en esto? —Clackstone lo miró desconcertado—. Se despeñó de aquella pared. Yo mismo vi cómo cayó.

—Tengo entendido que estaba usted con él cuando ocurrió el accidente.

—No vaya usted por ahí. Esa es una acusación muy grave —prosiguió Clackstone, escandalizado. Su tono ya era más de preocupación que de enfado—. Rockford era un hábil escalador. Tenía mucha experiencia en montaña.

—Contamos con la declaración de uno de sus excompañeros —continuó Henry—. Burke indujo a propósito al error. Él afirmaba que usted no estaba con Rockford en el momento del accidente, cuando en realidad no fue así. ¿O sí lo fue?

—Eso es una calumnia —replicó Clackstone perdiendo la paciencia pero manteniendo la calma—, una burda mentira y el que lo haya dicho (espero que no sea una invención suya) lo ha hecho para perjudicarme. —Se dio cuenta de que estando nervioso lo único que conseguiría era que Henry lo acabara confundiendo, y por eso, haciendo gala de su mejor virtud, que era la persuasión, se calmó, tomó asiento debidamente y sonrió.

—Tiene buen dominio de sí mismo —admitió Henry—, y sabe salirse por la tangente. Pero eso no va a hacer que cambie de opinión respecto a usted.

—Yo no maté a Rockford —dijo Clackstone contundente—. ¿Por qué le cuesta tanto creerlo?

—Es muy posible que usted no lo hiciera. Pero tiene mucha culpa en todo esto. Por protegerle a usted, Burke se vio obligado a hacer declaraciones falsas, razón por la cual los investigadores no han podido seguir una línea de investigación adecuada, ni tampoco se lo han permitido. A su amigo Standford, por ejemplo, lo han estado disuadiendo para que no viniera a solicitar mi ayuda. Ya sabe a lo que me refiero.

—Todo esto es muy interesante —dijo Clackstone con voz controlada—, pero yo no sabía nada de nada.

—Pero usted sabía de los asesinatos de Raymond Penn y Jennifer Sullivan. Tenía que saber que ambos hechos están relacionados. Y en lugar de ayudar a la investigación, usted obligó involuntariamente al ayudante del fiscal a echar tierra al asunto, poniendo en riesgo su carrera en la fiscalía, y a enfrentarse y finalmente plegarse a los designios de la todopoderosa agencia de

espionaje para la que trabaja, al entrar Stanford en contacto conmigo.

—Yo no sabía nada de eso —repitió Clackstone—, créame, se lo juro. Ni siquiera sospechaba que algo así pudiera suceder.

—Usted es un doble agente —Henry no lo suponía, lo afirmaba—, y por eso se cuida de que esto no se sepa.

—Señor Henry —en esto saltó Ellis—, habíamos quedado en que no tocaríamos ese tema, dejemos de hablar del trabajo que desempeña Clackstone y centrémonos en la investigación, pues son dos cosas distintas que nada tienen que ver la una con la otra.

—Yo soy ingeniero y mi trabajo es diseñar drones —prosiguió Clackstone con tranquilidad— y no entiendo qué tiene que ver todo esto conmigo.

—El caso es que han estado manteniendo una versión completamente distinta. Aseguraban que la muerte de Rockford fue accidental y que los otros dos asesinatos se debían a una sucesión de concatenadas coincidencias. ¿Sabe lo que quiero decir? Pues que sabían casi desde el principio que detrás de todo esto obra un asesino en serie. La policía tenía serios indicios de ello. Estoy seguro de que Penn le abrió la puerta al asesino porque lo conocía en realidad, pero la policía dio carpetazo a la investigación asegurando que Penn fue víctima de un robo. Y para cerrar el caso lo más pronto posible, se le declaró muerto en circunstancias extrañas. El asesino se valió de algún artificio para hacer que Burke abandonara la sala de conferencias y subiera al tercer piso. Sabía que Nelson lo haría. Pero con Jennifer usó una estrategia distinta. En lugar de dar la cara, prefirió dejarla previamente sin sentido y después asesinarla.

—Y también empujó a Rockford —comentó Clackstone con sarcasmo—, aunque no, espere, yo estaba a su lado... No, nadie lo empujó. Creo que él mismo se cayó.

—¿Lo cree o está seguro de ello? —preguntó Henry con sequedad.

—Ahora mismo no estoy seguro de nada. Todos los indicios apuntan a que el asesino se encuentra en esa sala. Pero no es posible. Ninguno sería capaz de matar ni a una mosca.

Especialmente teniendo en cuenta que todos respetaban y querían a Nelson, y también le temían.

—¿Por qué le temían?

—Era el más fuerte y además cinturón negro de kárate. Ninguno de ellos podría haberlo matado.

—¿Y Paul Standford? —medió el subdirector de policía desde el atril—. Es el único que ha desobedecido nuestras órdenes al ir a buscarle a usted, señor Henry. Su actitud me parece sospechosa. Hace cinco meses, después de que fuera asesinada Jennifer Sullivan, no se decidió a ir. Pero ahora, dos días antes del asesinato de Burke, sí que lo ha hecho.

—Eso es prejuzgar, señor subdirector de policía —opinó Henry— y es algo circunstancial. Standford es ciertamente sospechoso, como todos los miembros del grupo allí presentes, si no más que otros. Para empezar porque ha sido él precisamente quien ha venido a pedirme ayuda. Una forma ideal de fabricar una coartada. Y en segundo lugar, porque no se ha sometido al polígrafo. El hecho de que tuviera una relación de tensa amistad con Burke tampoco habla en su favor. Pero como digo, todo ello es circunstancial y no podemos dejarnos llevar por meras suposiciones.

—Pero no olvides que en el momento del asesinato se hallaba en otra parte, y cuando volvió la luz, había desaparecido —le recordó Landis.

—Eso es fácil de comprobar —dijo Henry—. El asesino degolló a su víctima. Para hacerlo bien hay que tener práctica y un cierto conocimiento (como mínimo) de anatomía. Saber dónde está la arteria carótida y también la yugular. Es más difícil degollar que estrangular. Aunque parezca lo contrario. Porque para esto último basta con guiarse por el hueso hioides (más prominente en los hombres) y apretar hasta hundirlo y romperlo o asfixiar a la víctima con una soga o una cuerda o un cable o algún elemento elástico hasta dejarla sin circulación ni respiración. Es cierto que requiere fuerza y cierto tiempo para hacerlo, es más lento y tedioso, pero aun así más fácil que degollar. ¿No le parece, señor Clackstone, que entre los allí presentes el candidato más idóneo para hacer esto es

un galeno? Un argumento bastante lógico, a mi modo de ver. El señor Armstrong y el señor Williams lo son.

—Por Dios —replicó Clackstone—, ¿e iban a esperar tanto tiempo para hacerlo? No lo creo posible.

—Permítame recordarle que usted tampoco se ha sometido al polígrafo, señor Clackstone y que también es sospechoso. Burke era el más fuerte y también el mejor estudiante de ustedes seis, algo suficiente para hacerle sentir incómodo. Porque el mero hecho de ser solo encantador no lo es todo...

—¿Y por eso, después de tantos años, he cogido un cuchillo y lo he degollado? —frenó Clackstone a Henry—. Qué argumentación más ridícula.

—No he dicho literalmente que haya cogido un cuchillo para degollarlo. Me refería a la vanidad. Y también a la envidia que pudiera tenerle. Recuerde que alguna de las mujeres de esa sala también puede tener que ver con esto.

—No meta a las mujeres en esto —se enfureció Clackstone—, ellas no tienen nada que ver.

—Hace cinco años usted discutió con Rockford por culpa de Jenny Ferguson. ¿No será porque estaba más interesada en él que en usted? Qué mal lo habrá pasado la pobrecita todo este tiempo, ¿no le parece?

—Ahora entiendo por qué dicen que es usted el mejor —profirió Clackstone con enfado—, es experto en sacar de quicio a la gente. Pero ¿sabe? Desde ahora pienso ignorar sus maliciosos comentarios. No voy a entrar en su juego sucio. Lo que dice es absurdo. Jenny nunca estuvo interesada en Rockford. Puedo jurarlo. Y también responder por ella.

—¿Y por los demás? —preguntó Henry.

Clackstone se dio tiempo en pensar la respuesta.

—No lo sé —aceptó él—, ahora mismo tal y como están las cosas, estoy bastante confundido. Y no pondría la mano en el fuego por nadie, salvo por Jenny.

—¿Dónde estuvo anoche?

—Eso no es de su incumbencia. Aunque no dudo de que han estado vigilándome, por lo que ya debe de estar enterado. Por eso

puedo responder por Jenny. Sé que anoche no estuvo afilando un cuchillo precisamente.

—¿Se cree muy listo, eh?

—Espero que no sea un delito —dijo Clackstone riendo. Acto seguido, se levantó de su asiento—. ¿Ya puedo irme?

—¿Dónde estaba usted en el momento de los hechos? —quiso saber Henry.

—En el pasillo de la cuarta planta —respondió Clackstone—, hablando con unas estudiantes encantadoras. Puedo presentárselas, no hay ningún problema. Tengo coartada, si es lo que quiere saber.

—Le creo —dijo Henry secamente—. Diga a Standford que entre. Y quédese en la sala contigua con los demás. No vaya a ninguna parte. Los guardias tienen instrucciones de no dejar salir a nadie.

—De acuerdo. —Clackstone se encaminó hacia la puerta, pero antes de abandonar la sala de conferencias, se volvió y dijo:

—Suerte con sus pesquisas. Aunque no creo que vayan a servir de mucho.

Tras decir estas palabras abandonó la sala. Ellis lanzó una mirada a Henry.

—¿Piensa interrogar a todos por separado? —preguntó el subdirector de policía.

—Hasta que dé con el asesino —respondió Henry con frialdad—. Usted ha insistido en que hay que hacerlo antes de las nueve de la mañana. No quiero darle oportunidad de actuar una próxima vez.

Standford entró en la sala. Tenía el rostro pálido y la camisa sudada. Miró a los tres hombres y tomó tímidamente asiento en el lugar que le indicó Henry.

—Se lo advertí, señor Henry —dijo con profundo pesar—, le dije que estábamos al borde de una espantosa tragedia. Y por desgracia estaba en lo cierto. Ha pasado lo mismo que con Raymond.

—Haga el favor de contestar a las preguntas —dijo el subdirector de policía—. ¿Dónde se hallaba usted en el momento del crimen?

—Estaba junto a Henry —Standford se sorprendió por la pregunta—, justo en el momento en que se fue la luz.

—¿Qué hizo después de eso? —preguntó Henry.

—Fui a buscar a Clackstone. Les dije que estaba en la cuarta planta. Pensé que subirían conmigo.

—¿Lo encontró allí?

—No, no lo hice —Standford se irguió en el asiento—, los chicos empezaron a tropezar y a gritar. Choqué con algunos de ellos al subir la escalera. Para cuando llegué y volvió la luz, Clackstone ya no estaba allí.

—¿En ningún momento se acercó a la escalera del tercer piso del lado del servicio? —prosiguió Henry.

—No, no tenía ganas de ir al servicio —caviló rápido Stanford, al comprender por dónde iba Henry—. Bajé a la sala de conferencias por la misma escalera en la que los encontré a ustedes.

—Entonces no tiene coartada —comentó Landis.

—No —concedió Stanford—, desgraciadamente no la tengo. Pero de encontrarme con el asesino, lo hubiera matado con mis propias manos. O se lo hubiera dejado al exmarido de Jenny para que se encargase personalmente de él.

Se dio cuenta de que no había medido sus palabras y se quedó clavado en el asiento mirando nervioso a los tres interrogadores.

—Y bien —dijo Ellis con voz autoritaria—, lo que ha dicho es muy interesante. ¿Qué tiene que ver el exmarido de Jenny en todo esto? —preguntó—. Diga la verdad.

—Nada —Standford hundió la cabeza entre los hombros—, lo he dicho por decir, se lo juro. Se me escapó sin querer. Estoy muy nervioso.

—Será mejor que se explique por su propio bien —amenazó el subdirector de policía.

Standford miró a Henry, y este asintió con la cabeza.

—Está bien, se lo voy a contar. El exmarido de Jenny mató una vez a un hombre. Fue en legítima defensa. La víctima entró en su tienda con un arma y quiso atracarlo. El hombre regenta una galería de arte donde se exponen piezas muy valiosas, sobre todo cuadros de pintores famosos. Posee Picassos, algunos Rembrandts y varias obras más de incalculable valor. Pero el atracador cometió un

lamentable error al elegir su tienda para llevar a cabo el robo. Porque además de marchante de arte, también es maestro de artes marciales. En síntesis, que el hombre cogió al atracador por detrás en un descuido de este y lo inmovilizó y redujo con una llave de judo. Pero empleó más fuerza de la necesaria y lo mató accidentalmente. Por tratarse de un intento de robo se le exoneró de todo cargo. Fue la propia Jenny quien me contó esta historia.

—¿Estuvo este hombre con ustedes en la montaña? —preguntó el subdirector de policía.

—No, no vino con nosotros. Él solo acompañó a Jenny al autobús.

—Una vez tuve un caso —recordó Henry— en el que una mujer reconoció a su agresor sexual de cuando era una niña. El susodicho se percató de ello de alguna manera y durante dos meses la acosó y la torturó psicológicamente antes de intentar matarla. Aquella vez existía un móvil concreto, pero en este caso en particular el asesino actúa siguiendo un ritual determinado, solo mata a una persona en días de reunión. ¿Quizá deberíamos esperar otros cinco años? —bromeó tristemente—. El último que quede con vida es el asesino.

—No tenemos cinco años —repuso Ellis—, ni siquiera cinco días. Mientras no se le atrape o no logre dar una explicación convincente de en dónde se ha metido un asesino dentro de un edificio de siete plantas totalmente vigilado por agentes del departamento de policía y de la oficina del sheriff, el péndulo seguirá oscilando sobre mi cabeza.

—El asesino está aquí —dijo Michael convencido—, no se trata del hombre invisible. Hay que investigar a cada persona que está en el edificio. Lo único que hay que hacer es desenmascararlo.

—¿Y no es lo que estamos haciendo ya? —preguntó el subdirector de policía con fastidio.

Miró en dirección a Henry, para que este continuara interrogando a Standford.

—Usted conocía bien a Burke. ¿Qué cree que podría haberle incitado a dirigirse de pronto al tercer piso? ¿Qué pudo haber ocurrido? ¿Sabe por qué lo hizo?

—No lo sé. Lo único que puedo decir es que era un hombre decidido. A lo mejor sospechó de alguien y quiso ir a por él. Era fuerte, orgulloso y seguro de sí mismo. Seguramente pensó que podía detenerlo él mismo.

—Pues, en ese caso, el asesino lo cogió por sorpresa —dijo Henry—, porque de lo contrario Burke no le hubiera dado oportunidad. ¿No dijo nada importante antes de ir al tercer piso?

—No, no dijo nada. Pero estuvo hablando por teléfono. Estaba molesto conmigo por haberle traído a usted a Los Ángeles. Pensaba que su presencia aquí no serviría de mucho. Pero estoy seguro de que él no hubiera dudado en ir tras el asesino de haber sabido quién es, de eso no tengo la menor duda. Por eso rechazaba cualquier tipo de ayuda.

—Ya veo. Gracias. Puede irse. Haga pasar a Lisa Ramírez, por favor —le pidió amablemente Henry.

—De acuerdo. —Standford se levantó para salir, pero antes de hacer esto se volvió y dijo:

—La policía nos ha quitado los móviles. Pero tengo que llamar para avisar de que voy a llegar tarde.

—Creo que algo podemos hacer al respecto —dijo Henry mirando a Ellis—. ¿Verdad?

El subdirector de policía se levantó, abandonó el atril y se acercó a la puerta.

—Smith, puede entregar los teléfonos. Pero solo para que informen de que se van a retrasar y nada más. Pida después que se los devuelvan.

—Gracias —dijo Stanford, y desapareció tras la puerta.

Ellis regresó al atril. Tomó pesadamente asiento en la correspondiente silla.

—Hasta ahora solo ha habido interrogatorios —se quejó—, interrogatorios y conjeturas. ¿Cree que así encontraremos al asesino?

—Estamos intentando establecer la verdad, señor subdirector —contestó Henry con firmeza—, y de esta forma dar con el asesino. Si conoce una forma mejor de hacerlo, le recomiendo que la ponga en práctica lo antes posible. Así no perderemos tiempo.

—Está bien... Perdona la intromisión —musitó Ellis de mala gana—. Pero le juro que si hallamos en la escena del crimen algún patrón de ADN sanguíneo, epitelial o capilar que no se ajuste a los parámetros normales o por contaminación de pruebas, nadie saldrá del edificio, hasta que hayamos cotejado individualmente todas las pruebas halladas en la escena del crimen con todas y cada una de las personas que se hallan aquí, independientemente de si nos lleve semanas o meses comparar los resultados.

—Eso no puede hacerse —objetó Henry con tono contrito—. Para empezar porque es anticonstitucional, y para terminar porque ningún juez, ni ninguna fiscalía en su sano juicio lo permitirían de modo alguno.

—Yo voy a hacer todo lo que esté en mi mano para atrapar al asesino, y no pienso escatimar medios y recursos para conseguirlo —apostilló el subdirector de policía.

Se abrió la puerta y entró en la sala Lisa Ramírez.

10

Nada más verla entrar y detenerse en medio, Henry se puso en pie, la saludó y la instó a acercarse a él.

—Tome asiento, por favor —le dijo—. Tengo que hacerle unas preguntas.

—Dígame, por favor, ¿está muerto de verdad? —preguntó Lisa.

—Sí —respondió Henry con tono condescendiente—, por desgracia lo está.

—Qué horror —sollozó ella, sacando su pañuelo—, aún tenía una mínima esperanza de que no fuera cierto. Es tan difícil de creer. Nelson era muy fuerte y también muy valiente.

—Tengo entendido que era el más fuerte del grupo —comentó Henry.

—Así es. Era un verdadero deportista y ya desde el colegio quería ser abogado. Él y Bernie siempre estaban compitiendo.

—¿Y los demás? ¿Ninguno de ellos probó alguna vez a competir con él?

—Solo Raymond Penn. Era aficionado al atletismo. Pero no estaba a su altura. Bernie y Nelson eran siempre los que daban el tono y nos hacían reír.

—¿Eran buenos amigos? Me refiero a Clackstone y a Burke.

—Sí. Pero después de lo ocurrido en la montaña las cosas cambiaron un poco. Su relación se enfrió, se volvió más distante — Lisa volvió a llorar.

—¿Conocía bien a Rockford?

—Desde luego. Era muy buena persona. Pero tenía un carácter blando, era demasiado sumiso. A veces me daba lástima.

—¿Y a Jennifer Sullivan? —prosiguió Henry.

—Sí, también. Era una chica muy alegre, tenía muy buen sentido del humor. Y siempre nos gastaba alguna que otra broma.

—¿Qué puede decirme de los demás? Me refiero a los cuatro hombres que están en aquella sala. Para abreviar, cuénteme solo lo que estime más importante.

—Clackstone siempre ha sido un adonis. Todas estábamos enamoradas de él. Y los chicos en cambio lo estaban de Jenny. Cuando comenzaron a salir, eran la comidilla de toda la universidad. Pero su relación no llegó a cuajar.

—¿Por qué? —preguntó Henry inmediatamente.

—No lo sé. Creo que Bernie nunca llegó a quererla del todo. Es un hombre incapaz de llegar a sentir algo verdadero. Es un buen tipo, pero en lo que a las relaciones amorosas se refiere, es demasiado egoísta. Hay hombres que solo viven por y para sí mismos. Bernie es uno de estos.

—¿Qué puede decirme de Stanford?

—Pues que es un hombre muy diligente —Lisa esbozó por fin una sonrisa— y un excelente empresario. Lo que más me gusta de él es su sensatez, siempre sabe dar buenos consejos. Y tiene mucha paciencia. Es buena persona, se preocupa por los demás de forma desinteresada.

—¿Cómo se llevaba con Nelson? ¿Su relación era cordial o más bien tirante?

—Ambas cosas. Stanford se lleva bien con todo el mundo, pero Nelson era muy autoritario, tenía que llevar siempre la razón en todo. Era muy meticuloso en su trabajo y con los años se había vuelto bastante quisquilloso. Pero Stanford lo aguantaba sin más, porque sabía que un hombre que se dedica profesionalmente a acusar a los demás no se puede mostrar indulgente así por las buenas, tiene que mantener una imagen de hombre duro en todo momento.

—Quedan dos hombres más. ¿Qué me dice de ellos?

—Son buenos chicos. —Lisa se encogió de hombros.

—Eso no es una descripción —rezongó Henry, inquisitivo, arrimándose a ella—. Tengo que conocer su opinión acerca de cada uno: ¿eran buenos estudiantes, con quién salían, con quién se llevaban mal? Esas cosas.

—Al principio nadie quería hacer migas con Williams. Es el único del grupo que no pasa del metro sesenta. Todos nos reíamos de él cuando pasaba a nuestro lado. Y ninguna chica parecía interesarse en él. Con el único con quien pareció llevarse bien nada más

concernos era Rockford. ¡No sabe cuánto sufrió cuando ocurrió el accidente en la montaña! Ya era totalmente de noche y él seguía insistiendo en que teníamos que ir en busca de nuestro amigo.

—¿Rockford también era pequeño de estatura?

—No —contestó Lisa—, era de estatura mediana. Creo que su acercamiento se debió precisamente a eso. Rockford tenía un carácter bastante blando, por eso quiso ayudar al *pequeño* Williams. Simplemente congeniaron y se hicieron amigos.

—¿Y John Armstrong?

—John es muy suyo —dijo ella—, muy particular. Al principio no quiso entrar a formar parte del grupo, a pesar de que tanto Madeleine como Jenny insistían mucho en ello. Creíamos que un futuro médico siempre podría venirnos bien. También pensamos lo mismo de Williams, pero puestos a elegir nos decantamos más por Armstrong, porque es mucho más alto. Ahora todo esto nos parece una trivialidad, pero entonces no pensábamos igual.

—¿Entonces Williams fue el último en entrar a formar parte de su grupo? —preguntó Landis.

—Sí, fue el último en hacerlo.

—Me ha dicho antes que la fallecida Jennifer Sullivan era muy alegre y bromista. ¿Puede decirme qué tipo de bromas solía gastar?

—Todo tipo de bromas. Nos escondía los libros y los bolígrafos. Era muy imaginativa. A veces copiaba incluso en los exámenes con técnicas que ni ustedes mismos se imaginan.

—Rockford y Clackstone discutieron unas horas antes de ir a escalar la montaña. ¿Sabe por qué lo hicieron?

—Discutieron por Jenny —dijo ella suspirando—, ya le he dicho antes que todos los chicos estaban colados por ella, Rockford incluido. Bernie se reía siempre de todos, los ponía a caldo. Pero aquel día no discutieron fuertemente como dicen algunos, solo intercambiaron un par de frases duras y ahí quedó la cosa. Después hicieron las paces.

—Ahora hábleme un poco de Madeleine Stockwell. ¿Qué sabe de ella que pueda contarme?

—Madeleine proviene del mismo vecindario que Jenny —dijo Lisa con evidente malestar, por el tono que empleó Henry al

formular la pregunta—, por lo que se conocen desde niñas. Es una mujer lista e independiente. Su hijo, Tony, es también ahijado de Jenny. Terminó la carrera de sociología, pero se dedica a la moda, siempre ha sido su pasión. Tiene un marido maravilloso que la colma de atenciones. ¿Qué más puede pedir una mujer? Pero sáquela de su radar, señor Henry, Madeleine es una profesional de éxito que no tiene ninguna necesidad de ponerse a matar gente y arruinar su vida. Ese no es su estilo, ni el de Jenny tampoco. Como tampoco lo es el mío. Yo he sabido abrirme camino en la vida por mí misma, y nadie me ha regalado nada. Por eso tampoco tiene sentido que sospeche de mí. Usted ha dicho que sea lo más puntual posible en mis respuestas. Es lo que estoy haciendo.

—Está bien, Lisa, creo que ya me ha dicho bastante —dijo Henry disculpándose con la mirada—, tenía que hacerle estas preguntas, es la única forma de acercarnos a la verdad y dar con el asesino. Si alguna de mis preguntas le ha parecido inoportuna, le pido disculpas. Gracias por su cooperación. Dígale al señor Williams que entre. Es el siguiente.

Ella asintió con la cabeza y se dirigió hacia la puerta.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó Landis tras marcharse la mujer.

—De todo lo que le he expuesto, lo que más me interesaba era conocer su versión sobre la discusión que mantuvieron Rockford y Clackstone unas horas antes de ocurrir el accidente. Su respuesta difiere un poco de lo que ha contado Standford. Ella niega que hayan llegado a las manos. Pero Standford dice que tuvieron que separarlos entre Burke y él. Qué lástima que ya no podamos conocer la versión de Burke.

En ese momento entró Williams. Tenía la cabeza y el rostro completamente sudados y se había quitado la chaqueta y la corbata. Llevaba los dos botones superiores de la camisa desabrochados. Aunque su aspecto no es que hubiera empeorado mucho que digamos.

«Lo que daría yo por no tener esa pinta», pensó Henry.

Williams estaba muy nervioso.

—Buenas noches —dijo con vacilación a los presentes.

—Siéntese, por favor —le ordenó Ellis seriamente desde el atril, indicando con el dedo el lugar que debía ocupar. Prefirió tomar la iniciativa porque se dio cuenta de que no se trataba de un tipo como Clackstone o Standford, que no tenían ningún respeto por la autoridad. Este tenía miedo de cualquier policía uniformado. Williams era uno de aquellos hombres que cumplían ciegamente con la ley y la autoridad. O al menos daba esa impresión.

El hombre tomó asiento en el sitio que se le había indicado. Era el mismo lugar que habían ocupado Lisa y Standford.

El subdirector de policía comenzó por tutearle. Era una forma de ejercer presión desde el principio.

—¿Conocías a Burke? —preguntó.

—Éramos compañeros de universidad —contestó este.

—Eso ya lo sé —dijo Ellis frunciendo el ceño—, lo que pregunto es si lo conocías bien.

—Lo conocía de años atrás —sintió que esa respuesta había hecho irritar al subdirector de policía, así que hizo un intento por enmendarlo—. Sí, lo conocía bien —agregó finalmente.

—Ahora sabemos que en un principio les costó un poco aceptarte como miembro del grupo. ¿Era debido a tu estatura, por ser más bajo que los demás? ¿Puedes decirnos cuál fue la razón?

—¿Les han dicho eso? Pues no tenía ni idea —Williams se llevó la mano al pecho—. Pero sí que es cierto que al principio me costó un poco entablar amistad con ellos.

—¿Con quién trabó amistad primero, lo hizo con Armstrong? —preguntó Henry de improviso. Nunca tuteaba a los desconocidos, aunque ellos se lo permitieran.

—Me hice amigo de todos. —Williams se volvió hacia él. Aquel desconocido le desconcertaba. Por un lado, participaba en el interrogatorio haciendo preguntas directas, y por otro, se mostraba

cortés en el tratamiento, le hablaba de «usted», contrariamente a como había hecho el subdirector de policía. Lo único que sabía de él es que era un experto en análisis de información que Paul se había traído de Nueva York. Evidentemente, no parecía tener la misma autoridad que el subdirector de policía, pero no debía bajar la guardia, por si las moscas.

—Pues me acaban de decir que usted tenía al principio más relación con Rockford John que con cualquiera de los demás. ¿Es cierto eso? —quiso averiguar Henry.

—Sí, sí, al principio solo me hice amigo de Rockford —respondió Williams inmediatamente para no caer en una contradicción.

—¿Y quién fue el siguiente en trabar amistad con usted? ¿O lo hicieron todos a la vez?

—Como ya he dicho, al principio trabé amistad con Rockford. Pasados dos o tres meses, Armstrong empezó a dirigirme la palabra. Luego, poco a poco, también lo hicieron Burke, Standford y Clackstone. Y más tarde las chicas.

—Una amistad que se fue materializando paulatinamente —comentó Henry—. Supongo que se sintió muy feliz cuando le hablaron por primera vez las chicas, especialmente Jenny.

El subdirector de policía miró a Henry perplejo. No entendía el porqué de todo aquello. Landis se rio. Solo él conocía la intrincada forma de pensar de su amigo.

—¿Quién crees tú que pudo haber matado a Burke? —intervino Ellis seguidamente para no perder la iniciativa—. ¿Quién, según tú, pudo haberlo hecho?

—Ninguno de nosotros pudo haberlo matado —dijo Williams rápidamente—, todos le queríamos y respetábamos. Siempre fue justo y leal con todos.

—¿Alguna vez le pidió ayuda? —preguntó Henry. Williams le lanzó la misma mirada con la que el subdirector de policía lo había escrutado hacía unos momentos—. Quiero decir... ¿acudió a usted alguna vez en busca de consejo profesional?

—No, nunca.

—¿Está seguro?

—Bueno, quizá lo hiciera en una ocasión —respondió Williams, con voz cada vez más insegura.

—¿Podría decirnos por qué? —insistió Henry.

Esta pregunta hizo temblar a Williams.

—Lo siento, pero el secreto profesional me impide responder a esa pregunta. —Evidentemente quería eludir la respuesta a toda costa—. ¿Usted entiende eso, verdad?

—Sí, lo entiendo —remarcó Henry—, pero dadas las circunstancias esa cuestión ya no es relevante, pero en cambio su respuesta sí que lo es. Conteste a la pregunta. —Henry miró al subdirector de policía para reforzar su petición. Este no tuvo más remedio que asentir con la cabeza.

Williams se había quedado sin respuesta. Tras unos segundos de vacilante cavilación dijo:

—Burke sufría un trastorno paranoide de la personalidad.

—¿En qué consistía exactamente ese trastorno? Sea más preciso, por favor —le pidió Henry.

—Sufría de una psicosis paranoide.

—¿Requería de algún tipo de medicación para su enfermedad?

—Sí —aclaró Williams—, necesitaba tomar una medicación específica.

—¿De forma crónica?

—Correcto.

—¿Alguien más del grupo sabe de su trastorno? —continuó Henry.

—No, claro que no. Un psiquiatra no debe revelar nunca un secreto profesional, al igual que un abogado, o un sacerdote el secreto de confesión. Hoy ha sido la primera vez que me he visto obligado a romper esta regla.

—Dígame, ¿una psicosis paranoide podría obligar a alguien, en determinadas condiciones, a hacer algo que en circunstancias normales no haría? —inquirió Henry, subiendo el tono del interrogatorio.

—Si lo que insinúa es que oía voces o tenía alucinaciones, puedo decirle que sí, en ocasiones las tenía. Pero el síntoma que más predominaba en él era el delirio. Precisamente ese era el

motivo de la consulta. Desde la adolescencia lo habían tratado al menos cuatro facultativos. Yo era el quinto. Pero si se refiere a si podría llegar a matar, puedo decirle rotundamente que no. Por lo general las personas que sufren trastorno delirante y que tienen tendencias asesinas son fácilmente diagnosticables, y el historial de Burke y mi propio examen del paciente excluyen esta posibilidad. — Williams no paraba de mirar alrededor. Estaba cada vez más nervioso.

Landis notó un cambio repentino en Williams, pero no entendía a qué se debía. Henry, por su parte, al ver que había dado con algo importante, decidió continuar por ese lado.

—Resulta extraño que no haya hablado de este tema con la policía hasta ahora. Sobre todo tratándose de casos de asesinato — aseveró Henry endureciendo el tono—. ¿Está seguro de que nadie más, aparte de usted y la familia del fallecido, lo sabe?

Williams volvió a mirar alrededor nervioso, con el rabillo del ojo. Hasta el subdirector de policía se dio cuenta de ello.

—Si alguien más lo supiera... no sería por mí precisamente... — dijo divagando.

—¿Quién más lo sabe? —terció de pronto el subdirector de policía.

—Nadie más. Por mi parte nadie más, se lo juro.

Ahora Williams temblaba de la cabeza a los pies. Henry se levantó, se acercó y apoyó sus manos en los hombros del médico psiquiatra.

—¡No! —gritó Williams alarmado, creyendo que estaba a punto de ser arrestado—. ¡Yo no lo maté, se lo juro! ¡No fui yo. Era paciente mío, amigo y compañero de universidad!... —rompió a llorar desconsoladamente—. ¡Créanme, no fui yo!

Henry apartó las manos de los hombros de Williams y se hizo a un lado. El subdirector de policía no entendía bien qué estaba pasando.

Ellis llamó a Henry a un aparte, para poder hablar en privado. Le habló al oído.

—¿Cómo sabía usted que Burke era paciente de Williams?

—No lo sabía, lo he deducido por mera casualidad —dijo Henry inclinándose sobre la oreja del subdirector de policía—. Al ver que estaba tan nervioso sin motivo aparente, decidí seguir en esa dirección. Pero esto no resuelve absolutamente nada. Aunque siempre es mejor una nada a secas que una nada absoluta. Al menos tenemos algo nuevo. Y eso ya es algo.

—¡Yo no fui! —repitió Williams, cabizbajo, todavía llorando.

Henry regresó a su sitio.

—¿Dónde estaba usted en el momento del crimen? —preguntó él.

—Estaba aquí, en esta misma sala.

—¿Vio a alguno de sus compañeros abandonar la sala antes de apagarse las luces?

—Sí —respondió Williams, intentando recordar—, nada más irse Burke, vi que Jenny Ferguson iba tras él. O eso me pareció. No estoy seguro.

Henry intercambió una mirada con Ellis.

—¿Vio a alguien más salir de la sala? —insistió Henry.

—No, no vi a nadie más.

—Está bien —dijo Henry—, no tengo más preguntas.

—¿Quién pudo haberlo hecho? —preguntó el subdirector de policía—, ¿qué piensas tú? Queremos tu opinión.

—No lo sé, la verdad —Williams volvió a agitarse—, pero no creo que hayamos sido ninguno de nosotros. Todos pasamos el detector de mentiras.

—Cuando te sometiste al polígrafo —le recordó el subdirector de policía— fuiste tú precisamente quien estaba más nervioso. Me parece que ocultas algo. Vamos a tener que someterte de nuevo a él.

—Ya me he sometido a él —protestó el psiquiatra—. No pienso hacerlo de nuevo. Yo no oculto absolutamente nada. Que yo sepa, guardar un secreto profesional no es ningún delito.

—¿Y entonces por qué estabas tan nervioso? —preguntó Ellis, esta vez con aire burlón—. Bueno, está bien. Puedes irte. Pero no se te ocurra hablar de nada de lo que se ha dicho aquí.

—Haga el favor de hacer entrar a Jenny Ferguson —le dijo Henry antes de que Williams se dispusiera a salir.

Cuando el psiquiatra se hubo marchado, Landis comentó:

—Para ser psiquiatra es demasiado nervioso. Yo en su lugar me tomaría un año sabático, me sometería a una cura de estrés. Si sigue así, va a acabar más loco que sus pacientes.

—Ahora entiendo a qué se refería Standford cuando dijo que a este tío se le va un poco la olla. Tiene el sistema nervioso hecho polvo. Y esperemos, por su bien y por el del grupo, que solo sea eso.

—¿Se puede? —preguntó en esto Jenny Ferguson, que ya había entrado en la sala. Henry se volvió hacia ella y Landis y Ellis, se levantaron de sus asientos en un movimiento espontáneo nada más verla.

—Desde luego —dijo el subdirector de policía—. Tome asiento, por favor.

La mujer se acercó al sitio que le había señalado Ellis. Se sentó y esbozó una sonrisa. Sabía que siempre causaba una gran impresión en los hombres.

—¿Conocía bien al muerto? —comenzó Henry sin andarse con rodeos.

Jenny se puso rígida al instante. Estaba acostumbrada a que los hombres la agasajen, pero este tipo había ido directamente al grano dejando a un lado los formalismos. ¿No le había causado la más mínima impresión, o quizá tuviera prisa por despacharla? Prefirió pensar en esta segunda posibilidad.

—Le conocía muy bien. Con decirle que éramos compañeros de clase ya en el instituto...

—Tengo entendido que también lo era de Clackstone. ¿Qué tipo de relación tenía con él?

—Veo que ya le han hablado mal de mí —dijo ella, con voz de tono un tanto defraudado—. Las demás chicas siempre me han envidiado, no les caía bien. Por eso empezaron a difundir todo tipo de rumores, la mayoría falsos. Si lo que pregunta es si he llegado a tener una relación íntima con Clackstone, piense lo que quiera, eso pertenece a mi vida privada. ¿Qué más quiere que le diga?

—Nada más. Me interesa más su relación con el fallecido Burke.
¿Sabe si tenía enemigos?

—¿Sabe de alguien del ministerio público que no los tenga? —
dijo ella con una sonrisa burlona—. Supongo que los tenía.

—Usted no se muerde la lengua, ¿eh? —señaló Henry.

—Soy como soy, qué le voy a hacer.

—Nos han dicho que hace cinco años, antes de subir a la
montaña, Bernie Clackstone y Rockford John discutieron por usted.
¿Es cierto?

—Vaya, qué habladora es la gente. Hasta eso les han dicho.
Supongo que algo de cierto debe haber en ello, ¿no cree?

—¿Es cierto o no?

—Sí, es cierto. Discutieron realmente, por llamarlo de alguna
manera. Pero si le soy sincera, no creo que Rockford iniciara la
discusión, era un hombre pasivo y bastante triste, ¿sabe? Una vez
fuimos todos a un baile de disfraces y yo lo reconocí nada más
verlo. Por sus ojos. Tenía unos ojos muy tristes. En cambio
Clackstone...

—¿Unos ojos alegres, quizá?

—En absoluto. Lo que él tiene es una mirada intensa. Así como
usted —se lo quedó mirando fijamente a los ojos—. Cuando miras a
un hombre directamente a los ojos, sabes si es un lobo o un
cordero. La mayoría suelen ser corderos, pero algunos se visten con
su piel.

—Entiendo lo que quiere decir —manifestó Henry—, pero lo que
no alcanzo a comprender es que critique a los hombres por su
mirada. Yo creo que es bueno que un hombre sea perspicaz.

—No estoy de acuerdo. —Ahora se observaban fijamente el uno
al otro. Ella le sostuvo la mirada—. Este tipo de hombres suelen
acabar solos —dijo ella—, pocas mujeres poseen la suficiente
entereza para soportarlos. Ni ellos tampoco las necesitan. Son
hombres autosuficientes. Pero en Bernie esa autarquía es
demasiado exagerada, se cree el más guapo y el más listo. En su
caso, señor Henry, ese poder es producto, por lo que veo, de la
percepción que tiene de su propia fuerza interior. ¿Verdad que no
está casado?

Henry desvió la mirada. Miró a Michael. Este reprimió la risa.

—Estoy casado —dijo de pronto él con gran satisfacción— y esperamos un hijo.

—Ah, vale, entonces usted es una excepción a la regla —concluyó ella.

—Díganos, Jenny, ¿dónde estaba usted en el momento de ocurrir el crimen? —terció el subdirector de policía, al decidir que ya iba siendo hora de intervenir.

—Estaba volviendo a la sala de conferencias. En ese momento me acompañaban tres agentes de policía. Pensé incluso que tenía toda una escolta a mi servicio. Me perdí cuando se fue la luz, pero por suerte encontré a esos *chicarrones* allí mismo. Más tarde se me informó de la muerte de Nelson.

—¿Está casada? —preguntó Ellis.

—¿Tiene esto algo que ver con la muerte de Nelson? —adujo ella—. No, tengo un hijo y estoy divorciada.

—¿A qué se dedica su exmarido? —Ellis se levantó y se acercó a ella, como reclamando para sí a esa bella mujer.

—Regenta una galería de arte en Hollywood Boulevard. Es marchante de arte.

—¿Y dónde trabaja usted?

—Ayer renuncié a mi trabajo en la galería de arte. Quiero disponer de más tiempo para estar con mi hijo. Antes de divorciarme también trabajaba en la galería de mi exmarido.

—¿Qué estudios tiene usted?

—Soy licenciada en historia del arte.

—¿Piensa volver a trabajar pronto? Se lo digo porque podría contratar a una niñera para que se encargara del niño.

—No —dijo ella esbozando una sonrisa dulce—, ya tengo una niñera. Pero de momento prefiero descansar. Cuando me decida, volveré a buscar trabajo.

—¿Sigue en contacto con su exmarido? —preguntó Henry, al ver que el subdirector de policía no se decidía a formular la siguiente pregunta.

—No. Nos divorciamos hace seis años. Fue un error casarme con él. El pequeño Mickey es lo único bueno que saqué de aquella

relación. ¿Qué más quiere saber?

—Standford dice que recuerda haber visto a su exmarido hablando con usted antes de subir a la montaña. ¿Recuerda de qué hablaron?

—Sí, fue la última vez que nos vimos. Pretendía que volviera con él, arreglar nuestra situación. Pero le dije que ya era tarde, que nuestro matrimonio se había terminado. Eso es todo lo que recuerdo ahora.

—¿Su hijo vive con usted?

—Sí, vive conmigo. Ya he dicho antes que he renunciado a mi trabajo precisamente para ocuparme de él.

—Perdón por lo que voy a decir, pero tengo que preguntarlo: ¿alguna vez tuvo usted relaciones íntimas con Burke?

Ella le miró a los ojos. Algo le impidió indignarse o salir con alguna pulla esta vez.

—¿Tengo que contestar a esa pregunta?

—Sería prudente que lo hiciera —insistió Henry.

—Como veo que intenta desnudar al menos mi alma, se lo voy a decir —apuntilló soltando un suspiro—, pero no se lo cuente a su viuda. Será mejor que siga pensando que su marido le era fiel: Nelson no era ningún ángel. Y yo tampoco. ¿Le basta con eso? ¿O necesita más detalles?

—No, gracias. ¿Y qué me dice de Clackstone?

—¿Que qué le digo de Clackstone? Puede seguir haciéndose el tonto conmigo si quiere. ¿O es que acaso cree que no nos dimos cuenta ayer en el restaurante de que estaban vigilándonos? Ya saben dónde estuve anoche.

—Estaba con Clackstone —dijo Henry.

—Eso mismo. Somos tan viejos y tan buenos amigos, que se podría decir que estamos casados.

—¿Hace tiempo que mantienen relaciones?

—Antes de que estuviéramos casados. Aunque nunca engañé a mi marido durante el tiempo que estuvimos juntos. Pensé que tras mi matrimonio sería feliz. Pero me equivoqué. Será que no tengo suerte en el amor. Pero si quiere puede verlo de esta manera: fue a Bernie a quien traicioné con mi exmarido. Bernie fue mi primer amor,

y yo (quiero creer) el suyo. Ya en el instituto nos veíamos a escondidas. Pero fue en la universidad donde por fin formalizamos nuestro noviazgo. Rompimos al año siguiente. Yo me vengué de él casándome con otro hombre. Lo hice por despecho, aunque luego me arrepintiera. Por eso no quiero que vuelva a hablar de mi relación con Bernie. Él tampoco es un santo que digamos. Pero estoy convencida de que el asesino no es nadie de nuestro grupo. Sea quien sea, no forma parte del grupo. No, debe tratarse de alguien que quiere que pensemos eso precisamente. Ninguno de nosotros es capaz de llegar a tanto.

Michael palmeó el hombro de Henry para que lo dejara intervenir.

—Señorita Ferguson —dijo Landis—, ¿y si el asesino fuera alguien de su entorno?

—¿Por qué lo dice? —preguntó ella volviéndose hacia él. Escudriñó a Michael con la mirada. Le pareció un hombre interesante, ahora que lo veía más detenidamente.

—Usted acaba de decir que ninguno de ustedes es capaz de llegar a tanto. ¿Y si el asesino fuera alguien cercano a usted del que ni siquiera sospecha? ¿Alguien que quiera separarla de los demás, como bien ha dicho antes? Alguien que sepa que usted mantuvo relaciones no solo con Clackstone, o que no lo sepa con certeza pero le enfurezca pensar que pudiera ser así. Un hombre creativo en planificar y ejecutar crímenes, alguien que usted haya rechazado y al que nunca haya querido realmente. Alguien a quien no desea volver a ver. Entonces este alguien pierde la cabeza, coge un cuchillo y empieza a matar a sus excompañeros de universidad. ¿Qué piensa de ello?

—¿Está insinuando que mi exmarido puede tener que ver con todo esto? —dijo ella como petrificada; luego meneó la cabeza enérgicamente:

—No, es imposible. Él no sería capaz de algo así. Para eso hay que tener fuerza, valor, mala saña y mucha sangre fría. Mi exmarido carece de esas cosas, es una mosquita muerta.

—Quizá después de divorciarse de usted haya desarrollado esos rasgos y habilidades. Por lo que tengo entendido, hace cinco años

que no le ve —insistió Michael—, bien pudo haberse disfrazado y cometer estos crímenes.

—Sí, bueno, podría haberse disfrazado perfectamente —dijo ella dudando—, eso lo puede hacer cualquiera, ¿pero qué razones tendría para matar a Jennifer Sullivan? Ahí su acusación no se sostiene por ningún lado. No, mi exmarido no sería capaz de ello.

—¿Quizá también tuviera celos de ella? —prosiguió Landis.

—¿De una mujer? No me haga reír. No creo que piense que me he rebajado a tanto.

—¿Pero no es cierto que su exmarido mató una vez a un hombre? —Landis lanzó por fin la bomba.

—¿Así que es eso lo que tanto le interesa? —Jenny le miró con ojos incrédulos—. Ya decía yo. Pues podría habérmelo preguntado desde un principio, nos habiéramos ahorrado toda esta cháchara inútil —remató ella—. Pues sí, es cierto, mató a un hombre. Pero lo hizo en legítima defensa y con todas las de la ley. De no haberlo hecho, ahora mismo estaría hablando con una viuda, porque aunque me haya divorciado de mi marido, cuando una es viuda, lo es para toda la vida. Sobre todo si no vuelve a casarse.

Landis cerró la boca. Se quedó mirando a Henry y al subdirector de policía. Ya no tenía nada más que preguntar.

—Muchas gracias, señorita Ferguson —dijo de prisa Ellis.

Jenny se levantó. Henry lo hizo a continuación y se acercó a ella de improviso.

—Hasta el momento nos ha hablado de Clackstone y Burke, pero no ha dicho nada de Rockford John, el tercero en discordia, porque de lo contrario, ¿por qué tenía que discutir con Clackstone aquel día? Dígame, ¿también intimó con él? Sea sincera, por favor.

—¿Desea saber si soy un putón verbenero? —contestó ella, socarrona—. Pues sí, me acosté un par veces con él. La última fue por compasión, la noche anterior a su absurda muerte. Tenía el presentimiento de que aquella sería la última vez.

—Que le vaya bien. —Henry le dio la espalda.

Cuando Jennifer Ferguson salió de la sala, dijo el subdirector de policía:

—Quedan dos sospechosos más por interrogar: Madeleine Stockwell y John Armstrong. Uno de ellos es médico.

—Sí, lo es —asintió Henry—, por lo que supuestamente sabe cómo degollar a alguien. Empecemos por él.

12

Armstrong entró en la sala compungido. Había tenido que aguardar su turno más de lo esperado y durante ese tiempo había visto salir de la sala de conferencias a una Lisa Ramírez con la voz ahogada por el llanto, a una desencajada Jenny Ferguson, a un asustado Jerry Williams, a un desolado Paul Standford y a un melancólico Bernie Clackstone. De modo que entró en la sala preparado para lo que fuera.

—¿Conocía bien a Burke? —Empezó con la ensayada tanda de preguntas el subdirector de policía. Se levantó de su sitio para estirar las piernas, pues empezaba a sentir que se le dormían. Henry, por el contrario, se acercó a su asiento y volvió a sentarse en él, poniendo la máxima atención a las posibles respuestas del recién llegado.

—Por supuesto que le conocía. Éramos compañeros de universidad.

—¿Eran amigos?

—No en el sentido estricto de la palabra —respondió él—, soy consciente de que tengo que decir la verdad aunque suene fea, porque se trata de un interrogatorio, por eso le digo que solo éramos compañeros de universidad, pero no de facultad. Él tenía su círculo de amigos y yo el mío.

—¿Qué significa eso de que usted tenía «el suyo»? —saltó Ellis de repente—. ¿A qué se refiere? Sea más concreto, por favor.

—Creo que puede adivinarlo. Él era ayudante del fiscal, y yo un simple médico de cabecera. La gente que ostenta cargos importantes no suele relacionarse con personas de, aparentemente, distinto rango profesional. Es evidente que nos veíamos en las reuniones, nos saludábamos y fingíamos mostrar interés por nuestra vida profesional y familiar, pero eso era todo. Nelson Burke era un hombre tan encumbrado, que apenas tenía tiempo para quedar y charlar con antiguos compañeros de universidad.

—Pues parece que Jerry Williams lo veía con frecuencia —se entrometió Henry para ponderar su respuesta.

—Sería porque compartían intereses en común, supongo —dijo Armstrong un poco absorto en sus pensamientos—, ya he dicho que se relacionaba con gente que él consideraba importante. Y parece que Williams lo era. Qué lastima que haya sido asesinado. No se merecía un final así. Era un buen fiscal. A diferencia de otros fiscales, él era menos parcial a la hora de mantener una acusación en un juicio. Siempre estaba abierto a no entorpecer los pasos de la defensa, si lo creía justo. Es una lástima que haya terminado de esta manera.

—¿Quién cree usted que pudo haberlo matado? —preguntó el subdirector de policía—. Usted los conoce a todos. ¿Quién ha podido ser?

—No tengo ni idea. No creo que haya sido nadie del grupo. Pero al fin y al cabo, su trabajo es averiguarlo, ¿no?

—¿Quiere decir que debemos sospechar de cada uno de ustedes?

—Por supuesto que no. Lo que quiero decir es que cada cual es responsable de sus actos. Sea quien sea el asesino, esté donde esté, tendrá que pagar por sus crímenes. A eso me refiero.

Henry sonrió. Aquel médico estaba empezando a caerle mejor.

—¿Se hallaba usted en la sala de conferencias cuando se fue la luz? —preguntó Henry.

—Sí, estaba aquí. Pero la abandoné tan pronto volvió la luz. No entiendo cómo pudo haber ocurrido. Nelson era muy fuerte y además maestro de artes marciales. Da que pensar. Puede que el asesino sea también un experto en artes marciales.

—¿Entonces cree que el asesino es también una persona muy fuerte? —quiso matizar el subdirector de policía—. ¿Está seguro?

—No podría asegurarlo. No sé cómo sucedieron los hechos.

—Fue degollado —le informó Ellis—. El asesino arrastró su cuerpo hasta el servicio de caballeros. Todos los indicios apuntan a que lo sorprendió por detrás, y Burke no pudo reaccionar.

—Siendo así, pudo haberlo hecho cualquiera —opinó Armstrong.

—¿Cree usted que el asesino se salpicó de sangre al degollar a su víctima? —preguntó Henry.

—Depende sobre todo de en qué posición estuviera este. Si lo sorprendió por detrás, como ha dicho el subdirector de policía, lo veo bastante difícil. Un matarife experimentado podría hacerlo sin llegar a mancharse las manos, no hay que ser estrictamente médico para eso. Pero veo que su pregunta viene provista de una doble intención. ¿Cree que no me he dado cuenta? Yo soy médico, señor Henry, y no un carnicero.

—Dígame, ¿quién podría odiar tanto a Burke como para degollarlo? —continuó Henry.

—Eso no lo sé. Lo que sí sé es que ninguno teníamos motivos para hacerlo. Siempre se llevó bien con cada uno de nosotros.

—Bueno, eso es lo que usted dice —señaló Henry—, pero a mí no me lo parece. Creo que alguno de ustedes sentía una especial aversión hacia él. Y todavía hay algo más que no acabo de entender del todo. ¿Por qué tenía el asesino que matar primero a Rockford John? ¿Por qué la tomó primero con él, luego con Penn y más tarde con Sullivan? ¿Y ahora precisamente con Burke? ¿Por qué? Suponer por un momento que escoge a sus víctimas al azar, es difícil de creer. Aunque, según han contado la mayoría de ustedes, Rockford John se llevaba bien con todo el mundo, no tenía enemigos. ¿Pero por qué entonces el asesino fue primero contra él?

—Yo creo que más bien fue un accidente —dijo Armstrong haciendo memoria—. Aquel día estaba muy nervioso, no teníamos que haber dejado que viniese con nosotros. Unas horas antes había discutido con Clackstone. Más exactamente, Bernie provocó la discusión. Nelson y Paul intervinieron y les dijeron que parasen. Fue entonces cuando Raymond sacó a colación lo ocurrido unos años antes.

—¿Lo ocurrido unos años antes? —preguntó Henry, intrigado—. ¿A qué se refiere?

—Hace nueve años, al año siguiente de graduarnos, nos reunimos los seis y nos fuimos de copas. Raymond Penn escogió el sitio. Pero resultó ser un bar de gays, y esto sorprendió de muy mala manera a Jerry porque, aunque intente ocultarlo por todos los

medios, en el fondo es bastante homófobo. Así que abandonó el local muy enfadado, en cuanto se le acercó un chico que se fijó en él nada más entrar. Luego Raymond dijo que solo había sido una broma, que no lo había hecho con mala intención. Por alguna razón a Rockford tampoco le sentó muy bien la broma, y también abandonó el local.

—¿Quiere decir que Raymond Penn se estaba burlando de Williams porque en realidad lo consideraba homosexual? —se apresuró a decir el subdirector de policía—. Williams ha ocultado este importante dato.

—¿Y qué quería usted, que lo andara pregonando a los cuatro vientos? —preguntó Armstrong—. Yo tampoco tenía que habérselo contado a ustedes. Lo he hecho porque ha salido el tema de la discusión entre Bernie y Rockford. No entiendo por qué está pasando esto. Por qué han tenido que morir Rockford, Raymond, Jennifer y ahora Nelson. No lo entiendo.

—Muy bien —dijo el subdirector de policía—, ¿no tiene nada más que agregar?

—No, si no tienen más preguntas.

—Yo tengo una pregunta —dijo Michael—, pues el señor Armstrong no nos ha dicho qué relación tiene con Jenny Ferguson. Y tampoco nos ha hablado de su relación con cada uno de los fallecidos, exceptuando a Burke.

—Jenny siempre me ha gustado mucho —dijo Armstrong sin rodeos—, pero ella nunca me ha hecho el menor caso. Con Burke y Clackstone ha sido diferente. Pero no estoy enfadado por eso. Ellos siempre han destacado por su físico. Es una lástima que Jenny sea tan superficial. De otro modo, quizá se hubiera fijado en mí. ¿Cuál era la segunda pregunta? ¿Cómo me llevaba con los fallecidos? Tuve amistad con Rockford hasta que se mudó a San Francisco y dejamos de vernos. Con Raymond mantuve una breve amistad, pues estuvo fuera del país y no lo volvimos a ver hasta su regreso. Se afincó en Chicago, así que solo nos veíamos en las reuniones. Con la única con la que no tenía una relación cordial era con Jennifer Sullivan.

—¿Por qué? —continuó Landis.

—No sé por qué, pero nunca me cayó bien esa chica. Era mala persona. Y muy vengativa. Sé que no está bien hablar mal de los muertos, pero usted ha preguntado. ¿Puedo irme ya?

—Sí —autorizó el subdirector de policía, y cuando Armstrong salió de la sala, le dijo a Henry, acalorado—: «¡Ya está, tenemos al asesino! Estoy completamente seguro de que es Jerry Williams. Qué miserable. De qué forma nos ha tomado el pelo. No ha tenido el menor reparo en denigrar al muerto, en decir que lo estaba tratando de una enfermedad mental. Pero lo que no ha dicho es lo que ocurrió en el bar. Tenía motivos para no hacerlo. Ahora todo concuerda. Seguro que primero decidió quitar de en medio a Rockford para desviar la atención, para que nadie sospechara de él. Luego se desquitó con quien le había ofendido de verdad, Raymond Penn. Los otros crímenes los ha cometido por pura inercia, para despejar del todo cualquier duda de sospecha. Su objetivo ha sido siempre Penn. Ahora solo tenemos que encontrar las pruebas y hacer que confiese. No va a resultar difícil, porque se siente seguro, piensa que nos ha engañado».

—No creo que los tiros vayan por ahí —sostuvo Henry—, porque hasta al mismo Armstrong le ha costado hablar del incidente del bar, como seguro que también a cualquiera de los demás. Por lo que concierne a Burke, no creo que Williams lo haya denigrado. Recuerde que no quería desvelar el secreto profesional. Si lo ha hecho ha sido porque lo hemos coaccionado. Pero legalmente no estaba obligado a darnos esa información.

—Pues eso lo delata precisamente —arrojó el subdirector de policía de sí a Henry—. Porque, llegado el caso, estaría dispuesto a darnos esa información. Yo creo que Williams es el asesino. Es bajito y acomplejado. Se trata de él, sin lugar a dudas —prosiguió Ellis con obcecación—. Usted es libre de pensar lo que quiera, pero yo creo que ahora mismo, tal como están las cosas, Williams es el principal sospechoso.

—Si es como usted piensa, ¿dónde está la pistola que supuestamente sustrajo a Burke? ¿Y qué hay del cuchillo?

—Los ha escondido —dijo seguro de ello el subdirector de policía—, tenemos que encontrarlos cuanto antes. Puede que lleven

sus huellas.

—Ojalá los encuentren —convino Henry—. Ahora solo queda interrogar a Madeleine Stockwell y podremos analizar toda la información obtenida. Aunque temo que el asunto va a resultar más complicado de lo que imaginé en un principio. Es posible que la investigación no dé los resultados esperados.

—¿Puedes decirnos de quién sospechas realmente? —preguntó Landis.

—No estoy seguro. —Henry evitó responder.

Smith entró en ese momento en la sala.

—Tienen que ir al servicio —dijo él.

—¿Todos? ¿Al mismo tiempo? —preguntó Ellis.

—Sí. Tanto hombres como mujeres. Ha sido Clackstone quien ha pedido permiso en nombre de todos.

—Está bien. Líévenlos al baño de este mismo piso. Primero las mujeres y luego los hombres. Quiero que los escolten en todo momento, especialmente a Williams. No lo pierdan de vista, ¿entendido, Smith? Ahora mismo es el principal sospechoso. Serás el responsable si algo sucede. Coge a cuatro agentes y escudriñad todos los rincones del servicio de la tercera planta, puede que el asesino haya escondido allí la pistola y el cuchillo.

—¿Quiere que busquemos también en las cañerías del inodoro? —preguntó Smith con tono desapacible.

—Si es necesario, sacad la mierda con vuestras propias manos —berreó el subdirector de policía— hasta que aparezcan el arma y el cuchillo. Y no quiero ninguna clase de objeción, ¿entendido? Me importa un pito que la escena del crimen esté precintada, ahora mismo la prioridad es encontrar la pistola y el cuchillo.

—Que Madeleine Stockwell sea la primera en ir al baño —sugirió Henry.

—¿Y qué hacemos con la gente retenida? Están en la sala de juntas del tercer piso. Son sesenta personas. Lo digo porque también algunas de ellas necesitarán ir al baño.

—Que aguanten un poco más —resolvió Ellis—. Puede retirarse, Smith.

—¿Qué tiene pensado hacer con esa gente? —preguntó Henry.

—De momento, nada.

—Tiene que dejarlos marchar —le aconsejó Henry.

—¿Pero qué dice? ¿Se ha vuelto loco? —dijo el subdirector de policía muy irritado—. ¿Y si uno de ellos es el asesino?

—Son sesenta personas —indicó Henry—, ¿piensa interrogar a todas? Traiga mejor a una agente.

—¿Qué agente? —farfulló Ellis sin comprender.

—Haga venir a una agente de la comisaría —prosiguió Henry—, por si el asesino resulta ser una mujer. Porque de lo contrario, sus hombres no podrán cachearla como es debido. O puede que el asesino sea un hombre y tenga a una mujer por cómplice. También podría darse el caso. Llame a una agente de policía y empiece a registrarlos a todos. Así terminaremos antes.

—¡Solo nos faltaba eso! —se quejó el subdirector de policía—, sesenta potenciales testigos que van a ir pregonando la muerte de Burke por todas partes. ¿Sabe lo que me está pidiendo?

—Si toda esa gente tarda mucho más en regresar a su casa, el escándalo será aún mayor. La mayoría son estudiantes. ¿Qué pensarán sus padres cuando no se presenten a la hora prevista? Lo más probable es que opten por venir aquí. Y si después se enteran de que ha habido un asesinato y que no se deja salir a nadie del edificio, le aseguro que servirá de base para una demanda y no podrá escapar del acoso de la prensa. Y su puesto en el departamento será lo que menos le importe ya: se le podrá acusar de un delito de abuso de autoridad. ¿Es eso lo que quiere?

—¡Pues a la porra con todos —exclamó a regañadientes el subdirector de policía—, a volar, pajaritos! Y no creo necesario llamar a una agente, hay dos técnicos del laboratorio forense que son mujeres. Cualquiera de ellas puede encargarse de registrar a las sospechosas, si no ambas. ¿Espero que no insista en que deje marchar también a los que resultan más sospechosos?

—No lo haré. Pero no les ponga las esposas, no sería correcto. Hágalos bajar después que a los demás y de forma ordenada. Y que el resto de sus agentes siga vigilando cada pasillo y cada rincón del edificio.

—De acuerdo —dijo Ellis—, me parece buena idea. ¡Smith! —gritó tras alejarse y abrir la puerta de la sala—. ¡Venga aquí, tengo que darle nuevas instrucciones! —Y salió de allí.

—¿Tienes ya alguna idea? —preguntó Landis.

—Creo que sí —Henry se acercó a una ventana que daba a un patio interior. Estaba oscuro y no se veía nada.

—Hasta ahora solo hemos estado conjeturando quién puede ser el asesino —dijo Henry abstraído—. Creo que hay que cambiar un poco de punto de vista, estudiar el asunto desde otra perspectiva. Puede que entonces todo empiece a cobrar sentido.

—¿A qué te refieres?

—Después te lo explico. De momento es solo un punto de vista, necesito comprobar un par de cosas antes.

—¡Lo tenemos! —De repente se oyeron gritos en el pasillo, seguidos de una ruidosa trápala y algunas exclamaciones de júbilo.

—¡Ya lo tienen! —gritó alguien más. Henry se volvió y se dirigió tranquilamente hacia la puerta. No tenía prisa por salir al pasillo. Landis fue tras él. Smith entró corriendo en la sala.

—¡Lo hemos cogido! —gritó con tono alegre—. ¡Tenemos al asesino!

—¿A quién? —preguntó Henry.

—A Jerry Williams. Lo hemos pillado intentando esconder una pistola. El subdirector de policía lo está interrogando en estos momentos.

—Qué interesante —dijo Henry con voz llana.

Salieron de la sala. Había varios agentes en el pasillo. También estaba Standford. Parecía confuso.

—Han detenido a Jerry —dijo—, lo tienen esposado. Dicen que lo han encontrado con una pistola. No sé qué pensar de todo esto.

—¿Dónde está? —preguntó Henry.

—En el tercer piso, en el aula de al lado de la escalera. Le están interrogando. ¿Puede hacer algo por él?

Henry no contestó. Se dirigió inmediatamente hacia las escaleras. Landis fue tras él.

—¡Despejen el pasillo y bajen en orden a la planta baja! —gritaba la policía a la gente agolpada allí mismo. La mayoría había abandonado la sala de juntas al oír que habían detenido a alguien.

El rector también estaba allí. Henry se abrió paso hasta él.

—No entiendo cómo han dejado salir a la gente de la sala de juntas. Esto es un caos. Tenían que haberse llevado a todos a la comisaría desde un principio. La policía debería hacer su trabajo allí, y no en el edificio de la administración de la universidad. Si la gente se descontrola un poco más, la situación puede ponerse bastante peligrosa.

—Estoy de acuerdo —dijo Henry—, pero en cualquier caso ya es demasiado tarde para pensar en eso. Confíemos en que a Ellis y al resto de su equipo no se les vaya el asunto de las manos. Pero no se preocupe tanto, también están aquí algunos miembros de la oficina del sheriff. En caso extremo, siempre pueden ayudar.

—Espero que tenga razón, por el bien de todos —dijo el rector mirando con desconfianza a Henry y a Michael antes de apartarse para dejarlos entrar al aula, donde el subdirector de policía estaba interrogando a un esposado Jerry Williams. Había un agente apostado en la puerta. El miedo había hecho mella en Williams. Temblaba de la cabeza a los pies y miraba a su alrededor completamente aturdido.

—Yo tenía razón —dijo Ellis solemnemente cuando los vio entrar—, es el asesino. Un agente vio cómo intentaba esconder el arma y lo detuvo de inmediato. No le dio tiempo a deshacerse del arma.

—¡Yo no soy un asesino —gritó Williams desesperado—, yo no he matado a nadie! ¡Yo no he sido, se lo juro por mis hijos!

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó Henry, sentándose en una silla—. ¿Cómo ha llegado a esta situación?

—Ahora dirá que ha encontrado la pistola por casualidad —terció Ellis—, pero no le vamos a creer ni una palabra.

—Vayamos por partes —continuó Henry—. Cuénteme todo desde el principio, señor Williams, sin omitir ningún detalle.

—Estaba siendo trasladado a un auditorio del cuarto piso, según me dijeron los policías —balbuceó Williams paralizado por el miedo—, cuando capté por casualidad un brillo plateado en un radiador. Así que —¡tonto de mí!— fui a comprobar rápidamente lo que era para mostrárselo a los agentes. Pero uno de ellos me vio sacar el arma de allí y empezó a gritar que soltara inmediatamente lo que tenía en la mano, que pusiera las manos detrás de la cabeza y que me hincase de rodillas alejándome lo más posible del radiador. No dejó que me explicara... —Williams intentó alzar una mano para apartar las gotas de sudor que le caían por la frente, pero al final se vio obligado a hacerlo con ambas manos. Se había olvidado que tenía puestas las esposas. Se echó a llorar como una damisela.

—Ay, Ellis, Ellis... —dijo Henry meneando la cabeza—, usted y sus ideas fijas. Siendo usted subdirector de policía como es, debería saber que existe la presunción de inocencia. Su agente actuó según el procedimiento. Eso no lo discuto. Pero usted se comporta como un bárbaro al tratar al sospechoso como si fuera un asesino. ¿Cree usted que de serlo realmente se hubiera atrevido a acercarse siquiera al radiador para, según usted, esconder el arma en el preciso momento en que estaba siendo trasladado?

—¿Y eso qué tiene que ver? —replicó ofendido el subdirector de policía—. Le hemos pillado con el arma en las manos. Pero no me estoy basando solamente en eso. Su persona es la prueba del delito. Todo concuerda. ¿Qué más necesita? Yo estoy en lo cierto. Armstrong lo ha corroborado al hablarnos de aquel incidente en el

bar. ¿Pero no ve cómo llora? Si hasta parece una señorita. Recuerde que Raymond Penn no solo se estaba burlando de Williams, sino también de Rockford John. Estoy seguro de que Penn sabía algo de estos dos que le acabó costando la vida. Es como yo digo: primero mató a Rockford para desviar la atención y de paso silenciarlo para siempre. Luego continuó el juego con Sullivan, y ahora con Burke. Todo encaja, tanto el móvil como el patrón.

—¿No le parece raro que un hombre de treinta y cuatro años, que ha terminado la carrera de medicina y un doctorado en psiquiatría, se vuelva repentinamente un despiadado asesino con una sangre tan fría como para congelar el mismísimo infierno? —preguntó Henry—. ¿Pero no ve que este hombre está hecho un manojo de nervios? ¿De qué forma puede explicar eso? ¿Con la teoría de la venganza que usted propone? No sea tozudo, hombre. Williams no sería capaz de matar una mosca, se lo aseguro, pongo en juego mi reputación. Se equivoca usted.

—No, no me equivoco —insistió obstinado el subdirector de policía—, usted podrá ser lo que quiera, un reputado experto en su terreno y todo lo demás, pero yo también sé algo de criminales, lidio con ellos a diario. He visto casos parecidos. Está más claro que el agua: un profesional y padre de familia aparentemente normal que resulta ser luego homosexual y haber tenido relaciones con un antiguo compañero de universidad, Rockford John, en este caso. Luego otro compañero se entera de esto (Armstrong) de forma casual o no (quizá lo sepa por el propio Rockford, es lo más probable). Como digo, este profesional y padre de familia aparentemente normal va alimentando su odio hacia su delator con el transcurrir del tiempo. Y se venga de él (y quizá en el fondo también de Rockford, por haberse sincerado) finalmente poniendo en marcha un maquiavélico plan digno del mismísimo Calígula.

—Sí, me parece un móvil de lo más interesante —dijo Henry con ironía—. ¿Se carga a tres personas solo para asesinar a otra? ¿Para que los crímenes parezcan obra de un asesino en serie? Pero siendo así, ¿para qué esperar tanto? Podría perfectamente haberse deshecho aquel día en la montaña tanto de Rockford como de Raymond. Hubiese matado dos pájaros de un tiro, sin necesidad

de arriesgarse posteriormente a acabar con otras dos personas, una de las cuales era muy fuerte físicamente y maestro en artes marciales. ¿No le parece que ahí se viene abajo su teoría?

—Se le ha cogido con el arma —insistió Ellis—, para mí es suficiente. Lo demás es cosa del juez. Por cierto, ya estamos dejando marchar a la gente, como usted indicó. Las dos agentes de la científica están ayudando en las labores de cacheo. Creo que puedo dar ya la orden de suspender el registro. Ya tenemos el arma. Y también al asesino.

—¿Y qué hay del cuchillo? —preguntó Henry—. Todavía no ha sido hallado. Esa es precisamente la verdadera arma del crimen. La pistola era propiedad de la víctima. Puede que el asesino la haya dejado deliberadamente detrás del radiador.

—Perdone que se lo diga, pero está usted actuando más como un abogado que como un experto criminólogo. ¿No ve que todos los indicios apuntan a este hombre? Yo solo estoy cumpliendo con mi deber.

—¿Cree que con eso se resuelven todas las contradicciones? —inquirió Henry—. A mí me parece más bien lo contrario. Williams no es el asesino, aunque usted se empeñe en creerlo. Y le voy a decir por qué: porque el asesino es igual de alto que la víctima. Williams es mucho más bajo. Compruébelo usted mismo. —Henry cogió una regla de madera de una de las mesas y se la entregó a Williams. Ordenó que de momento se le quitaran las esposas, que Williams se colocara detrás de Michael y que le rodeara a este el cuello con la regla, girando la mano unos grados hacia la izquierda. Le dijo a Ellis que se fijara en el hecho de que la regla apuntaba al cuello de Landis de abajo arriba, y no de arriba abajo. Michael era unos veinte centímetros más alto que Williams. Al igual que Burke.

—¿No le parece prueba más que suficiente? —sentenció Henry.

—Pues no, no me lo parece —Ellis lo miró completamente azorado—, esto es circunstancial, Williams podía haberse subido perfectamente a una silla para degollarlo, pero eso ya es cosa de la Policía Científica y de la brigada de homicidios. No me concierne a mí. Mi trabajo es arrestar al sospechoso.

—Yo no he matado a nadie —volvió a repetir Williams, desolado—, ¿por qué no puede creerme?

—¿Subirse a una silla para degollar a alguien en plena oscuridad? —pensó Henry con ironía. Luego miró al subdirector de policía, después al detenido, y salió del aula de súbito sin pronunciar palabra. Landis le siguió en silencio como si fuera su sombra. Cuando hubieron salido, el subdirector de policía dijo con satisfacción:

—¿Ves? Él tampoco se cree tus embustes. Será mejor que me digas cómo cometiste los asesinatos y dejes de hacerte el tonto. ¿Pensaste que podías esconder el arma en un lugar más seguro? ¿Que no te íbamos a registrar de nuevo? Pero te equivocaste de pleno. No eres tan listo ni nosotros tan tontos como crees.

Henry se dirigió al rellano de la escalera. Ahí estaban las chicas. Lisa fue la primera en acercársele.

—¿Es cierto? —preguntó ella.

—¿El qué? —contestó él.

—Que Williams es el asesino. ¿Es verdad?

—Le han cogido con el arma en las manos. Pero él jura que la encontró por casualidad detrás de un radiador. Un agente vio cómo intentaba meter o sacar algo de allí, se percató después de que llevaba el arma en la mano y procedió a detenerlo.

—No puede ser —dijo Lisa con mucha convicción—, él no puede ser el asesino.

—Yo también pienso lo mismo. Pero hacen falta pruebas para demostrarlo.

—Madeleine, acércate —le dijo a su amiga. Esta se acercó y lo saludó tímidamente. Henry se acordó de que era la única que aún no había sido interrogada.

—Ella puede confirmarle que no es el asesino —dijo Lisa—, solo escuche lo que tiene que decir.

—Hace cinco meses, cuando mataron a Jennifer —dijo Madeleine con voz entrecortada—, Jerry no estaba en la ciudad.

—¿Cómo que no estaba? Él acudió a la misa en memoria de sus dos excompañeros. Estaba con ustedes —le recordó Henry.

—Sí, estuvo en la misa —concordó ella—, pero después nos fuimos juntos. Somos vecinos, y mi marido le pidió que me llevara a nuestra casa de Las Vegas.

—¿Eso fue el mismo día, verdad? —preguntó, todavía dudando, Henry.

—Sí. Ese día nos estaban instalando un *jacuzzi* en el jardín, así que tuve que ir allí para verificar la instalación y pagar a los operarios. Puede comprobarlo por la factura, en ella figuran el día y la hora en que se llevó a cabo la instalación. Antes de ir, nos despedimos de los demás y de Jennifer, a la que ya no volvimos a ver con vida.

—¿Cuánto tardaron en llegar?

—Cuatro horas aproximadamente. Salimos en hora punta. Además, a Jerry no le gusta correr al volante, es bastante prudente. Por eso mi marido le pidió el favor de que me llevara a nuestra casa de Las Vegas.

—¿Cuándo partieron?

—Tan pronto terminó la misa. Nos pasamos gran parte del viaje hablando, rememorando los buenos momentos que pasamos junto a Rockford y Raymond. No podíamos ni siquiera imaginar lo que estaba a punto de suceder.

—Cuatro horas de ida, y supongo que más o menos lo mismo de vuelta —calculó Henry—, parece que usted le sirve de coartada a Williams y también él a usted. Acompáñeme.

Tomó a Madeleine del brazo y regresó con ella al aula donde tenían retenido a Williams. Ellis lo miró con desconfianza:

—Williams se niega a hablar. Pero lo ablandaremos.

—No lo dudo —dijo Henry—, pero antes escuche lo que tiene que decir esta testigo. No hemos tenido oportunidad de interrogarla aún, pero lo que tiene que decir es muy interesante, porque se trata precisamente del lugar donde se hallaba Williams en el momento en que fue asesinada Jennifer Sullivan. Creo que esta declaración aclarará muchas de sus dudas.

Dicho esto, Henry salió al pasillo. Landis se le acercó.

—Antes me has dicho que tenías un punto de vista más o menos claro acerca de este caso —le dijo Michael—, pero yo lo veo cada

vez más embrollado. ¿Quién, según tú, es el asesino? ¿Clackstone el imperturbable? ¿O quizás Standford, un hombre en apariencia pacífico y a la vez taimado? ¿O Armstrong? ¿O una de las mujeres, quizás?

—Aún es pronto para decirlo —declaró Henry con convicción—, todavía no quiero adelantar nada. Tengo que hablar otra vez con el rector. Vayamos a su oficina, a ver si se encuentra allí.

Se dirigieron a la planta baja. El vestíbulo estaba repleto de gente. La policía se afanaba en registrar a cada persona una por una. Algunos reían, charlaban, bromeaban. Se lo tomaban con calma. Otros, por el contrario, no paraban de quejarse por el trato recibido. Era evidente que solo unos pocos estaban enterados de lo que había ocurrido realmente, pero la mayor parte de la gente no sabía la verdad, solo que había habido un extraño apagón y que al parecer, alguien «se había caído» y había resultado muerto. Pero no se sabía nada más.

Henry se dirigió a la oficina del rector. Michael prefirió esperarlo en el pasillo. Al verlo entrar, el rector dejó sobre la mesa la hoja que estaba leyendo y se acercó a Henry.

—¿Les queda mucho aún? —preguntó él.

—Ya queda menos —le aseguró Henry—. ¿Podría facilitarme un organigrama del personal que lleve menos tiempo trabajando en el edificio? De todo el personal docente, administrativo y de servicio, además del personal de seguridad que trabaja en las instalaciones.

—No lo creo necesario. Yo le puedo decir cuántos de ellos son. Por la reforma laboral que se aprobó hace unos años, se ha limitado el número de profesores interinos a cuatro por año lectivo, y a un máximo de tres profesores suplentes en caso de baja por enfermedad o fallecimiento del profesorado titular. Se les hace un contrato inicial de dos años. La última plantilla entró a principios del año pasado. En cuanto al restante personal, creo que ya se lo comuniqué esta mañana.

—¿En qué meses del año se suele renovar la plantilla? ¿En enero, quizá? —preguntó Henry.

—Si se trata de profesores nuevos y de personal nuevo, sí. A veces incluso también en marzo. ¿Por qué lo pregunta?

—¿Puedo ver las fichas de cada una de estas personas?

—No, no las tengo aquí. Están en la oficina del jefe de personal, en su ordenador. Pero hoy no ha venido.

—¿Y quién más tiene acceso a ellas?

—Mi secretaria —respondió el rector—, pero me parece que son copias del año en curso. No son muchas.

—¿Y las demás fichas?

—En la sala de archivos —dijo el rector—, los documentos en papel los conservamos por un periodo de tiempo no superior a seis años. Después se destruyen.

—Me gustaría ver el archivo —insistió Henry.

—Está bien. Le diré a mi secretaria que le muestre las fichas de los últimos cinco años. El archivo está en el tercer piso.

—De acuerdo —asintió Henry—, informe a su secretaria que allí la espero.

Salió de la oficina del rector. Landis aguardaba en el pasillo de la planta baja, mientras observaba con atención cómo cacheaban a la gente antes de darles permiso para salir del edificio. Todo marchaba con normalidad. Henry se acercó a Michael.

—Tenemos que ir a la sala de archivos —le informó—, pero pasemos antes por el aula donde tienen retenido a Williams.

Enfilaron hacia la escalera y empezaron a subir. Entonces Henry atisbó un brillo metálico en el suelo, cerca de la barandilla. Metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta, sacó una bolsita de plástico, de esas que se usan para recoger muestras, cogió con un bolígrafo algo del suelo y lo guardó dentro.

—¿Qué has encontrado? —preguntó Landis.

—Un manojito de llaves.

—¿Esperabas encontrar un cuchillo teñido de sangre? —dijo Michael con tono reflexivo—. Si fuese así todo sería más fácil, ¿no? Pero creo que Armstrong está en lo cierto. Lo más probable es que el asesino degollara a Burke sin mancharse siquiera.

—Es posible —admitió Henry. En el pasillo del segundo piso quedaban aún unas diez personas. Había algunos estudiantes voluntarios, varios policías y unos cuantos ayudantes del sheriff.

Madeleine se hallaba junto a uno de los policías. Al ver a Henry, se acercó a él inmediatamente.

—¿No ha podido convencer finalmente al subdirector de policía, verdad? —temió Henry.

—Es imposible de convencer —dijo ella resoplando—, opina que eso no demuestra nada. Al contrario, cree que Williams intentó fabricarse así una coartada. Pero es una reverenda estupidez. Williams no se ofreció a llevarme en ningún momento. Fue mi marido quien se lo propuso. Y Jennifer fue asesinada horas más tarde. No es posible que lo haya hecho Williams. La única forma que se me ocurre de que pudiera hacerlo, es que Williams posea el don de la bilocación. Pero ambos sabemos que eso es casi tan imposible como intentar convencer al subdirector de policía.

—No hay nada más triste que un hombre que no quiere ver la verdad —lamentó Henry—. Y aunque se demuestre que Williams estuvo realmente en aquella casa de Las Vegas, Ellis tampoco dejará de pensar que es el asesino. Necesita con urgencia un chivo expiatorio, y en estas circunstancias Williams le viene que ni pintado. Lo demás ya no le interesa. Lo único que cuenta para él es su puesto en el departamento. Sobre todo ahora que las huellas de su excompañero están en el arma.

—¿Cree usted que es capaz de acusarlo así, sin más, sin tener pruebas suficientes?

—No, si cojo antes al verdadero asesino.

—¿Cree que lo conseguirá?

—No tengo la menor duda. —Henry se volvió hacia la escalera con intención de subir al tercer piso, pero en ese momento sintió una ligera presión en el hombro. Se dio la vuelta. Esta vez era Jenny Ferguson.

—Tengo que pedirle disculpas —dijo ella—, soy bastante impulsiva y a veces digo estupideces. No sé por qué lo hago. A veces soy así. Pero en ningún momento he tenido intención de ofenderle. Espero que no le hayan molestado algunas cosas que he dicho.

Landis contuvo la risa al oír esto. Henry le miró con expresión distraída y dijo:

—Gracias. ¿Quería decirme algo más?

—No. No lo sé... —ella titubeó un instante—, no sé si...

Henry esperó a que terminara.

—No —dijo ella finalmente—, no tengo nada más que añadir. Perdona.

Jenny se retiró. Henry frunció el ceño. Al subir por la escalera hasta el tercer piso, le dijo a Landis:

—Quería decirme algo. Lástima que no se haya decidido. Hay que darse prisa, porque si no se llevarán a Williams a la comisaría, lo encerrarán y después será muy difícil sacarlo de allí.

—¿Incluso aunque se demuestre su inocencia?

—Incluso en ese caso —dijo Henry meditando—, una vez atrapado en las redes del sistema, estás en manos de la providencia policial y judicial, y puede ocurrir cualquier cosa.

La mujer que por la mañana le había dicho a Henry que no podía ver al rector sin cita previa, se hallaba en la puerta de la sala de archivos. Era la secretaria del rector. Estaba inquieta, pues no sabía qué es lo que buscaban allí aquellos hombres.

—Dígame qué quiere exactamente —anunció nerviosa—, y yo le guiaré.

—Que se tranquilice, para empezar —dijo Henry, esbozando una sonrisa conciliadora—. Necesito consultar urgentemente unos documentos. Y lo más deprisa posible.

—Haré lo que pueda —dijo ella con desgana—, pero en cuanto a lo segundo, no le prometo nada.

Estuvo estudiando las fichas unos veinte minutos. Después, tras llamar a la secretaria, le consultó algo. Landis vio cómo ella cedía a las exigencias de su amigo, buscaba los archivos que él le iba solicitando y, finalmente, se los entregaba. Henry le señaló el orden alfabético que había seguido, ella lo anotó en una libreta, y cerró el archivo. Después Henry se levantó, salió al pasillo y se acercó a Landis.

—Esto es todo —dijo satisfecho—, caso cerrado. Asunto finiquitado.

—¿Quieres decir que ya sabes quién es el asesino?

—Sí —respondió Henry—, en términos generales, podemos decir que sí. Ya sé quién está detrás de esto, cuál ha sido el móvil, y, también, la forma en que ha cometido los tres últimos crímenes. Pero tengo que hablar con el subdirector de policía antes que nada. Tiene que soltar a Williams ya mismo, o de lo contrario va a cometer un grave error. Después informaré de todo.

Se pusieron en camino y recorrieron el pasillo, donde había sido asesinado el ayudante del fiscal. Un par de agentes de la Policía Científica retiraban en ese momento el cadáver en una camilla, cumpliendo con el protocolo de levantamiento del cuerpo. Había un policía de la brigada de homicidios apostado junto al lavabo de hombres, donde se había cometido parte del crimen. Saludó a Henry y a Michael con un leve asentimiento y les indicó que el subdirector de policía se hallaba en esos momentos en la segunda planta, custodiando al detenido. Henry le devolvió el saludo y se encaminó hacia las escaleras. Al llegar al segundo piso vieron allí, en mitad del pasillo, al detenido rodeado por tres agentes, que lo conducían hasta el ascensor. Ellis iba detrás. Michael y Henry se le acercaron de prisa.

—Sigue sin hablar —comunicó Ellis de mala gana—, cree que puede seguir tomándonos el pelo indefinidamente. Pero no importa, le haremos hablar en la comisaría.

—Espero que no esté pensando en usar métodos más severos —le reconvino Henry con tono amenazador.

Ellis se lo quedó mirando un momento y luego dijo:

—La ley prohíbe extralimitarse con los sospechosos. Pero conozco una forma infalible de hacer que confiesen voluntariamente.

—No me cabe duda de que tiene mucha experiencia en ese terreno —dijo Henry con voz dura. Luego miró a Williams y añadió:

—Pero será mejor que empiece por quitarle las esposas a este hombre.

—Escúcheme bien —alegó Ellis perdiendo la paciencia—, yo tengo una buena opinión de usted. Sé que es bueno en lo que hace y no tengo nada en contra suya. Pero no tiene derecho a meterse en mi trabajo. Este hombre ha sido hallado con el arma de la víctima y todas las pruebas apuntan a él. Razón más que suficiente para arrestarlo.

—Pero él insiste en que encontró el arma por casualidad.

—Eso ya es cosa del juez y la fiscalía. Ahora será trasladado a los calabozos de la comisaría, después podrá argumentar todo lo que quiera en su defensa, señor Henry. Yo solo estoy cumpliendo con mi deber.

—¡No! —dijo Henry de súbito—. Usted me va a escuchar a mí ahora. Quítele inmediatamente las esposas al sospechoso, mejor dicho, al señor Williams, que no es sospechoso de nada: porque ya he encontrado al asesino.

Esta última frase fue totalmente inesperada. Ellis miró a Henry, luego a Michael y, por fin, dijo lentamente:

—¿Que ha encontrado al asesino? —farfulló el subdirector de policía sin dar crédito a lo que había oído.

—Sí. Y hay que atraparlo antes de que se escape. Pero en lugar de eso, estamos perdiendo el tiempo con discusiones inútiles mientras el asesino anda suelto por las instalaciones.

—¿Aún está aquí, en el edificio? —preguntó el subdirector de policía.

—Sí —dijo Henry—, vamos, se lo explico por el camino...

Antes de que terminara la frase se oyeron gritos en el primer piso.

—¡Cielo santo! —exclamó Ellis de repente—. ¡Solo espero que no haya vuelto a ocurrir otra desgracia! ¡Smith, quédese aquí con estos agentes custodiando al sospechoso, no le quiten las esposas en ningún momento y que nadie se acerque a él!

El subdirector de policía empezó a correr por el pasillo. Henry y Michael le imitaron. Bajaron la escalera a toda prisa hasta el rellano del primer piso. Allí reinaba una total confusión.

—¡La han matado! —gritó un agente. También se oyó el lamento de una mujer. Era Lisa. Estaba de pie en medio del pasillo, paralizada por el miedo. Parecía estar a punto de desmayarse. Los tres hombres corrieron hacia el otro extremo del corredor. Jenny Ferguson yacía en el suelo. Y junto a ella estaba arrodillado el policía que había gritado hacía unos momentos que la habían matado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el subdirector de policía nada más llegar.

Pero en esto Armstrong se le adelantó, apartó al agente allí arrodillado y pegó su cabeza al pecho de la mujer. Quería saber si aún le latía el corazón.

—Si está muerta —dijo Henry con tono de culpa—, jamás nos lo perdonaremos. Por haber perdido un tiempo...

—¡Está viva! —gritó Armstrong, presionando con dos dedos la arteria carótida de la mujer—, tiene pulso, aunque quizá un poco irregular.

—¿Qué ha ocurrido? —reiteró el subdirector de policía.

—Jenny se dirigió a este lado del pasillo —explicó Armstrong—, pero el agente encargado de su vigilancia no estaba con ella en ese momento, así que supongo que se quedó sola. Después oímos un grito. Cuando llegamos ya estaba en el suelo, y no había nadie con ella. Standford fue a pedir ayuda.

—Gracias a Dios que está viva —dijo Ellis, un poco más tranquilo—. ¿Y tú dónde estabas? —le recriminó al agente encargado de vigilar a la mujer.

—Me llamaron de la planta baja —dijo este, intentando justificarse. Era un hombre de unos cuarenta y tantos años. Se notaba que estaba muy angustiado. Cuando escuchó los gritos,

corrió de nuevo a su puesto. Pero halló a la mujer en el suelo y no supo qué hacer. Se arrodilló junto a ella para comprobar si tenía pulso, pero no logró encontrarlo porque estaba muy nervioso. Y además se sentía culpable por lo sucedido. Pero en cuanto supo que la mujer no estaba muerta, se tranquilizó un poco—. Se me pidió que fuera al vestíbulo a poner orden mientras se registraba a la gente, para que todo se hiciera con seguridad.

—Hay que llevarla inmediatamente a un aula —advirtió Armstrong—, ha perdido el conocimiento.

—Es normal, han intentado estranglarla —dijo Ellis, inclinándose hacia la mujer tendida en el suelo—, tiene marcas en el cuello. ¿Dónde estaba usted, señor Armstrong, en el momento en que ella gritó?

—¡Ahora no hay tiempo para eso! —rugió Armstrong—, hay que llevarla a un aula para atenderla como es debido.

—Es verdad —acabó cediendo el subdirector de policía—, pero ya hablaremos después.

Ellis se volvió hacia Henry. Este añadió:

—Espero que no esté pensando en acusar también a Armstrong de este ataque.

—¿Qué insinúa con eso? —preguntó Ellis.

—Pues que antes de sacar conclusiones precipitadas hay que atender a Jenny Ferguson, y después ir a por el verdadero asesino.

Armstrong levantó a Jenny en brazos y la trasladó al aula más cercana. La tendió en una mesa. Henry, que iba detrás, la observó atentamente.

—Pronto volverá en sí —dijo—. Es por el *shock*. Parece que al asesino no le dio tiempo de estranglarla.

—Sí, eso parece —determinó Armstrong.

Lisa entró en el aula junto a Clackstone y Madeleine, que la habían estado atendiendo tras su ataque de pánico. Aunque Lisa seguía llorando, se alegraron mucho de que Jenny siguiera con vida. Clackstone se acercó a Jenny.

—Ya está volviendo en sí —dijo Armstrong, tras acercarle a la nariz unas sales que siempre llevaba en el bolsillo y darle unos pequeños golpes en la mejilla. Jenny comenzó a respirar con

normalidad, tosió y abrió los ojos por fin. Miró a Clackstone con ojos espantados.

—¡Ha sido él! ¡Él es el asesino! —gritó ella. Ellis lanzó a Henry una mirada más que perpleja, este último meneó la cabeza y se dirigió a la puerta, haciendo un gesto al subdirector de policía para que lo siguiera.

—Espero que no se le ocurra arrestar a Clackstone por esto. Ahora mismo Jenny no le ve a él, sino al verdadero asesino.

—Deje de burlarse de mí, ya lo he entendido —dijo el subdirector de policía—. Daré orden de soltar a Williams. ¿Dónde está el asesino?

—Venga conmigo —Henry enfiló hacia la escalera. Ellis y Landis le siguieron. En el vestíbulo de la planta baja aún quedaba gente, pero muchos ya se habían ido. La mayor parte de los que quedaban habían escuchado gritos en el piso de arriba y cuchicheaban unos con otros sobre lo que se imaginaban que había ocurrido. Pero algunos se entregaban a murmuraciones más serias acerca de un asesinato y de un misterioso homicida, creando con ello un clima de mayor preocupación y confusión. Pero en general preferían hacer oídos sordos a tales insinuaciones y esperar a que Whitman y los otros agentes terminaran de registrarlos lo más rápido posible.

En esto volvió a la carrera Smith. Había llegado casi sin resuello.

—Hemos inspeccionado todos los servicios, aulas, oficinas y pasillos de los pisos superiores y no se ha encontrado ningún cuchillo ni a ningún sospechoso.

—¿Y los demás?

—Ahí vienen —Smith señaló en dirección a los ascensores, donde aparecieron Standford, Clackstone y Williams, este último custodiado por tres agentes de policía.

—¿Por qué no han peinado también esta planta? —preguntó Henry.

—Porque supongo que el asesino evitará los sitios concurridos —proclamó Smith con voz neutra, abarcando con un gesto al gentío que aún se agolpaba en el pasillo y en el vestíbulo.

—No esté tan seguro de ello —discrepó Henry—. Es precisamente entre la multitud donde puede pasar más desapercibido.

Armstrong apareció de pronto.

—¡Ya ha recobrado el sentido! —dijo él—. Parece que solo ha sido un desmayo...

—Está bien —le cortó Henry. Este miró a Ellis—. Saque a toda esta gente de aquí —le pidió—, ya no es necesario continuar con el registro. De todos modos no van a encontrar nada.

—¿Y el asesino? —preguntó el subdirector de policía.

—Ahora le diré quién es. Pero saque a toda esta gente de aquí.

—¡Se acabó el registro! —les ordenó a sus hombres—. ¡Que toda la gente salga ya del edificio!

Smith se encaminó rápidamente hacia las puertas, para agilizar el proceso. El rector se acercó a Henry.

—¡A ver si termina ya este día de locos! —exclamó él.

—Pues su deseo está a punto de hacerse realidad. Dígale al bedel que cierre todas las puertas y que no deje entrar a nadie —le pidió Henry.

—De acuerdo. —El rector fue a buscarlo. Unos momentos después regresó con el bedel.

—¿Quiere dejar ya de tenerme en ascuas? —le exigió ansioso el subdirector de policía—. ¿Dónde está el asesino? ¿Quién es el que ha intentado estrangular a la señorita Ferguson? ¡Dígamelo ya, por el amor de Dios!

—Es lo que voy a hacer —suspiró Henry—: lo tiene delante de usted. Es uno de esos hombres. En algo debía tener razón.

—¡¿Qué?! ¡¿Cómo dice?! —gritó Ellis, lanzando una mirada furibunda a Standford, Clackstone y Armstrong parados frente a él. Su mirada también escrutó al rector, al bedel, a Whitman, a Smith y a los tres policías que custodiaban a Williams.

Se fijó en la cara de susto que puso Whitman, en cómo le temblaban las manos a Armstrong, en cómo le abandonaba el color a Standford. Solo Clackstone permaneció impertérrito. Los otros hombres se quedaron atónitos, mirando a Henry y al subdirector de policía.

—¿Quién de ellos es? —volvió a preguntar este último, con el rostro contraído en una expresión ceñuda.

—No las tenía todas conmigo —dijo Henry—, porque aún quedaban un par de cabos sueltos. Pero encontré un manajo de llaves en el rellano de las escaleras del primer piso y hallé un dato muy revelador en las fichas del archivo de hace cuatro años. Eso despejó todas mis dudas.

—Acaba de insinuar que es uno de estos hombres —le recordó Ellis, señalando a cada uno de ellos con el dedo—. Y bien, ¿quién es?

—Es un antiguo alumno del que nadie ha sospechado hasta ahora. No, no se esfuerce mucho, querido amigo, no es ninguno de los que está señalando: le presento a Rockford John, un exalumno que ha vuelto de entre los muertos. —Henry dio un paso hacia delante y con la misma gracia y efecto de un presentador de televisión, juntó las manos para señalar al bedel, que en ese momento fue a cerrar las puertas de entrada.

—¿Frederick Watson, el bedel? —exclamó el rector estupefacto—. ¡Es imposible, no puede ser!

—Pero lo es —insistió Henry—, aunque les cueste creerlo. Ese hombre que ven ahí es Rockford John, y es en lo que se ha convertido tras el accidente. Se transformó literalmente en otro. Más exactamente «en otros», porque ha asumido varias identidades, con el fin de llevar a cabo su venganza. Usted, señor rector, lo contrató hace algo más de cuatro años como bedel. Eso fue en el mes de enero, según consta en el archivo. Usted contrató a Frederick Watson, pero no al verdadero, porque es más que probable que esté muerto, sino a Rockford John.

—Frederick, tenga la amabilidad de acercarse, por favor —le llamó Henry con voz tranquila y pausada, al ver que el bedel buscaba algo en sus bolsillos sin encontrarlo—. ¿Busca esto? —le dijo levantando en alto el manajo de llaves.

El bedel se fue acercando a él cautelosamente. Lo observó un momento y luego bajó la mirada. Llevaba unos tejanos y una cazadora de pana. Tenía el pelo atado con un nudo detrás de la cabeza y una barba de seis días. Algo andaba mal. Sabía que Henry

lo había desenmascarado. Lo leyó en su mirada. Pero no se atrevió a mirar a los demás a los ojos, especialmente a los que otrora habían sido sus compañeros.

—¿Por qué cree que es el asesino? —preguntó Ellis dudando aún.

—Ahora se lo explico... —comenzó a decir Henry, pero en ese momento Standford se acercó al bedel y le preguntó:

—Rockford, ¿de veras eres tú?

El bedel alzó la mirada. Le escudriñó los ojos. Standford, pasmado, dio un paso atrás.

—Sí, eres tú —logró decir Standford con la voz convertida en un susurro ronco, al ver resucitado a su amigo—. Eres tú, sin duda alguna.

—Pero no puede ser —intervino Clackstone—, es imposible. Rockford se despeñó y cayó al vacío. Tiene que estar muerto.

El bedel se volvió y le lanzó una mirada furibunda. Clackstone se estremeció. También reconoció aquella mirada. Hasta el mismo Clackstone, con toda su sangre fría, se había aterrorizado al ver aquellos ojos, ahora ya del todo impíos.

—Así que tú eres el asesino —dijo Clackstone entre dientes—, ¡maldita sea tu estampa! —E intentó abalanzarse sobre él, pero el subdirector de policía y dos de sus hombres se interpusieron en su camino.

—¡Apártate de él! —le gritó el subdirector.

Clackstone obedeció de mala gana, bajando finalmente las manos.

—Rockford —dijo Williams, con tono piadoso—, ¿cómo has podido hacer esto? ¿Por qué te has escondido de nosotros todo este tiempo? ¿Cómo es que trabajando aquí no nos has dicho nada?

—Yo..., no..., yo... —Rockford balbució, pero no fue capaz de articular una frase coherente. Después se encogió sobre sí mismo y logró decir:

—Vosotros me abandonasteis...

—¡No, no es verdad! —exclamó Williams lleno de emoción—, intentamos rescatarte, pero se hizo de noche y ya no nos fue

posible. Entonces te dimos por muerto. Te juro que fue así. ¡Cómo puedes pensar eso! Ya no podíamos hacer nada más.

—Vosotros me dejásteis allí... —repitió Rockford con rabia contenida.

Williams se acercó a él y le cogió la mano. Sintió cómo aquel se la apretaba con fuerza.

—Sí, es culpa nuestra —le dijo Williams, con una mueca de dolor—, somos culpables de lo que te sucedió. Perdónanos, si puedes. Nosotros también intentaremos hacerlo.

El asesino empezó a temblar. Ya no sabía qué hacer ni dónde meterse.

—¡No —exclamó de pronto él—, no necesito ni vuestra lástima ni vuestro perdón!... —De repente se llevó la mano a la cazadora—. ¡Sí, yo los maté, con este mismo cuchillo los maté y también con esta sogá, los maté a todos!...

—¡Michael! —gritó Henry, al percatarse de que estaba a punto de suceder otra desgracia.

Michael se lanzó en el acto contra Rockford y tras una breve pero feroz lucha, logró arrebatárle el cuchillo de las manos. Luego Rockford fue reducido por dos agentes más.

—¡Yo los maté! —siguió gritando él como poseído—. ¡Los maté a todos!

—Que Dios te perdone, amigo mío —dijo Standford, con lágrimas en los ojos.

Williams se acercó en silencio al asesino agazapado en el suelo. Se agachó y le pasó la mano por la cabeza. Sintió odio y lástima por él. Standford le puso la mano en el hombro, y le dijo que lo perdonaba, porque sabía que no estaba en sus cabales. Clackstone se quedó donde estaba mirando a Rockford fríamente pero con piedad.

Ellis lanzó a Henry una mirada de admiración.

—¿Cómo ha descubierto todo esto? —preguntó.

—Luego se lo explico —dijo Henry—, ahora no es el momento. Primero ocúpese del detenido. Va a necesitar asistencia psiquiátrica. Téngalo presente en el momento de trasladarlo a la comisaría.

—Sí, sí, desde luego, lo tendré en cuenta —comprendió el subdirector de policía. Visto lo ocurrido, se le había ablandado el ánimo, de repente se había vuelto más bondadoso.

—Después vuelva aquí —continuó Henry—, y reúna a todos en la sala de juntas de la tercera planta. Voy a contarles una historia rocambolesca.

Una hora más tarde estaban sentados en la sala de juntas. Los siete miembros del grupo de exalumnos, el rector, el subdirector de policía, Michael y, por supuesto, Henry. Ya era medianoche. El marido de Madeleine llamó varias veces para que la dejaran volver a casa. Hasta que por fin ella lo convenció para que la acompañara en aquella última reunión. Se sentó junto a ella, cogiéndola de la mano, para brindarle consuelo y amparo antes de oír la triste historia que tenía que contar Henry. El novio de Lisa, aquel antiguo estudiante de medicina que luego se especializó en oftalmología, rehusó acompañarla y prefirió esperarla en el coche. Pero tampoco es que ella hubiera insistido mucho. Jenny Ferguson vivía sola, así que nadie vino a hacerle compañía. Solo llamó a la niñera para preguntar si estaba todo en orden y si ya había acostado al niño.

Jenny relató lo que había ocurrido, que comenzó a sospechar del bedel cuando, este, pasó a su lado, la escudriñó con aquella misma mirada que solo podía tener Rockford. Eso era lo que le quería decir a Henry, pero se lo pensó mejor y decidió ir a comprobarlo ella misma. Y cuando se topó con el bedel en el extremo del pasillo del primer piso y le llamó por su nombre, este se volvió, y entonces supo que era él, que era Rockford John. Pero cometió la imprudencia de clavar sus ojos en los de él: porque ya no había en ellos nada parecido a la cordura. Entonces se asustó y gritó. Y por eso él se abalanzó sobre ella e intentó estrangularla. Pero por alguna razón se arrepintió en el último momento o no le dio tiempo a consumar su acto. Así que la dejó en el suelo desmayada y corrió a esconderse a su garita de la planta baja.

Ahora solo quedaba el acto final de un drama, en el que Henry tenía la triste obligación de encajar las piezas de aquel sórdido rompecabezas.

—En un primer momento no quise aceptar este caso —admitió él—, me pareció absurdo que apareciera de repente un asesino en un grupo de antiguos estudiantes de universidad bien avenidos. Estaba

completamente seguro de que los psicópatas empiezan a matar, por regla general, en la niñez (suelen comenzar con animales), o durante la adolescencia. Por eso me negué en un principio. Lo ocurrido en este caso ha sido bastante inusual.

—Ha habido asesinos en serie que comenzaron a matar más tarde —discrepó el subdirector de policía—, y además, muchos de ellos eran personas aparentemente normales y padres de familia. Ni familiares ni amigos tenían la más mínima idea de que fueran en realidad auténticos psicópatas. Ahí tenemos el caso de Richard Cottingham.

—Eso no hace más que confirmar mi teoría: Richard Cottingham es lo que es porque, como otros asesinos en serie, sabía ocultar muy bien sus intenciones, incluso a su familia, porque para atraer a sus víctimas tenía que parecer normal. Pero en su caso, mataba solo a prostitutas, a mujeres desconocidas. Tenía la necesidad imperiosa del asesino sexual de proporcionarse placer con el simple acto de matar, mutilar, descuartizar y, en algunos casos, decapitar y quemar a sus víctimas. Pero en el caso que nos ocupa, el móvil y las motivaciones son completamente distintos. Es evidente que en este caso la motivación principal ha sido la venganza, porque es un asesino que ha cometido sus crímenes en días señalados, un asesino que ha elegido a sus víctimas entre sus conocidos y amigos. Ahora hay que averiguar si ya ha matado en el pasado. El debate está en si un asesino lo es ya de nacimiento o acaba siéndolo. ¿Existe una predisposición genética o cualquier persona completamente normal puede convertirse en asesina con el pasar de los años? ¿Es la misma sociedad quien los crea? Estas son las preguntas por antonomasia que lleva haciéndose la ciencia durante las últimas centurias. Y todavía no se ha dado una respuesta unánime y definitiva a estas preguntas. Unos creen que algún día llegará a darse, otros discrepan al respecto.

»Lo que me preocupaba era una cuestión latente —prosiguió Henry—, ¿por qué tenía el asesino que comenzar a matar precisamente hace cinco años? Pues si el asesino tenía fundadas razones para hacerlo, entonces no tenía sentido cometer estos asesinatos durante un intervalo de tiempo tan prolongado. No es

lógico. Esto me obligó a ordenar cada asesinato de forma cronológica y empecé a vislumbrar cierta relación en estos hechos que me hizo dar al caso un enfoque completamente distinto e inesperado. Partiendo del hecho de que no se encontró el cuerpo de Rockford John hasta hace seis días, y por la declaración que hizo Standford de que lo había reconocido solo por sus zapatillas, llegué a la conclusión de que cabía la remota posibilidad de que el cuerpo hallado no fuera realmente el de Rockford, y más aún, que este mismo le hubiera puesto su ropa al muerto para que le confundieran con él. Pensé en esa posibilidad. Aunque entonces me pareció aún bastante improbable.

»Rockford no está casado y no tiene hijos. Ha tenido una vida difícil. Se quedó huérfano de niño y la única familia con la que cuenta es su hermana, según pude indagar en su cuenta de *Facebook* antes de venir a Los Ángeles, pues tenía que recabar toda la información posible sobre las víctimas. El amor que siente hacia Jenny lo acabó hundiendo del todo en la desesperación, porque ha visto cómo Clackstone y Burke han sido más afortunados que él en este aspecto. La noche anterior a la acampada tuvo un encuentro con la señorita Ferguson. No sé exactamente qué sucedió aquella noche...

—Pues lo que sucede entre un hombre y una mujer cuando están a solas —dijo ella sin morderse la lengua.

—Perdón —Henry frunció el ceño—, no quería entrar en detalles. Pero creo que hizo lo correcto, si me permite decirlo. Puede que usted finalmente sintiera su dolor, su desesperación por no poder conquistarla. Las mujeres siempre se dan cuenta de estas cosas. En una palabra, usted le regaló una última noche de felicidad.

—No es cierto —dijo Jenny con voz alterada—, fue él el que me regaló a mí esa noche. Fue la única vez en mi vida que me sentí realmente amada, y no una mujer objeto.

Clackstone se mordió el labio para no replicar.

—Unas horas antes de ocurrir el accidente —continuó Henry— Clackstone discutió con Rockford porque se había enterado de que la noche anterior este se había acostado con «su chica». Ese fue el motivo de la discusión.

—No, no fue por eso —quiso negar Clackstone. Pero cerró la boca inmediatamente porque sabía que no era verdad.

—Sí que lo fue —intervino a propósito de esto Williams—, ¿para qué seguir ocultándolo? Tú mismo dijiste que los pillaste besándose con unos prismáticos a través de una de las ventanas del hotel donde se alojaba Rockford. Estuviste espiándolos. Vamos, atrévete a negarlo.

Clackstone no supo qué replicar. Se había tragado sus palabras.

—Eso ya no importa —zanjó el asunto Henry—, lo verdaderamente importante es que Rockford sufrió mucho. Si les soy sincero, nunca acabé de creerme del todo la suposición de que alguien lo empujara. No tiene sentido. A menos que alguien cortara la cuerda. En cuyo caso también se hubiesen despeñado los que iban con Rockford. Coincidió plenamente con Clackstone en que él mismo se cayó. Nadie lo empujó. No hubo ningún crimen. Fue un accidente. Se cayó... O quizá intentó suicidarse... Quién sabe. Nunca sabremos con certeza qué pasó realmente: porque, señores, es precisamente aquí donde reside la clave del asunto. Es aquí donde planea una sombra de duda. Es aquí donde se rompe el hilo de mi argumentación anterior, de todo lo expuesto hasta ahora.

»¿Qué es lo que dijo Rockford? —prosiguió Henry—. «Vosotros me abandonasteis... Vosotros me dejasteis allí...». Pero en ningún momento explicó cómo sobrevivió a la caída. A Standford, Williams, Armstrong y Clackstone les costó creerlo al principio, pero acabaron por aceptarlo por el solo hecho de que Rockford se encontrara ante ellos.

Los cuatro hombres se quedaron mirando a Henry estupefactos, sin entender de qué iba ahora su discurso. Por un momento pensaron que divagaba, que se había vuelto loco. Henry continuó:

—Cuando Standford fue a reconocer el cuerpo, no fue por el cuerpo en sí mismo o lo que quedara de él por lo que lo hizo, sino por la ropa que llevaba puesta. Por sus zapatillas, más exactamente. Me dijo que la hermana de Rockford ni siquiera se atrevió a entrar al depósito, que estaba mal del corazón. Este dato, al que apenas presté atención en un principio, es el que me dio la clave del asunto. Por eso digo siempre que en cualquier

investigación hay que prestar atención hasta al más mínimo detalle, por insignificante que parezca.

Henry hizo una pausa, carraspeó un momento, bebió un sorbo de agua del vaso que tenía delante y continuó.

—Rockford John está realmente muerto. No sobrevivió a la caída. Los restos que Standford reconoció son en verdad suyos. Y ahora me preguntarán por qué. Por qué he introducido aquí una argumentación que no se ajusta del todo a la realidad. Pues bien, ahora ya puedo decirlo: para proteger al verdadero asesino. O mejor dicho, a la verdadera asesina: porque sí, señoras y señores, la asesina es una mujer, y por las alusiones que acabo de hacer ya habrán adivinado de quién se trata.

—¡Es Sheila, la hermana melliza de Rockford! —exclamó Standford con un tono de incredulidad—. ¿Pero cómo es posible? ¿En qué momento sufrió esta metamorfosis? Hace seis días que la he visto y no se parecía nada a lo que acabamos de ver hace una hora.

—¡Sí, cómo explica eso! —saltó el subdirector de policía.

Henry los miró y esbozó una sonrisa complaciente.

—Yo solo puedo explicar la parte correspondiente al hecho criminal. Pero en cuanto a la causa subyacente, al origen de su trastorno, eso solo puede hacerlo un especialista. De los aquí presentes, Williams es el único capacitado. Voy a exponer los hechos siguiendo la misma lógica que me ha llevado a descubrir la verdad. Señor Williams —dijo, dirigiéndose a él—, si durante mi explicación intento adentrarme de forma un tanto profana en su terreno y no está de acuerdo con mi exposición, le ruego me lo haga saber. —Williams asintió en señal de conformidad—. Como iba diciendo, tras el accidente en el que murió Rockford, su hermana, Sheila, comenzó a sufrir cambios de personalidad irreversibles. Y la atormentaba constantemente una idea: se había autoconvencido de que todos los excompañeros de su hermano, que habían estado con él en aquella acampada, tenían una deuda que pagar por haberlo dejado morir en la montaña. La forma y los medios que usó para llevar a cabo su venganza pueden inferirse por sí solos: usó una terapia hormonal masculinizante, le salió barba, su voz se volvió

más grave; asumió varias identidades, la principal, y la causante de todo su trastorno, es la de su hermano Rockford. Probablemente también haya asesinado a Frederick Watson, a quien suplantó para poder entrar a trabajar en la universidad como bedel. Fue contratada diez meses después de la muerte de Rockford. En marzo de ese año, ocurrió el primer crimen. Y Raymond Penn debía ser el primero en morir. Sheila llegó al hotel sin que nadie reparara en ella, se había ataviado con la ropa de su hermano y había logrado anular la señal de las cámaras de seguridad, supongo que mediante algún tipo de dispositivo inhibidor de cámaras inalámbricas —ya que de ser por vía cable y de circuito cerrado, no lo hubiese logrado, a menos que usase un puntero láser para cada una de las cámaras; un trabajo, por lo demás, demasiado difícil y arriesgado—, es lo más probable, y llamó a la puerta, imitando la voz de Rockford y quizá diciendo que era él, que no había muerto. Penn, por supuesto, abrió la puerta al oír la inconfundible voz de su antiguo compañero. Y fue asesinado, seguramente en un descuido de este al darle la espalda a su agresora. La forma tan chapucera que empleó para degollarlo me hizo sospechar desde un principio que podría tratarse de una mujer. Más adelante tendría tiempo de perfeccionar su técnica. La siguiente en la lista era Jennifer Sullivan. Seguramente Sheila, en su mente perturbada, ya tenía dibujado el escenario del crimen: un oscuro portal, ella agazapada en la oscuridad con una pistola eléctrica esperando la llegada de su víctima. Y finalmente una soga solitaria aguardándola como si de un siniestro patíbulo se tratara.

»Luego le llegó el turno a Burke. Este abogado, juez instructor y fiscal era la personificación del éxito. Había logrado todo lo que no pudo lograr Rockford en vida. Se lo imaginaba humillando a su hermano, burlándose de él continuamente. Cuando se fue la luz, supe al instante que no podía ser una casualidad. Era bastante improbable, dadas las circunstancias. Pero incluso entonces no sospechábamos que alguien ajeno al grupo de exalumnos pudiera tener motivos para matar a Burke, pues tal cosa contradecía las pruebas del caso. Creo que Sheila logró engañar a Burke revelando por teléfono alguna prueba que solo ella conocía y así atraerlo a su trampa mortal, tal cual las fauces de una planta atrapamoscas a

punto de engullirlo. Confiaba en que la vanidad y el ego de Nelson le impidieran dejar escapar la oportunidad de atrapar él mismo al asesino. Así que Burke accedió a encontrarse con él (o ella, Nelson ignoraba este dato) en el lado del pasillo del tercer piso pegado al servicio. En ese momento Sheila puso en funcionamiento la maquinaria asesina de su pérfido plan. Encaramada a una escalera, mientras fingía cambiar unos fluorescentes en el servicio de la tercera planta, y tras colgar el teléfono móvil —robado, lo más probable— con el que llamó a Burke, (este dato también me hace suponer que sustrajo el móvil a Burke, ya que no ha sido hallado ni en el cadáver ni tampoco en la sala de conferencias (seguramente lo destruiría)), dejó pasar unos minutos para dar tiempo a su víctima de llegar al lugar señalado. Colocó el fluorescente (de menor voltaje) que provocó el cortocircuito, ya que, como comprobamos más tarde, los fusibles de ese circuito habían sido sustituidos por cables de cobre (habiendo manipulado previamente el balasto, para evitar que el fluorescente le explotase en la cara). No tuvo más que ponerse unas gafas de visión nocturna (de esto estoy completamente seguro, ya que no cabe otra explicación) e ir en busca de su víctima. Sheila tiene la misma estatura que su hermano. Lo demás ya pueden imaginárselo.

»Jenny Ferguson creyó reconocer en el bedel a Rockford John. No es de extrañar, ya que se trata de su hermana melliza. Pero la señorita Ferguson se asustó y gritó al ver una cosa que jamás había visto en aquellos ojos: una demencia asesina. Ella creyó haberlo reconocido, como también ocurrió después con Standford, Williams, Armstrong y Clackstone. En semejantes circunstancias, es difícil darse cuenta de una diferencia así. Y en ese momento, cuando empezó a estrangularla porque creía que lo iba a delatar, Sheila perdió por completo la razón. Porque no solo padece una esquizofrenia indiferenciada y un trastorno de identidad disociativo, lo que más predomina en su enferma psique es el ansia, la necesidad imperiosa de vengarse. Consecuencia directa de un trastorno obsesivo-compulsivo llevado a límites insospechados. De ahí lo de su fijación especial por días señalados de reunión. Aquel

accidente en la montaña fue el detonante de todo su trastorno, del desorden psíquico que viene arrastrando desde la infancia.

—¡Pero no es verdad! —exclamó Madeleine sollozando—. No puede culparnos de esa manera. No es justo. Nosotros queríamos y apreciábamos a su hermano. Intentamos rescatarlo. No hay razón para que nos tenga tanto odio.

—Su odio es irracional —intervino Williams a propósito de esto—: es el fruto de un trastorno que proyecta hacia sí misma y hacia el mundo que la rodea. Se trata de un mecanismo compensatorio.

El marido de Madeleine, que estaba a su lado, la abrazó y la besó para reconfortarla. Ella buscó amparo en su pecho y lloró desconsoladamente hasta que no le quedaron más lágrimas. Después lo abrazó con ternura.

—Es una enferma mental —observó Clackstone—, no actuaba de forma lógica, no sabía lo que hacía.

—Todo lo contrario —objetó Williams—, en su caso, sabía muy bien lo que hacía porque, para planear y ejecutar sus crímenes, debía mantener un grado de lucidez que le permitiera actuar de forma lógica. Paradójicamente, la sed de venganza era su único nexo de unión con la poca cordura que le quedaba mientras ponía en práctica sus planes siniestros.

—Hay una cosa que todavía no entiendo —dijo Standford—. ¿Cómo logró Sheila volver a tener su aspecto normal cuando fuimos a reconocer el cuerpo de su hermano?

—Muy fácil —contestó Williams—. Cuando está en juego una de sus múltiples identidades, su verdadera personalidad toma el control, entra en funcionamiento el mecanismo compensatorio del que he hablado antes. En síntesis, vuelve a ser ella misma, se afeita, se maquilla y se viste con su ropa habitual. Aunque de forma excluyente, porque si se la fuerza a ser ella misma sin un tratamiento adecuado que lo posibilite, y que funcione, lo más probable es que entre en un estado catatónico y, en su caso, le falle el corazón.

—Ha hecho un trabajo magnífico, señor Henry —dijo Ellis, maravillado—. Ha resuelto el caso en un día. Y sin apenas hallar

evidencias en las que apoyarse. Le felicito. Voy a redactar el informe. El departamento estará más que conforme.

—Gracias —dijo Henry. Luego se dirigió al grupo de antiguos alumnos. Esta vez prefirió tutearles—: Espero que lo ocurrido no os haga desistir de reuniros en el futuro. Puede que próximamente no, pero sí en años venideros, porque con el tiempo llegaréis a comprender que los mejores momentos se viven durante la etapa estudiantil. Sobre todo si recordáis los momentos felices y desdeñáis los dignos de ser olvidados. Con respecto a Sheila, la hermana de Rockford, tengo que decir que si oculté la verdad antes, fue para protegerla, porque, como acaba de decir Williams, si se la fuerza de improviso a reconocer que es Sheila John, y no su hermano u otros a los que haya robado su identidad, morirá. Se le parará el corazón. Lo más curioso de este caso es que a una enferma del corazón, el asumir otras identidades, parece curarla de su dolencia. Esto es algo que no logro explicarme, escapa a mi entendimiento, porque forma parte de otros campos de la ciencia. Esa explicación la dejo en manos de Williams.

—La mente humana es un misterio. A veces una explicación racional no es suficiente. Dejémoslo ahí.

Henry se despidió de todos y se dirigió a la puerta. Michael hizo lo mismo y le siguió. Cuando salieron, el aula se quedó en silencio. Todos se quedaron pensando en lo que había dicho Henry. Paul Standford salió corriendo y les alcanzó en el pasillo.

—¡Se olvida de sus honorarios! —exclamó con premura—. Ya tengo listo el cheque.

—Rómpelo, no hace falta —declaró Henry meneando la cabeza—. Tú me has hecho un regalo más allá de cualquier salario, y es haber vuelto a esta ciudad y a esta universidad. Para mí es suficiente con haber recordado mis años de estudiante.

—Está bien. Pero al menos concédame el honor de llevarles mañana al aeropuerto.

—Con mucho gusto.

Ambos le tendieron la mano a Standford y se despidieron. Al salir del edificio, vieron que la luna y las estrellas iluminaban una noche

cálida. Ya en el interior de uno de los coches patrulla que les llevaría al hotel, Henry le dijo a su amigo:

—Estoy completamente rendido. Este caso ha sido de lo más agotador. Recuerda que tengo un vuelo pendiente a Florida.

—Lo sé —coincidió Landis—. Pero nada mejor que un sueño reparador después de haber solucionado un caso que más bien parecía un mal sueño. Mañana estarás descansado y como nuevo. Y listo para Florida. Confía en mí.

—No sé qué haría sin ti —dijo Henry.

FIN

Notas

[1] Thomas de Quincey, Del asesinato considerado como una de las bellas artes (Alianza Editorial, 1985). [≤≤](#)

Primera edición electrónica: Diciembre 2018
Copyright © Leovigildo Zamora

zamoraleovigildo@gmail.com

UNA
SOMBRA
DE DUDA

LEOVIGILDO ZAMORA

Sobre el autor

LEOVIGILDO ZAMORA (Madrid, 1975). Escritor independiente. Tras un periodo de estudios en la facultad de medicina, se ha desempeñado como comercial de laboratorio, y después en diversas empresas, desde el ramo de la construcción, pasando por la hostelería y las grandes superficies del sector de la alimentación, entre otras. Su pasión por la lectura comenzó cuando cumplió ocho años. Desde entonces no ha parado de leer libros de cualquier género y temática, pero sobre todo la novela negra y policial. Desde que se aficionó al género, leyendo a Dashiell Hammett, Thomas Harris, Dean Koontz, Chester Himes, Craig Johnson... entre otros muchos autores, decidió dedicarse por completo a este género de escritura.

Sus novelas (*Un pulso a la justicia*, *Cuenta atrás para un pueblo*, *A la hora señalada*, *Un intercambio fallido* y, su más reciente obra *Una sombra de duda*) han sido publicadas en diversas plataformas digitales. <<